REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO XIV

SANTIAGO DE CHILE
1922

LA ZAMACUECA Y LA ZANGUARAÑA

(Juicio crítico sobre esta cuestión internacional)

«La profession de maître de danse n'ètait exercée à Lima que par les nègres et les *zambos*».—(FUENTES, *Lima 1866*, pág. 159).

«En el último concierto del circo de los Campos Elíseos, Mlle. Verdini cantó una brillante *Zamacueca* de Theodore Ritter (*Noticias de París*, Abril 1882.)

«Presentar la *Zamacueca* como baile peruano es un error, porque precisamente en el Perú la llaman *La chilena*».—(ROMAN VIAL, MERCURIO del 9 de Mayo de 1882.)

«My friaeds danced a *Sambo Quaker*».—(WALPOLE.—*Four years in the Pacific*, volúmen I, página 232.)

I

¿Cuestión internacional?

¿Cuestión de guerra?

¿Cuestión de palpitante actualidad?

¿Qué es la zamacueca como expresión de la índole social de un pueblo, como cuna y como tabladillo, como gracia, como voluptuosidad peculiar del clima y la mujer, como molde de costumbres, como gimnasia de la juventud, como símbolo de placer y bulliciosa alegría, como danza nacional en fin?

¿La zamacueca es peruana?

¿La zamacueca es chilena?

La repuesta de la investigación, pronta como la vuelta femenina en el baile que historiamos, como el gentil borneo del pañuelo del galán de la pareja, es que la zamacueca no es ni chilena ni peruana.

II

No es peruana porque los habitadores de la zona tropical en que hoy vive aclimatada, como el plátano, que no es de América sino de Tenerife, la llaman solo—*La chilena.*

Y no es chilena, porque en esta zona templada no ha habido nunca *zambas* y menos *zambas cluecas*, aunque haya podido haber zambas *templadas.*

Entonces ¿de dónde ha venido a estas tierras la *zamba clueca*, conforme a su primitivo nombre?

III

La zamba-clueca, es, como muchos de nuestros bailes populares, del pais de los negros, de la Africa tropical, tierra por excelencia de las danzas sensuales y jentiles.

Trajéronla a Chile, primero que al Perú, a fines del pasado siglo, los negros esclavos que por esta tierra pasaban via los Andes, Quillota y Valparaíso, a los valles de Lima en viaje desde los valles de Guinea; y ¡cosa curiosa! la primera tradición escrita que de ella hemos encontrado en este país de los *pro-maucas* (bailarines), está ubicada en Quillota, tierra semitropical, tierra de deliciosas chirimoyas y de voluptuosas zamacuecas. Y decimos lo último con perdon de Petorca y de las petorquinas.

IV

Un buhonero o *falte* francés que recorrió a Chile con su bandola a la espalda desde Santiago al Paposo, y que por lo mismo tuvo ocasión de vivir en medio del pueblo y con el pueblo, refiere en efecto que vió bailar la zamacueca por la primera vez en Quillota en 1813, y después en el Almendral, «pequeña aldea, dice él mismo. media legua distante de Valparaíso», donde las mujeres eran libres, enamoradas y bailarinas como en Qui-

llota. Por nuestra parte agregaremos que en aquel tiempo el Almendral estaba mucho mas cerca de Quillota que del Puerto, porque por su playa arenosa corrían los dos caminos reales de Aconcagua y de Coquimbo que hoy todavía bifurcan en el crucero de Rubio, al paso que para ir de esa planicie a Valparaíso, era preciso pasar muchas veces sobre una tabla, y a veces a nado, el tempestuoso Cabo que dió su nombre a una calle y que los viajeros ingleses en todos sus libros de aquel tiempo llaman el «Cabo de Hornos...»

Entre tanto, las palabras testuales del viajero francés sobre la geografía de Valparaíso y del Almendral en la primera década del actual siglo eran éstas: «A une *demie lieu* de la ville de Valparaíso on en trove *une autre* appelée *l'Almendral*».

V

La descripción que de la zamacueca negra y todavía semiafricana hace el ingenuo y vivaz mercachifle gascón no puede ser mas característica ni mas típica:—«Esta danza, dice, se ejecuta *al son de la guitarra y del canto*. Los hombres se colocan frente a frente de las mujeres, y los expectadores *forman un círculo a su derredor*, los cuales cantan y palmotean las manos mientras los bailarines, con los brazos un poco levantados, saltan, se dan vuelta, *hacen movimientos atrás y adelante, se acercan los unos a los otros y retroceden en cadencia hasta que el sonido del instrumento o el tono de la voz les indica que vuelvan a juntarse.*»

El viajero francés agrega que esta danza bailada entonces por diversas parejas, como suele suceder todavía en las «remoliendas» llamadas de «pata en quincha,» había sido introducida en Chile por los negros de Guinea, y que en Quillota y en el Almendral, que eran alojamientos obligados de su itinerario, conocíanla en aquel remoto tiempo con el nombre africano o indígena de *lariate*. Pero ¿quién no ha reconocido en sus jiros, en sus círculos, en sus palmoteos, en la guitarra, en el adelante y atrás de las parejas la actual zamacueca? Y esto que suprimimos, en homenaje a la cultura, al menos en el texto espa-

ñol, la peculiaridad más africana de su orígen y tal vez la que le dió mas tarde en el Perú el nombre de Zamba-*clueca* (1).

En su forma primitiva la *zamba clueca* hacia en efecto recordar, por lo que se cuenta de sus lascivos arrebatos, aquella *danza negra* de que hace la descripción y el dibujo Raffenel en sus *Viajes por el país de los negros*, cuando visitando los palaceres de Sausabadioubé y recibiéndo los homenajes del príncipe traidor Sanimoussa, cuenta que en el baile de los negros, ejecutado al son de guitarras andaluzas, no aparecía sino una actriz que por sus movimientos y gestos impúdicos parecía fingir, tomando por objetivo algunos de los espetadores (y en este caso fue él) una lucha, en seguida una derrota y después las súplicas dirigidas al vencedor (2).

VI

Queda con esto suficientemente comprobada la ascendencia africana, es decir, negra y zamba de la zamacueca, y no sería difícil demostrar que la mayor parte de los antiguos bailes na-

---

(1) Para comprobar, oigamos el lenguaje llano y sin rodeos del buhoro francés, que describiendo el baile quillotano, dice así:

«Cette danse a lieu au son de la guitare et des voix. Les hommes se placent vis-vis des femmes et les spectateurs forment un cercle autour des danseurs et des joueurs d'instruments; un de ces spectateurs ou de ces danseurs chante une chanson, dont le refrein est répeté et suivi de claquements de mains: tous les danseurs, tiennent alors les bras á demilevés, sautent, tournent, font des mouvements au arriére et au avant, s'aprochent à deux pas les unes des autres, et reculent en cadence jusqu'á ce que le son de l'instrument ou le ton de la voix les avertis de se rapprocher; *alors ils se frappent du ventre* les uns les autres *trois ou quatre fois de suite...*»

El autor ha visto bailar la zamacueca de esta precisa manera al pasar en Lima por las chinganas de Malambo, barrio de negros, y en esta forma grosera y lasciva entiende que llámanla hoy día la *moza mala*.

En cuanto al francés, que nos ha dejado la clave del itinerario africano de la zamacueca, era un alegre gascón, natural de Marmande, cerca de Burdeos, que vino a Buenos Aires en 1808 como doméstico de M. de Chassenai, enviado de Napoleón al virey Liniers; y dedicado a la profesión de buhonero recorrió toda la América española desde la Asunción hasta Bogotá y desde Mendoza a la Habana, donde por cuestión de amores, es decir de zamacueca, lo prendieron en 1820 y lo enviaron a su tierra.

Su nombre era Julian Mellet, *dit l'américain*, y escribió una relación ingénua y divertida de sus viajes en un libro impreso en Agen en 1823, y del cual creemos que no exíste sino un ejemplar en Chile.

(2) RAFFENEL.—*Nouveau voyage dans les pays des négres*.—París, 1856, volúmen I, pájina 11.

cionales, como el *pericón*, el *aire*, la *perdiz*, el *negrito*, etc., provienen de la mixtión del negro y del indio, es decir, del *zambo*, que es engendro de esas dos castas, en oposición al mulato, fruto directo de la raza caucásica y de la raza negra. Todos los bailes tienen, por lo demás, una sola derivación natural: la gimnasia del cuerpo y la alegría del alma, o la lascivia de la embriaguez, pasiones todas del hombre primitivo, especialmente de los negros y de los indios, que entre nosotros por su afición a las chinganas, afición «no domada todavía», hizo dar a los habitantes de estos valles el nombre de *promaucas*, es decir, *chinganeros*. Y esto mismo acontece con los instrumentos generadores de la danza, porque, como lo dice Alarcón, en su pinteresco artículo sobre la guitarra, «desciende ésta de la lira de la antigüedad y del laud de nuestros rancios trovadores, así como el violín, ese instrumento inventado por Satanás para desesperar a los hombres, proviene de la guitarra».

VII

La zamacueca, aunque sin su nombre, se hizo mestiza, es decir, quillotana, porteña y petorquina, *chilena*, en una palabra; pero pasó a tomar carta de ciudadanía y denominacion de pila en las floridas, ociosas y pone-nombres márgenes del Rímac, donde las zambas, orladas sus cálidas trenzas de jazmines y alzadas a media cintura la saya, llevaron la danza de Malambo y de los Amancaes a los salones semirégios con gracia y desenvoltura inimitables.

Se encumbró de esta manera la danza negra de la chingana a los estrados y de mozamala se hizo zamba-clueca, es decir, se hizo limeña y fué admitida con sobrada razón como una de las mas felices partituras del arte coreográfico limeño. Refiere Fuentes en su *Lima Pintoresca* (París 1866, página 159) que sus mas famosos maestros fueron dos negros llamados Ejalde y Monteblanco, distinguiéndose el primero «en el valse y en la *zama cueca de sociedad*,» es decir, la zamacueca blanca y culta, en oposición a la negra y clueca.

En cuanto al nombre, los maestros negros y zambos de Lima los daban a su fantasía, y tal vez por el pasaje que nosotros no

hemos traducido de la descripción quillotana de Mellet le pusieron zamba *clueca*. «La profesión de maestro de baile, dice el mismo Fuentes, no era ejercida en Lima sino por los negros y por los *zambos*,» y uno de éstos, el famoso Tragaluz, ponia a sus invenciones nombres tan caprichosos y azambados como los siguientes: *Traspiés circunflejo*, *Cohete de zoga falso*, *Paso de sirenita*, etc.

VIII

Dejamos asi trazada la remota cuna, el largo camino y la aclimatación de la zamacueca en Chile y el Perú, a orillas del Aconcagua, que riega lúcumos y chirimoyos, y a orillas del Rímac, que corre entre bananos y camotales,

En consecuencia de estos antecedentes, la zamacueca no es peruana, porque no nació en el Perú, y no es chilena porque no hizo sino pasar de viaje de la cordillera al mar.

No es entonces cuestión internacional.

No es cuestión de guerra.

No es cuestión de actualidad.

Todo lo contrario: la zamacueca, en su forma, en su crecimiento, en su transformación, es una cuestión completamente *neutral*.

IX

Y entonces, ¿por qué los peruanos llamábanla hasta hace poco cariñosamente «la chilena,» y con enojo la han arrojado de sus salones, de su trato y hasta de sus campamentos?

Es allá donde dirigimos ahora el foco de nuestra linterna de esploración social en un órden de cosas que no es tan fútil como parecería.

X

Semiennoblecida la zamacueca en Lima, pasó a Chile el año 1824 o un poco antes, como cosa de negros, y como tal fueron los negros del famoso batallón número 4 los que la trajeron en su banda enseñada en Lima por Alcedo y en Chile por don José Zapiola, hombre de notorio talento como escritor y como músico, que asi nos lo escribe. «Al salir yo, nos dice, en mi segundo viaje

a la República Argentina, Marzo de 1824, no se conocia ese baile. A mi vuelta, Mayo de 1825, ya me encontré con esta novedad».

En los primeros tiempos de su reaclimatación en Chile, la zamacueca siguió, siendo como el *lariate* de Quillota, un baile esclusivamente popular, es decir, un baile de chingana, la reina de «la pata en quincha.» Y tan cierto es esto que ninguno de los viajeros circunspectos de aquel tiempo. ni Miers, ni Head, ni Schmidtmeyer, ni Caldcleugh la mencionan como entretenimiento de salon, ni aun siquiera como danza generalizada entre la clase media.

Sin embargo, como a hurtadillas y en los paseos de campos, en los *picholeos*, como solían llamarse en oposición a los frios nes *pic-nics* ingleses, la zamacueca solia agitar su pañuelo en donosas manos, y aun hay memoria escrita de haber sido bailada por algunas de las mas bellas y recatadas señoritas de Santiago en Septiembre de 1822, es decir, dos meses ántes del terremoto que castigó por Noviembre tantas culpas...La célelebre y púdica viajera inglesa Miss Graham cuenta en efecto en su *Diario* que el jueves 5 de Septiembre de 1822 asistió a un paseo de campo dado en Ñuñoa por la familia Cotapos, que la hospedaba cariñosamente, y refiere que todos los caballeros fueron de poncho y las señoritas en carreta sentadas en cojines y a los postres del *Cuando* y de la *Catradanza*, y como para hacer pareja al *té* que allí la señora gringa trató de hacer para sus huéspedes, se bailó, poncho a la cintura, la picaresca zamba por jóvenes y niñas, y tal vez «de cinco tres». Las palabras de la dama inglesa son preciosas. «Lo que mas me deleitó, dice en la pájina 233 de su interesante libro, fué el *cuando* y la *zamba*». Nótese la gradación filológica de la pintoresca pero ampulosa denominación peruana a la poca feliz síncope chilena: *zamba clueca...zamba cueca.. zama cueca...cueca.*

XI

Entre tanto, el dato presencial de Zapiola era en rigor exacto porque, como baile del pueblo, la zamacueca, no peruana ciertamente, pero peruanizada, hacía por la primera vez la vuelta de las chinganas de Chile en 1824, y es un alegre capitán de

buque, francés, charlador y perámbulante, como el buhonero Mellet y el maestro de baile de Chateaubriand en las selvas de la América del Norte, quien lo afirma. «Los bailes de Chile, dice en efecto Lafond de Lucy que estuvo en Valparaiso y *remolió* en el Almendral en aquel año, son todos característicos, y los mas usados son la *Zamba*, el Cuando, las Oletas, el Peri-cón, la Zapatera (*¿el zapateo?*) y el Llanto.» (3)

XII

Pero la zamacueca no subía por esto a los salones ni siquiera al escenario del medio pelo y de la media luz.

No había llegado todavía la hora de las Petorquinas ni la de Borja. Quien imperaba en esos años era la Pancha Luz con la *perdiz* y la *sanjuriana* esta zamacueca zapateada y escobillada del minero.

Por esto en el *Hambriento*, periódico de chingana política de 1827-28, la zamacueca no asoma todavía su gracioso pié, cediendo la tarima a la *perdiz*. «Se están nombrando a pluralidad de sufragios, dice el *Hambriento* en su número 6 del 30 de Enero de 1828, los sujetos que deben formar una chingana de primer orden en nuestros días. Si afortunadamente es electa también la Pancha Luz, sale completa la fiesta y habrá mucho que ver. Vaya que una *sanjuriana* o la *perdiz* bailada por el tribuno, bastón en mano y guarapón en cabeza, no dejará que desear! ¡¡Santa Bárbara doncella!!»

XIII

Y todavía en la graciosa comedia titulada *La empleomanía*, que se suponía representada por los pipiolos en la fonda inglesa, aparece el *tribuno* ya citado (don Martín de Orjera) «con espuelas, envuelto en un rebozo y una canasta de costura en lugar de guarapón», y exclama después de un bochinche con las cantoras, la *harpa* y los cohetes:

---

(3) LAFOND DE LUCY.—*Voyages autour du monde*, volúmen III pájina 190.

...«Yo hablaré, pero nadie contradiga.
Es el caso que estando en la jarana,
Cuando el arpa cantaba cierta amiga
A mi torpe entender la *zanjuriana*».

Y en una traviesa *loa*, que debía pronunciar *Garramuño* (don José Santiago Muñoz Bezanilla, ex-Ministro de la Guerra) vestido de ángel y con alas de brillo *El Hambriento* volvía a prorrumpir:

«Y en la fiesta será completo el cuadro
Si tenemos a más de *zanjuriana*
La *perdiz* a la Patria tan de agrado».

XIV

Compruébase así, por inducción, que la zamacueca no salía todavía de sus pañales de arrabal el año de 1828, es decir el *año de los pipiolos.*

Pero un año más tarde, el de 1829, el *año de los pelucones*, junto con tan circunspectos señorones la zamacueca comenzó a golpear tímidamente a las puertas aristocráticas de la ciudad y a imperar con todo su garbo en las tarimas de la clase media.

Y quien le abrió así camino a la nobleza, fué una graciosa zamba limeña que vino a Chile en la legación del general Rivadeneira en el último de los años ya nombrados.

Ha desaparecido el nombre propio de aquella seductora Terpsícore en un proceso sangriento, cuyo desenlace se recuerda todavía con lástima y horror en San Felipe; pero por su imponderable gracia fué conocida con el amable calificativo de la *Monona*, nombre tan limeño como el zahumerio, y que desde entonces hizo fortuna en nuestro idioma.

La Monona se escapó de la legación peruana para hacer en 1830 las delicias del *Parral de Gómez* y de los *Baños de Huidobro*, situados en la banda sur de la Cañada, frente al óvalo de O'Higgins y en el sitio en que los jesuitas tuvieron el molino en que amasaban el pan de la ciudad y la hostia de todos los altares. De allí llevósela hurtada a San Felipe un vecino de

puerta llamado don D. M., hijo de un hacendista gallego, y quien, por celos, la mató brutalmente algo más tarde. Y de aquí la trajedia y el proceso que dejamos recordado.

XV

Pero la Monona había sido fundadora y dejó escuela. Fueron discípulas suyas las famosas *petorquinas* doña M...., doña C... y doña T..., que fueron la viva imagen de las tres gracias en los bailes que todavía se llaman de *chicoteo*. Eran éstas tres niñas, de las cuales una sobrevive todavía, hijas de don Tránsito Pinilla y doña Micaela Cabrera, nacidas en el Mundo Nuevo de Petorca, y todavía se recuerda en esta cabecera la concurrida fonda que tuvieron en la calle de la Matriz, a una cuadra de la plaza, cuando, acompañadas de los bailarines Zósimo Fernández y Francisco Guerrero, atraían con el bullicio de la guitarra y el chicoteo del arpa a los mineros de la comarca veinte leguas a la redonda, haciendo la desesperación de los aficionados con las *Olas en cuarto*. (Las *oletas* de Lafond de Lucy), el *Sandoval*, la *Perdiz*, baile patriota, es decir, baile moderno, y la zanjuriana, la danza por excelencia del pastor y del minero porque todo era en ella agilidad. La zanjuriana, como los *jaleos* y los *fandangos* españoles, era un baile de zapateo.

XVI

En alas de la fama y en un trono de arpas visitaron, entre tanto, las *petorquinas* todos los pueblos de la antigua provincia de Aconcagua, la patria del entusiasmo, de la chicha y de la zamacueca verdaderamente chilena, esto es, la zamacueca petorquina, enseñada y perfeccionada por la infeliz Monona; y de Illapel, de Cuzcuz y de La Ligua se encaminan a Santiago a triunfar en el *Café de la Baranda* (casa hoy día del senador Marcoleta en la calle de las Monjitas), como antes su desventurada maestra había imperado sin rival en el *Parral de Gómez*.

XVII

Tenía todo esto lugar en el período corrido de 1830-1840, y la zamacueca, de plebeya, queremos decir, de africana y de india se había hecho *criolla*, es decir, de medio pelo. Mas no entraba todavía a los salones de pelo entero, donde vivía repudiada y mirada como afrenta por el grave minué y la cadenciosa contradanza.

Pero más que esto: en los primeros tiempos, la zamacueca era un baile prohibido y casi excomulgado, porque uno de los primeros edictos del virtuoso obispo de Cerán, don Manuel Vicuña, al recibir las bulas en 1829, fué destinado a proscribir la importación limeña como cosa de pecado. Y de esta suerte, cuando bailaba la Monona en 1830, bailaba excomulgada.

XVIII

Mas en el último año mencionado tres encantadoras beldades del Rímac, de origen chileno y casi quillotano, como la zamacueca primitiva, las señoritas C..., la trajeron elevada por la cultura, por el arte y por la gracia a su más alto primor, y entonces la *zamacueca* no sólo abrió las puertas más aristocráticas de Santiago sino que las descerrajó de par en par. Peñaflor fué su paraíso.

Era la mas galana peculiaridad de aquella nueva forma de la zamacueca, no el albo pañuelo de holanbatista, que ese lo trajo la Monona, sino el desdén y cierto movimiento de inimitable hechizo por el cual la bailarina fingía hincarse con una rodilla inclinándose hacia su cadera derecha, mientras el galán pasaba rápidamente a su costado, agitando el pañuelo, como barco que se va a pique y hace señas de socorro.

Y fué así como la zamacueca, bautizada ahora en la pila de la Catedral, se hizo no sólo una danza universal sino un verdadero baile nacional, tan nacional como la canción incantable de Vera. «Algunos viajeros, decia a este propósito una revista de Nueva York ya recordada, algunos viajeros que han visitado a Chile nos presentan este baile como vulgar y desechado por la

buena sociedad. No es así. Se le puede dar sin duda este carácter, se le da a todos, y más particularmente cuando lo bailan gentes como excitadas por el vino como sucede en todos los bailes del mundo sin excepción; pero la zamacueca es menos nociva que la redowa americana y no necesita para lucir sus gracias ofender la sensibilidad de la persona más austera.

«En los salones aristocráticos se baila la zamacueca con el mismo estilo y gracia que la baila el labrador en su cabaña. No hay reunión sociable o tertulia que esté completa sin ella, y los grandes bailes quedarían sin gracia y encanto si no se bailase esta danza nacional por la más bella y el mejor bailador del sarao. Entonces es cuando toda la superabundancia de la ocasión tiene su punto culminante y se abandona por breves instantes al deleite arrobador de la zamacueca, y concluye la fiesta.

«Pero el gran dia de la zamacueca es el 18 de Septiembre, aniversario de la independencia de Chile. Ese memorable dia es cuando bajan a miles a las ciudades los habitantes de las aldeas y plantan sus tiendas en los suburbios para una semana de diversión.

«La escena animada que presenta Santiago por este tiempo es digna del pincel de Rosa Bonheur. Por seis dias consecutivos las estensas pampas están sembradas de tiendas y banderolas y el aire impregnado con el canto y la algazara, y mientras las tropas forman en la verdura, los bordes de los campos resuenan con el eco de la música de la guitarra. Por la noche la escena es todavía más animada y arrebatadora; las luces de innumerables hogueras, como si fueran otros tantos vivaques dejan ver multitud de figuras enlazadas entre sí como los sauces en medio de la tempestad, todos alegres y locos con el entusiasmo de la zamacueca.

«Es preciso ver esta danza para poder apreciarla. Jamás pudo aproximársele la que se baila en el teatro, y la mano que llegue a pintarla es preciso que sea diestra, sin duda, para dar a todas las figuras su gracia y animación».

XIX

La voga aristocrática de la zamacueca duró propiamente una década, como las de Flandes y las de Indias, la *década de Peñaflor* que fué verdadera edad de gracias y de flores (1840-1850), hasta que poco a poco dejeneró en la *resbalosa*, como la polka dejeneró en redowa. Un marino inglés que en el verano de 1848 pasó felices días de licencia en la hacienda de la Compañía, cuando era mansion de la culta nieta y heredera del primer conde de la Conquista, cuenta que él vió bailar en aquellos alegres salones de verano el *Sambo Quaker* y el *Revoloco* (la zamacueca y la resbalosa) con estos versos que van acordes, sino con su música con su gringa ortografía, según la cual la cuesta de Zapata era la cuesta de *Saputa* y Peñalolén *Peña-lo-lin*, a lo chino:

«Todos me contemplan muerto
Y yo les *trayo taron* (1)
¿Qué más muerte que tu ausencia
Pa mi triste corazón?

XX

Narrada así a la lijera, por encima de las plumas en días de tristeza, y para que quepa dentro del estrecho y quebradizo molde de los diarios, la historia, no la leyenda, de la zamacueca de Chile, falta por dilucidar el punto mas interesante de la actualidad, o lo que es lo mismo ¿porqué siendo la zamacueca de denominación indudablemente peruana, la llaman, o más propiamente la llamaron, en aquella tierra *La chilena?*

La explicación de tan grave asunto internacional es de sencillísima explicación, y para ello no necesitamos ciertamente ocurrir ni a los Comentarios del juez Story ni a los de Blumtchli, sino simplemente a la memoria de los contemporáneos.

---

(1) Hon. F. Walpole.—*Four years in the Pacific*, 1850. Vol. 1 pág. 233. —El *trayo taron* está puesto evidentemente por les *hallo razón*.

XXI

La zamacueca, nacida en las selvas tropicales de la Africa ecuatorial, conocida como simple viajera en Chile a fines del pasado siglo, importada y aclimatada como en suelo propio en el semitropical valle del Rímac, la tradicional inconstancia de sus hijas comenzó poco a poco a echarla en olvido, junto con la saya y con el manto, sus mas dulces cómplices; de suerte que cuando la Monona y las petorquinas la rejuvenecían en San Felipe y en Santiago, en Lima, vieja ya, arrugada y casi mendicante, se dormía de fastidio en los rincones. En el pecaminoso barrio de Malambo, su último asilo, había muerto extrangulada en los lascivos brazos de la *Moza mala*, su hija desnaturalizada como la *Quintrala*.

Pero cuando los brillantes oficiales de la Restauración fueron admitidos a título de restauradores en las principales y deterioradas ciudades del Perú, entrando a ellas por la portada de Guía y el *callejón* de Yungay, lo primero que restauraron fué la zamacueca, y como padrinos e innovadores, dejáronle su nombre «La chilena.»

XXII

Hoy, en hora aciaga, repúdianla de nuevo los infelices que siendo hijos del Sol, ya no lo ven, y cuando álguien ha solido gritar en el viejo coliseo de Lima *¡La chilena! ¡La chilena!* lúgubre silencio invadía los recintos.

En cambio, y como si hubieran presentido que hasta en el menudo pié de sus mujeres hubieran de encontrar dolorosa humillación de su nombre, los peruanos habían despojado en sus últimos años a *La chilena* de su título inocente y tradicional, poniéndole en reemplazo el feo y hasta tétrico de la *Zanguaraña*, que recuerda la mordedura de la araña en la tarantela calabresa.

Cruel inspiración del destino o del odio que ha trocado el nombre antiguo, festivo y casi dulce de la zamacueca, símbolo de la gracia americana, en algo que se asemeja más que a la gracia, al zafarrancho.

Y ¿no es así como el Perú se halla hoy convertido, por su propia culpa, en una verdadera *zanguaraña?*

Santiago, Julio de 1822.

B. Vicuña Mackenna.

LA LITERATURA BRASILEÑA Y EL DESENVOLVIMIENTO MENTAL DEL BRASIL

La literatura brasileña comienza a ser interesante cuando algo americano la caracteriza; cuando entra a reflejar sentimientos propios al medio brasileño, denotando la existencia de una señalada diferenciación entre nuestro país y la metrópoli portuguesa. Antes de la aparición de esos signos, todas las manifestaciones intelectuales producidas en el Brasil, así en la poesía como en la prosa, son meros reflejos, no siempre vivos, de la prosa y la poesía lusitanas en sus diversas fases evolutivas.

Para quien estudie el desenvolvimiento mental y sentimental del Brasil, esto es, su literatura, el problema debe consistir, por lo tanto, en tratar de descubrir ese momento inicial, ese gran momento en que la colonia, por medio de un intérprete feliz, surge independiente, sintiendo, si no pensando ya por sí misma, como por un hijo que alcanza la mayoridad y expresa opiniones propias, diferentes de las del padre.

¿Cuál es ese momento y quién fue ese intérprete feliz?

Los historiadores de nuestra literatura no son muy claros respecto a este punto, ni, en rigor, habrian podido serlo. Sin embargo el más reciente de ellos, el Sr. Ronald de Carvalho, escribe: «Sólo en el siglo XIX, por varias razones de orden moral y político, entró la literatura brasileña en su fase verdaderamente nacional. La elevación del Brasil a Reino; la traslación de la Corte portuguesa a Rio de Janeiro; la apertura de nuestros puertos, antes frecuentado únicamente por buques de la metrópoli, al comercio universal; la aparición de los primeros diarios, como el *Patriota*, en el que colaboraron, entre otros, Silva Alvarenga y Manuel Ferreira de Araujo Guimaráes; la institución de la Imprenta Regia, hoy Imprenta Nacional, y,

finalmente, la proclamación de la Independencia, con todas las luchas que entonces se encendieran, y en las que se afirmó definitivamente el carácter de la nueva raza, contribuyeron a formar el espíritu nacional, dando vigor y aliento a las tímidas voces de autonomía, que otrora eran acalladas por la camarilla de los virreyes y gobernadores lusitanos».

Sin embargo, en los primeros treinta años sentíase aún intensamente «el influjo de los «arcades» portugueses, cuyá obra honrábase en continuar la Universidad de Coímbra, en donde estudiaron nuestros mayores espíritus»,

Los doctores que llegaban de Coímbra tenían el mismo hablar de sus maestros ultramarinos, y de acuerdo con el sentir de éstos trataban de modelar el suyo. La poesía y la prosa eran entonces en el Brasil un remedo de la prosa y de la poesía metropolitanas. Por su originalidad personal, uno que otro espíritu lograba comunicar a sus escritos una nota más viva, más saliente. Pero no se percibía aún en sus obras ninguno de los cálidos rayos del sol americano, ninguno de los matices ardientes del cielo ecuatorial. Todo era, en los versos y en las frases, reminiscencias edulcoradas de Grecia y de Roma, erudición galante, devaneos bucólicos, graciosas pastorales, églogas risueñas e insípidas y misticismos lúbricos e ingenuos.

En Babía y en Minas, habían trascurrido en el siglo XVII y en el siglo XVIII períodos excepcionales de vibración y de actividad literaria, abriendo en la esterilidad mental de la colonia bronca alegres oasis de poesía. Nuestros historiadores escriben, aun hoy, respecto a la «Escuela Bahiana» y a la «Escuela Minera» recordando las figuras de los religiosos eruditos y de los doctores sentimentales que por aquellos tiempos florecieron en San Salvador y en Villa Rica. Y todo el mundo letrado brasileño y aun la gente iletrada que tenga curiosidad por nuestras bellas letras, recuerda a Gregorio de Matto y a los versificadores líricos o heroicos de la Eseuela Minera.

De aquel Gregorio de Mattos, improvisador satírico de fama, gran maldiciente, especie de Bocage, intrépido e inpenitente, por su implacable vena mordaz llamado «la boca del infierno», conserva aún hoy la memoria popular muchas cuartetas humo-

rísticas e improvisaciones festivas de un sabor frecuentemente agudo y picante. La lectura de sus obras nos muestra, fuera de esto, a un crítico sagaz de la vida social de aquella época y a un moralista penetrante, para quien no era indiferente el drama del destino humano en la tierra.

Mas lo que de él perduró realmente fué el perfil agresivo del panfletario sublevado, en cuya verba audaz estalla por primera vez en tono autorizado el sentimiento nativista contra el dominio y la explotación del colonizador:

«Que os Brasileiros sâo bestas
E éstâo sempre a trabalhar
Toda a vida por manter
Maganos de Portugal.» (1)

Cuartetas como ésta expresando las quejas de la colonia contra los portugueses, abundan en lo que de Mattos se conoce.

La «Escuela Minera», Academia de Letrados perdida en el «sertâo» aurífero, florilegio de cultura abierto en medio de la tierra revuelta por el ávido buscador de yacimientos, es uno de los episodios más bellos y emocionantes de la historia brasileña.

Formóse una agrupación de doctores y de religiosos, sensibles y entusiastas, amigos de la belleza, del amor y del pensamiento. José Basilio da Gama, autor del *Uruguay*, poema épico que Almeida Garret consideraba el más hermoso de su tiempo; Santa Rita Duráo, autor del *Caramurú*, epopeya imitada de Camöens, obra de gran esfuerzo verbal, si no de larga y profunda inspiración; Claudio Manuel da Costa, Tomás Antonio Gonzaga, Ignacio José de Alvarenga Peixoto y Manuel Ignacio da Silva Alvarenga, poetas líricos, fueron autores de ese movimiento de humanistas y trovadores; fueron los pastores de esa Arcadia conocida en la historia del Brasil con la denominación de «Escuela Minera». Los versos de Claudio, Alvarenga Peixoto, Silva Alvarenga y Gonzaga, no son todavía, propiamente,

---

(1) Que los brasileños son bestias—Y están siempre trabajando—Toda la vida por mantener—Tunantes del Portugal.

versos brasileños; la lengua en que están compuestos, el estilo, el tono, son aun portugueses, son aún una imitación. Mas adviértese en ellos, a pesar de todo, algo que ya entremuestra a la naturaleza americana y denota que el espíritu nacional se está formando. No es posible precisar en qué y por qué se advierte eso; pero el hecho es que, en sus trovas, revélanse aquí y allí el sentir y el latir del corazón ansioso de libertad y sensualidad suelta, y la imaginación colorida del hombre tropical. Lo que ellos escribieron es igual a lo que se hacía en Portugal; al propio tiempo, es distinto; parece una contradicción, mas un brasileño comprende bien que esa contradicción no existe. De aquellos poetas, algunos fueron protagonistas de la malograda conspiración conocida por «Inconfidencia Minera», una de las primeras tentativas hechas por el Brasil para librarse del yugo de la metrópoli.

En la primera mitad del siglo XIX comienza a formarse en el Brasil una literatura. Fuera de la Escuela Bahiana y de la Escuela Minera, expresiones episódicas de la vida mental de la colonia, notóse en diversas fases intermedias o posteriores, la exaltación de escritores de talento. Grandes y raros ingenios dejaron pruebas interesantísimas de su estro, Mas ello no bastó para caracterizar la existencia de una literatura dotada de formas de independencia mental y de inconfundible significación. El siglo XIX comienza en el Brasil con las agitaciones políticas de la Independencia. Los mayores espíritus son arrastrados a las luchas patrióticas y en la prensa y en la tribuna es donde se destacan las figuras más impresionantes.

La escuela literaria de los jóvenes mejor dotados era, en el período de la «Constituyente», la Cámara de Diputados. Allí se mostraron Vasconcellos, Ledo, Calmon, Raúl de Souza, Dom Romualdo, Luis Coutinho. En el recinto de la Cámara resonaba aun la voz de los Andrada, José Bonifacio y sus hermanos Antonio Carlos y Martín Francisco. Allí se formaron las grandes personalidades que intervinieron en la formación del Brasil Constitucional, los ya nombrados y, además, Alves Branco, Paranhos, Carneiro de Campos, Montezuma, Souza Franco, Uruguay, Eusebio, Itaborahy, Cotegipe, Nabuco, Zacharías, Ferraz.

La acción de esos hombres, no obstante actuar, sobre todo, en la esfera polítca, fue propicia a las letras. Llegado de Europa, José Bonifacio era por su cultura enciclopédica el mayor fenómeno intelectual de la época. De él dijo Euclydes da Cunha («De la Independencia a la República»).

«No puede abarcarse en la consición de estas líneas la figura anormal de ese hombre que sobrepasó a su tiempo merced a una cultura integral que dilató su espíritu en todos los órdenes de conocimiento, desde la mineralogía transfigurada por Werner y la química recién instituida por Lavoisier, hasta las más trascendentales meditaciones de Kant o de Lichte. En su deslumbrante mocedad había sido una especie de ministro plenipotenciario del espíritu y del sentimiento de nuestra nacionalidad naciente, acreditado en todas las capitales del viejo mundo. Naturalista viajero, que durante diez años había de recorrer las tierras civilizadas desde el extremo sur de Italia hasta Noruega, fué cariñosamente acogido en todas las Academias, ennobleciéndose con la estimación de los mas grandes prosadores. Ejercitábase por veces en sus más diversas funciones, dejando el cargo de director de las minas de Noruega para crear la cátedra de mineralogía en la Universidad de Coímbra, acumulando luego las funciones de intendente general de las minas de Portugal y del desembargador de la Relación de Oporto, o abandonándolas para dedicarse a la más ruda práctica profesional de la ingienería en los trabajos de la canalización del río Mondego. En todos estos menesteres tan diversos brilló su espíritu y dejó la huella de una voluntad constante.»

Poeta, filósofo, hombre de ciencia, historiador político, José Bonifacio fué el patriarca de la Independencia del Brasil, que así, gracias a él y a sus compañeros, fue traído a la comunidad de las Naciones libres al alborear el siglo XIX por obra de la inteligencia y la cultura.

El movimiento político de la independencia del Brasil fué de tal suerte (corresponde subrayar este punto) un movimiento de cultura. El Imperio naciente fué obra del pensamiento en acción. Guía de ese pensamiento fué, innegablemente, José Bonifacio de Andrada. Así, en esta fase de la acción política, los que hacen la literatura brasileña son hombres políticos, y la practi-

can en el panfleto, en la prensa y en la tribuna. Entretanto, desde don Juan VI, que fundara la Imprenta Regia, grandes obras literarias señalaron poderosamente la iniciativa mental de la colonia. Basta citar, como documento insuperable de ese tiempo, el «Diccionario de la lengua portuguesa» de A. Moraes e Silva, considerado aún hoy, por todos los maestros del idioma, la mejor obra de su género. Ya por entónces, en el hablar y en escribir brasileño sonaban notas diferentes del hablar y del escribir lusitanos. «En el siglo XIX (1813)—dice Juan Ribeiro—en tiempo de don Juan VI, cuando ya se presentían los albores de la indepencia, nuestro lexicógrafo Antonio de Moraes e Silva aprovechando el plan del Diccionario de la Academia y los trabajos de Bluteau, componía su gran «Diccionario», que aun hoy es el mejor y más autorizado de la lengua. No se olvidó nuestro Moraes de incluir en su léxico un gran número de voces brasílicas o portuguesas diferenciadas ya en América. En su misma gramática, que es de 1802, aparecen anotaciones naturalmente sugeridas por el lenguaje del Brasil. Nuestra Independencia y separación en 1822 abrió desde luego un curso divergente entre el vernaculismo portugués y el americano. Los propios individuos inflamados por la revolución separatista adoptaron nombres y apellidos indígenas o americanos (Ges, Tupinambaes, Montezumas. etc.) por oposición al odiado onomástico portugués.»

Es el movimiento literario que aquí llamamos por imitación «romanticismo»; un romanticismo sin edad media, y que, para decirlo con propiedad, abre el período de la independencia literaria del Brasil, toma por tema característico, a falta de caballos y castillos, al indio y a las selvas americanas. Y el romanticismo literario va a definir así de verdad la independencia mental del Brasil frente a Portugal.

Con todo, dos grandes poetas—aun cuando no practicasen propiamente el «indianismo», que es la aurora de la literatura brasileña—habían realizado en este período obras en todo libertas de la influencia de la metrópoli, Gonçalves de Magalhaes (vizconde de Uruguay) y Araujo Porto Alegre.

El primero es considerado por los historiadores de la literatura brasileña como el verdadero creador del romanticismo en

el Brasil, y el segundo, uno de los grandes obreros del movimiento de separación mental del Brasil. Data, con efecto, de la aparición de los «Suspiros Poéticos» de Magalhaes una era nueva en la poesía de la lengua portuguesa. Hay en sus versos elocuentes tonalidades inesperadas y perfectamente distintas de las que hasta entonces sonaran en nuestro idioma. Pasa por ellos el soplo vasto de la naturaleza exuberante de América. En su mismo desorden se trasunta el deficiente acabado de un mundo nuevo. Las reminiscencias literarias, las imágenes, los tropos retóricos que les dan opulencia, provienen de otras fuentes que nutrían las manifestaciones anteriores de nuestros poetas y que corrían por suelo portugués, o por sobre él pasaran. Lector de los franceses y de los alemanes e inspirado en la patria y en la naturaleza brasileña, Magalhaes hablaba un lenguaje propio de nuestro medio, de su genio, diverso, en todas sus acentuaciones, del oído en Portugal y allí querido y estimado.

Porto Alegre, cuya obra precipua («La Confederación de los Tamoyos») es un poema erudito, moldeado a la manera clásica, revelaba también, no obstante la contextura antigua de su verso, una imaginación ardiente, colorada por el esplendor ecuatorial.

Es la de Gonçalves Dias, sin embargo, según todos los críticos y observadores de nuestra vida literaria, «la primera voz definitiva de nuestra poesía, la que nos integró en la propia conciencia nacional, que nos dió la oportunidad venturosa de contemplarnos, cara a cara, en nuestros escenarios físicos y morales. En ese hombre poco vulgar palpita con sin igual intensídad la luz de nuestros horizontes, la limpidez de nuestros cielos y el sonoro fragor de nuestros rumorosos ríos. Fué Gonçalves Dias como uno de esos árboles de la selva tropical, en que la belleza de las flores se mezcla al perfume de los frutos, al colorido de las hojas, al canto de los pájaros y a la sordina musical de los vientos, en un equilibrado concierto de correspondencias imprevistas. Hasta Gonçalves Dias, nadie mostró en tan alto grado esa compenetración de la naturaleza, ese conocimiento profundo y claro de su papel en la poesía. Magalhaes y Porto Alegre recurrían aún frecuentemente al arse-

nal clásico para reproducirla; Souza Caldas, Silva Alvarenga y los «árcades» mineros, con excepción de Basilio da Gama, emplearon, por día de regla, los personajes mitológicos del repertorio greco-romano. Nadie supo fijarla con la agudeza del poeta marañonense, nadie penetró sus secretos con tanto desembarazo, nadie le arrancó del seno, para sus versos, la luminosa imagen castiza y leve con que surge en los dos Gonçalves Dias» (1).

Esta es la opinión general. Sin duda, es verdadera en gran parte. Sin embargo, y en lo que a mí se refiere, no puedo, al recorrer de nuevo los poemas de Gonçalves Dias y examinarlos con detenimiento, substraerme a la impresión—que siempre tuve, por lo demás—de que, a despecho de los temas brasileños de sus poesías, es aún muy portugués por la forma de su frase y por el gusto. Siéntese que Gonçalves Dias es el mestizo brasileño, exuberante, verboso, sentimental y delicado en su imaginación.

Habiendo formado, empero, su espíritu en Portugal (Gonçalves Dias era bachiller de Coímbra) y en Portugal vivido gran parte de su vida en la fase más abierta a la imitación—en aquella, justamente, en que se reciben las nociones, las imágenes más duraderas que dominan toda la existencia—Gonçalves Dias asimiló, sin quererlo, mucho de la literatura y del medio portugueses. La sensibilidad es en él amaricana; la imaginación tiene todos los reflejos de la luz americana; mas la forma es todavía portuguesa, aun cuando los temas de sus escritos sean, en su mayoría, bebidos en el ambiente brasileño.

El «Y-Juca-Pyrama» y los «Timbiras», por mucho que los apreciemos, no nos producen, a los brasileños nacidos en una época en que el Brasil es sólo el Brasil, el extremecimiento de la verdadera poesía brasileña.

Ciertamente, en la elección de los asuntos se patentiza la originalidad del poeta, libre de las cadenas que oprimían a sus antecesores. El personaje central de sus poemas es por una parte su corazón sensible, aspirando la felicidad fugitiva por el amor y por la libertad, y por otra el Brasil en sus mil aspec-

---

(1) Ronald de Carvalho, «Pequeña Historia de la Literatura Brasileña».

tos naturales, en sus paisajes y en su raza. En el autóctono, pisoteado y vencido por el colonizador, personifica a su patria, y son sus gritos de dolor y sus rugidos de cólera los sentimientos que mayor eco encuentran en su alma. Así, a esa luz, Gonçalves Dias se nos figura el primer poeta brasileño propiamente dicho, por el objeto de sus poemas, por su sensibilidad, por su imaginación. No puedo, sin embargo, tal vez por idiosincrasia, desconocer que su lenguaje es muy académico, muy culterano, muy «coímbra» y, por así decirlo, trascendente a perfume clásico, entremezclado de modismos y giros impropios u hostiles al espontáneo, fluído y sonoro hablar brasileño.

A mi ver, el primer gran escritor del Brasil, el hombre destinado a promover nuestra formación literaria contemporánea, como lo estuvo Châteaubriand en Francia, fué José de Alençar. Este, sí, escribió en una lengua y en un estilo en los que de ningún modo podría descubrirse vestigio, resquicio, sombra siquiera, de influencia portuguesa. Este, sí, es nuestro, del Brasil independiente. Su espíritu se formó en la contemplación de nuestros cielos, en la convivencia de nuestra gente, en el trato con nuestros hombres, en las escuelas brasileñas, entre criaturas brasileñas, entre adolescentes brasileños. Son sus obras las que cronológicamente marcan el momento en que el Brasil literario se separó de Portugal. Es «Iracema», es el «Guarany», es «Ubirajara», son las «Minas de Plata», son sus romances sociales, «Senhora», «Luciola», las horas matinales de la literatura brasileña tocando a alborada. Con ellos comenzó realmente el Brasil a hacer algo que sólo habría podido ser hecho en el Brasil, por un brasileño. El más sutil y poderoso de los genios alienígenas, dando el máximo de intensidad a su poder de imitación o de adaptación, jamás lograría imaginar o escribir el «Guarany» o «Iracema». Ni una página, siquiera, de esas o de otras obras de Alençar conseguiría trazar, de tal modo palpita en ellas el alma brasileña y reverberan las tintas vibrantes de nuestra atmósfera.

Reconozco que entre nosotros no se ha hecho a Alençar, en estos últimos tiempos, la justicia que merece. Responsable de ello es el movimiento que desde cierta data viene operándose en nuestro medio, en el sentido de una asimilación más pro-

funda de los escritores clásicos del idioma vernáculo en favor de una renovación paradojal mediante la admisión de los viejos moldes del lenguaje a nuestro hablar y escribir cotidianos. Censúrase en Alençar la facilidad, la levedad, lo improvisado de su prosa cantante y numerosa, sus incorrecciones y libertades de sintaxis, su desemejanza, en fin, con los patrones vetustos a que por falta de sentimiento y de poder creador recurren hoy los que nada tienen que decir, los que no saben ver para describir, los que no saben sentir para comunicar sus sentimientos. Empero, todo llega a su tiempo.

En el momento en que compuso sus romances, José de Alençar realizó un prodigio. Con sus maravillosas invenciones creó para la imaginación brasileña un escenario indescriptiblemente fascinador; trasformó nuestras selvas lóbregas y feroces en amenas y festivas estancias de bondad, de agasajo y de alegría. Y colocando en medio de ellas las tres razas formadoras de nuestra nacionalidad—el indio, el portugués y el negro—dió a cada una su fisonomía particular, colocándolas en las gradaciones de su fantasía indulgente.

A la ferocidad notoria del conquistador ávido de oro contrapuso el tipo idealizado del buen patriarca blanco; a la índole astuta y bravía del indio inasimilable opuso el guerrero bronceado, heroico, generoso y sentimental como un caballero del medioevo, y donde tuvo que representar al africano, hízolo con la piedad comprensiva del poeta en cuyo ánimo delicado el género humano encuentra igualmente repartida la simpatía.

Cabía así a la prosa un papel que habría debido ser de la poesía. Debemos esto simplemente al hecho accidental de que Gonçalves Dias formase su espíritu en Portugal. La influencia de la educación hízose sentir en su genio, mezclándose a su obra, como a la de tantos otros antecesores y contemporáneos suyos. No obstante su elocuencia y su cultura, Magalhaes no era figura de tan alto relieve, ni alcanzaba al de Alençar; y su brasileñismo era menos intenso que el de ambos. Mas la formación de una gran poesía nacional había de prepararse en Pernambuco, justamente por el tiempo en que José de Alençar publicaba en Río de Janeiro sus novelas. La Facultad de Derecho de Recife, que era ya en esa época la incubadora de

donde salieran los «leaders» políticos de la Nación, sus oradores máximos, sus periodistas, sus jurisconsultos, sus poetas y prosadores, se constituyó en el núcleo de mayor actividad intelectual del país. De ese núcleo tornaríase en breve mentor absoluto un joven poeta y latinista que, salido de la menor provincia del Brasil, el actual Estado de Sergipe, habíase pasado diez años en una pequeña ciudad del interior de Pernambuco, Escada, estudiando y meditando la ciencia del Derecho, la Filosofía y el Arte en todas sus formas y modalidades. Después de esos dos lustros, y habiéndose formado ya por su propio esfuerzo una cultura propia, igual, en extensión y en profundidad, a la de los mayores maestros del pensamiento contemporáneo en Europa, con muchos de los cuales se comunicaba directamente, cambiando ideas para diseminarlas en su medio, Tobías Barreto, que tal era su nombre, se presentó a concurso para optar a una cátedra y, tras retumbantes éxitos, entró en la Facultad, de la cual fué al poco tiempo, según dije, guía y orientador máximo.

Data de la aparición de ese hombre extraordinario en la cátedra de la Escuela de Derecho de Recife el movimiento de renovación mental del Brasil; y de su personalidad central irradia hacia el país entero la vibración excepcional que caracteriza, de 1865 en adelante, la actividad intelectual de nuestra patria. A través de todas las manifestaciones de su genio señalóse en él el innovador, el indicador de caminos, el iniciador predestinado. Poeta, sus versos fueron casi todos, por así decirlo, improvisaciones del corazón. Son de los más grandes que produjo el romanticismo en el Brasil, y, con todo, están por debajo de su mentalidad prismática, en la que el mundo, la belleza, la naturaleza, la vida y el pensamiento, reflejábanse en sus múltiples fases como en un espejo mágico. El rasgo principal de esos versos figúrasenos que es el que muestra el intenso calor sentimental del temperamento del mestizo brasileño. Tobías Barreto era, como la mayoría de los grandes hombres del pensamiento en el Brasil, un mulato, producto del cruzamiento del portugués con el africano. Es de ver en esa figura varonil por el carácter independiente del espíritu, por la osadía del temperamento, por el poder incomparable de la imagina-

ción creadora, por la finura de la mirada y por la delicadeza del gusto, hasta dónde puede ir nuestra raza. Apto para seguir todas las generalizaciones de la filosofía y sugerir él mismo nuevos horizontes al pensamiento abstracto, Tobías Barreto puede ser considerado, por la obra que dejó, el único filósofo que ha tenido el Brasil. Habiendo formado su mentalidad en la convivencia de los pensadores alemanes, conociendo el idioma alemán en sus minucias y secretos más íntimos, como conocía el latín y el portugués, el francés y el inglés, nos dió en penetrantes críticas y en trozos de meditación profunda la visión de lo que habría podido hacer, en el campo de la creación mental pura, si hubiera vivido en otro medio, a la altura de su fuerza y de su genio.

Cuando escribió en su tiempo sobre los problemas filosóficos que se debatían en el siglo, y en los diversos ramos de la ciencia y del arte por ella influenciados, nos maravilla aún hoy. Si, como el francés, el italiano y el español, nuestro idioma tuviese curso en el mundo, o, a lo menos, una difusión más amplia que la que lo limita a tan estrecho espacio y tan diminuto grupo de lectores, el nombre y la obra de Tobías Barreto, en todos los ramos del humano saber, serían incluídos entre los mayores títulos de gloria de nuestra especie en el siglo XIX.

Lamento que la naturaleza de este trabajo no permita dar al estudio de la obra de Tobías Barreto la extensión que merece. Baste decir que Barreto fué el creador del espíritu crítico en el Brasil, el precursor de todos los debates intelectuales, el mayor de nuestros juristas, el mayor de nuestros publicistas, el más original de nuestros pensadores. Su papel en el Brasil de fin de siglo XIX equivale al de Jorge Brandés en la Escandinavia de la misma época. Desgraciadamente, personalidades como la suya no se reproducen con frecuencia y el relieve de su perfil continúa aislado en el escenario de la vida mental del Brasil como el de una luz vibrante en el desierto.

Como poeta, Tobías Barreto permaneció a la altura del medio, no ascendiendo más que en tal cual verso a la propia altura de su espíritu. Con todo, cantan y lloran en su poesía notas de un lirismo inmenso, dando un tono inconfundible a las voces íntimas del corazón ardiente y sensual del criollo. En al-

gunos de sus poemas la delicadeza del sentimiento alcanza la finura etérea de la más alta y pura espiritualidad. En otros, a ejemplo de Víctor Hugo, cuya influencia era entonces general en el Brasil, el estro se le enriquece con ráfagas de elocuencia sublime.

Era sobre todo en los poemas patrióticos y en los más accesibles al subjetivismo meditativo del filósofo donde su musa adquiría ese tono altivo y grave. Junto a Tobías Barreto, su rival en poesía, apareció en Recife, con procedencia de Bahía, cuyo hijo era, un mozo de veinte años que vivió solamente hasta los veinticuatro. Llamábase Castro Alves. Este fué el gran bardo, el vate incomparable, la voz de fuego, el grito ardiente, el clamor sonoro del Brasil. Por él habló el corazón de nuestra raza en su amor por lo que es grande y lo que es bello; por él dieron sus rumores nuestras cascadas y nuestras selvas; en él reverberaron, en coloraciones áureas, nuestros cielos; en él cantaron nuestras mañanas y resplandecieron nuestras noches de luna. Poeta del amor, la lengua portuguesa jamás dijo antes que él, en tan pocos versos, confesiones tan cálidas de amor, tan bellas, tan inmortales.

Ciertos acentos de la poesía lírica de Castro Alves alcanzan la mayor altura lograda en cualquier literatura. Nunca como en Castro Alves sonó nuestro idioma tan murmurador y dilatado. Algunos de sus poemas son ríos salvajes que cantan corriendo por entre árboles en un lecho de piedras claras...

Y si algo pudiésemos destacar para representar ante el extranjero las cualidades más características de nuestra idealización en lo que ella tiene de particular, de producto de razas cruzadas, probando el poder del sentimiento, de expresión y de vigor mental del mestizo brasileño, en Castro Alves habría que ir a buscarlo. Porque, más que cualquier otro, él fué el genuino representante de nuestra gente en su sentir y en sus aspiraciones y se le amó como a ningún otro poeta hasta hoy. Por eso es aclamado y rememorado, aún ahora, como ningún otro de su tiempo.

Castro Alves tuvo la ventura de asociar su musa a una de las más graves luchas sociales del Brasil: la lucha por la liberación de los negros africanos. Por eso se le llama el «Poeta de

los Esclavos». Los poemas que escribió bajo la inspiración patética del asunto son, a mi ver, los más hermosos, los más admirables de la literatura brasileña. Son las «Voces de Africa», el «Navío Negro», la «Cascada de Paulo Alfonso». En la poesía brasileña nada es comparable a estas páginas grandes, hijas del corazón del Brasil, obras de nuestra alma, gritos de nuestro pecho que hallan eco en medio de nuestra tierra, en las ondas del mar, en la intimidad de nuestras selvas, de cuyas voces mezcladas y tonantes son la modulación imperecedera y armoniosa. Y todo ello fué hecho en un suspiro, esto es, de los veintidos a los veinticuatro años.

Antes de Castro Alves, en los tiempos de éste y después de éste, todos incluídos en el período romántico, sujetos a la influencia predominante de Byron, Lamartine y Hugo, principalmente de este último, pasaron otros muchos poetas más o menos notables, dejando pruebas más o menos distinguidas de su estro, como Alvares de Azevedo, Bernardo Guimaraes, Junqueira Freire, Fagundes Varella, Casimiro de Abreu, Teixeira de Mello, José Bonifacio, el Joven, Luis Guimaraes Junior e innumerables más. Líricos casi todos, variando en su manera personal, dando muestras de excepcional yigor de inspiración y de expresión casi todos. Contemporáneo de la mayoría de éstos y de los que hasta poco antes dominaban en nuestro medio, pero siempre al margen de los grupos y de las escuelas, creando una obra dispersa, sin método y sin esfuerzo, señalóse muy particularmente Luis Delfino, autor de una infinidad de poemas no reunidos en volúmen, y algunos de los cuales son de los más extraordinarios de nuestra literatura y quizás de nuestra lengua. Ese improvisador prodigioso de estrofas y de imágenes, de una sensibilidad rica y siempre imprevista en sus acordes, es aún hoy popular. Sus versos aparecen continuamente en las revistas y en los diarios y son guardados en la memoria del pueblo.

No obstante haber nacido y aparecido entre los románticos (Luis Delfino es de 1834 y falleció hace apenas diez años), vino a afiliarse a los nuevos poetas que florecían ya en la República y en cuyo centro fué considerado siempre, si no como un maestro, a lo menos como un precursor. De aquéllos cítanse

también como precursores a Luis Guimarâes, a Machado de Assis y a Teófilo Dias, autores de poemas admirables.

La gran generación de poetas que se desarrolló en la República está representada por Cruz y Souza, Luis Murat, Raimundo Correia, Alberto de Oliveira, Olavo Bilac, Augusto de Lima y Vicente de Carvalho.

Cruz y Souza, de quien Silvio Romero decía que en muchos respectos es el mejor poeta que ha producido el Brasil, expresó en el Brasil el simbolismo. Hizo escuela, dejando innúmeros imitadores. Era un negro, negrísimo, delgado, delicadísimo de maneras, solitario, austero de costumbres, puro, casto, sin ninguno de los defectos en general heredados del africano esto es, la afectación melindrosa, la excesiva blandura de ánimo que raya en pasividad, la índole fácil y abierta, la sensualidad inmediata y grosera. Su poesía tiene algo de religioso y alto, sin poseer nada, empero, de obscuro y rebuscado. Consideráronlo simbolista por el género de asuntos que prefería, a imitación de los simbolistas y decadentes franceses reaccionarios contra el parnasianismo: asuntos místicos, temas de una religiosidad vaga e imprecisa, como lo revelan los títulos de algunos de sus poemas y libros: «Misal», «Antífona», «Monja», «Madona de la Tristeza», «Silencios», «La Muerte», «Angelus», «Vos Fugitiva», «Piadosa», etc.

Evidentemente, Cruz y Souza sufrió el influjo de la escuela francesa decadente, si no en el fondo, a lo menos en la forma. Pero pudo realizar algunos sonetos y poemas de los más perfectos que hasta entonces fueran compuestos en el Brasil, pletóricos casi todos de pensamientos embebidos en las raíces más profundas del sufrimiento humano.

Silvio Romero escribió respecto a Cruz y Souza lo siguiente: «La filosofía que trasciende de la poesía de Cruz y Souza es la de un triste, pero de un triste revelado; es el caso único de un negro, de un negro puro, verdaderamente superior en el desenvolvimiento de la cultura brasileña. Hemos tenido muchos meztizos notables; negros, no: sólo él. Sufrió las terribles agruras de su situación de negro y de pobre, sin protección y, ciertamente despreciado. Mas su alma cándida y su peregrino talento dejaron surco bien profundo en la poesía nacional. Murió

muy jóven, en 1898, y en él se halla el punto culminante de la lírica brasileña después de cuatrocientos años de existencia.»

En todo caso, Cruz y Souza es una personalidad aparte en nuestra poesía, una figura de excepción, poco popular por la propia naturaleza de su obra, como, en ciertos respectos, Anthero de Quental en Portugal, bien que su poesía sea más superficial que la de Anthero, aun cuando más sonora y más bella en la forma. Hasta cierto punto puede decirse que el don principal de Cruz y Souza fué la sonoridad. Sus versos tienen a las veces la unción de una melodía de violín en el silencio de la noche, o la de un vago acorde de teclado de órgano en el interior obscuro de una iglesia todavía adormecida...

Nada lo asocia a los demás poetas que alcanzaron gran notoriedad desde los comienzos de la República, como Luis Murat, Raymundo Correia, Olavo Bilac y Alberto de Oliveira, Augusto de Lima y Vicente de Carvalho. Aún cuando al aparecer todos ellos fueron calificados de parnasianos por mostrar más amor a la forma que los románticos, no sé, ni quiero saberlo, hasta qué punto merecen tal calificación, o si vale la pena de que la merecieran. Tanto se desprestigió el llamado parnasianismo y dió tan poco de sí, que supongo que para ningún poeta es un título de honor el ser considerado parnasiano. Concediendo muy poco de mi simpatía a esas calificaciones, que, además, no cuadrarían al carácter de este trabajo, prefiero considerarlos a todos como poetas, pues que lo son, sin cuidar del rótulo que debe caberles en el bazar de las escuelas.

El señor Luis Murat, que vive aún, tiene la inspiración amplia, batida por fuertes soplos y bañada por largos trechos de cielo abierto... Algunas nubes cubren a las veces el sol en las alturas por donde divaga su imaginación queriendo penetrar los misterios del Ser. Envuelto en ellas, su pensamiento núblase entonces. Pero cuando logra libertarse, es para cernerse en un plano sereno donde canta la armonía. Desde los primeros versos, el señor Luis Murat se reveló un espiritualista inseguro aún de su destino, pero ansioso de soledad y de meditación comunicativa con lo no revelado y lo oculto. De la poesía transmigró, después de haber escrito notables poemas y gracias

a esta tendencia innata, a la contemplación filosófica de la verdad, que hoy parece que concentra y absorbe toda su atención.

Raimundo Correia, fallecido diez años hace, autor de algunos de los sonetos más populares, como las «Palomas» y «Mal secreto», conocidos por todos y citados a todo propósito, si no el mayor de todos los poetas de la generación que acaba de concluír, de la que vino con la República, por así decirlo (y muchos piensan que es efectivamente el mayor), es, con todo, aquel en quien la inspiración tuvo más finos y coloridos acentos y aquel en quien la forma nunca dejó de ser perfecta hasta donde esta palabra puede ser empleada con exactitud. Sensual con recato, voluptuoso con discreción, sutil y preciso en las imágenes como un grabador florentino, pensando y sintiendo con profundidad en el mal de la vida y en la vanidad de las cosas, intérprete exacto de los colores y de los sonidos, inquieto y lleno de amargura al mismo tiempo que amigo de la realidad y de la belleza material, parnasiano, esto es, artista en la expresión y romántico, esto es, poeta, en el pensamiento, Raimundo Correia vivió en una atmósfera alta y delicada y en ella creó su obra imperecedera. Siendo de los más populares merced a algunos de sus poemas, que cayeron en gusto del público, es de los espíritus más aristocráticos que han tenido nuestras letras, por su distinción, finura y originalidad.

Alberto de Oliveira, vivo aun, y que, a lo que supongo, frisa en los sesenta y cinco años, fué conocido ya en sus comienzos como el «Poeta de la Forma». De él dijo Silvio Romero que era «el que parecía haber tomado más en serio su misión de artista del verso. Entre todos sus compañeros, él es el parnasiano en regla, extremado, completo, radical. Por eso, si del sistema tiene la ventaja, posee también en mayor escala los inconvenientes. Las buenas cualidades predominan».

Desapareció hoy de nuestra crítica esa preocupación de dividir, en el estudio de la poesía, el pensamiento de la forma. Así, no hay quien llame solamente parnasiano al señor Alberto de Oliveira. Tantos versos escribió éste después de los «Meridionales» y de los «Sonetos y Poemas», diferentes, en tantos aspectos, de los primeros y revelando tanta variedad y tanta riqueza en su estro, que aquella calificación ya no le cuadra. En

cierto momento, el señor Alberto de Oliveira fué en el Brasil el poeta de la naturaleza exterior, del paisaje, de lo pintoresco, de las cosas bellas, pero sólo de las cosas. Quedó así consagrado durante algún tiempo como el artista objetivo, el descriptivo sobrio sin pobreza, perfecto casi siempre en su léxico, elocuente, no raro. Pero aparecieron otros libros para confirmar ampliamente lo que ya se entreviera en los anteriores: esto es, la existencia, en el señor Alberto de Oliveira, de una índole meditativa, capaz de preocuparse de la vida en su esencia y en su significación, del corazón humano en su sensibilidad y en su misterio. A pesar de todo, sin embargo, su nombre quedará más como el de un poeta de los sentidos, si me hago comprender, que como el de un poeta del alma.

Empero, ningún poeta dejará páginas más frescas, más graciosas, más agradables, más deliciosas que las innúmeras que brillan y cantan en el «Libro de Emma», en la «Tierra Natal». Por su léxico, por el equilibrio de su imaginación, por el tono medido, concienzudo y claro de sus poemas, el señor Alberto de Oliveira es un clásico.

Olavo Bilac, muerto hace cuatro años, fué el más popular de todos los poetas que ha tenido el Brasil. Cronista fácil y brillante, temperamento comunicativo, imaginación ligera y leve, espíritu lleno de buen sentido y de buen gusto, que escribía siempre a placer del público, pronto se hizo en la prensa periódica uno de los nombres más estimados. Alternando la publicación de sus folletines con la de sus sonetos y poemas, éstos más raros que aquéllos, consiguió divulgarlos con extrema rapidez en todo el país, en el que se convirtió, a poco de aparecer, en una de las figuras más notorias. Buen recitador, daba a sus versos, cuando los declamaba, un relieve extraordinario que acrecentaba su mérito, de suyo grande. Su poesía refleja todos los aspectos del temperamento del autor: facilidad, levedad, buen sentido, buen gusto, objetividad descriptiva, horizonte circunscripto al ambiente visual (nada de más allá, de infinito, de ensueño, de pensamiento, de alma, de poesía en el alto sentido del vocablo), por más que haya que señalarle finura y sobriedad de tono, y, como fondo, como substancia

esencial de ella, nutriéndola y dándole forma característica, la única, una sensualidad material violenta y directa, sensualidad sexual, para ser preciso.

En la última fase, Olavo Bilac hizo algunos sonetos menos objetivos, tocados de meditación. Habiendo escrito muy poco, pues sólo dejó dos libros de poesía y tres de prosa, reproducción en volumen de crónicas de diario y conferencias, de su obra perdurarán, con todo, muchos sonetos siempre agradables por la música de los versos y la delicadeza de la inspiración, obras primas inmortales de nuestra lengua, armoniosas combinaciones de gracia y de belleza.

En su libro «Pequeña Historia de la Literatura Brasileña», el señor Ronald de Carvalho, definiendo el carácter de la obra de Bilac, dice: «Lo que define mejor sus íntimas ligaciones con el alma brasileña es la influencia considerable que ejerció, y aun ejerce, en nuestras letras su concepción epicurista y voluptuosa de la vida. Los pueblos en formación que, a semejanza del nuestro, están en conflicto permanente de tendencias y direcciones, marchan por entre una exaltación de egoísmos que sólo les deja entrever, como fines realizables e inmediatos, el placer y el gozo, en la fortuna varia. Las grandes abstracciones no los conmueven, los sistemas trascendentes de la inteligencia pura no llegan a interesarlos, pues prefieren la representación exterior de las cosas, lo pintoresco de las formas y el brillo de los coloridos. Olavo Bilac es, por ese lado, un poeta verdaderamente nacional...»

El señor Augusto de Lima, que vive aún, hace mucho que abandó el Parnaso, donde durante mucho tiempo permaneció coronado de lauros, pulsando una fuerte lira de recia y vasta resonancia. De él decía ya Silvio Romero: «El poeta de las «Contemporáneas» es, por cierto, uno de los más ilustres del Brasil; tiene composiciones de primer orden». Viste la musa del señor Augusto de Lima la túnica severa de Pallas Athenea; es sabia, meditabunda, filosófica. Pero en su canto, altivo y noble, murmura el pensamiento sus anhelos y expresa el alma humana sus altas esperanzas de libertad. En muchas de sus composiciones, el señor Augusto de Lima es un poeta lírico, rico de emoción y sentimiento; su voz se estremece en la gar-

ganta y sus ojos se nublan de lágrimas. Señor del idioma y de la ciencia del ritmo, sus versos son siempre esmerados en la factura, que le sale siempre correcta. Así también el señor Vicente de Carvalho, de los más perfectos maestros de poesía en el Brasil, igual en fuerza de expresión a Alberto de Oliveira y a Augusto de Lima, claro y amplio en su inspiración, amiga del mar, de la luz, de la naturaleza, en suma, en sus mil faces, desde la del cielo hasta la de las mujeres. Es de los poetas más populares del Brasil, siendo, al mismo tiempo, de los más eminentes entre nuestros hombres de letras».

Al lado de esos poetas, sus contemporáneos, más o menos, desarrolláronse los prosadores, cronistas, periodistas, oradores, novelistas, críticos, historiadores, que dieron a la literatura brasileña su mayor relieve en estos últimos cincuenta años.

En la novela, Aluizio de Azevedo, imitador de Zola; pero poderoso realizador de flagrantes trozos de vida; Machado de Assis, conocedor sutil del temperamento humano, índole escéptica, fina, agudísima, con una forma orignal de ver y describir las personas y las cosas, fueron, entre los más viejos de aquéllos, los que dejaron obra más valiosa y perdurable. Del segundo puede decirse, además, que será siempre un nombre imperecedero en las letras brasileñas. Sus libros siguen viviendo y las figuras principales que creó en Braz Cubas, Quincas Borba, don Casmurro y Esaú y Jacob, permanecen como entidades reales mezcladas a nuestra existencia, tal es el poder de creación y representación del escritor. En mucho contribuirá, sin duda, a la duración de la gloria de Machado de Asis su estilo propio inconfundible, en una lengua que pudo, al expresar sentimientos y sensaciones de nuestro tiempo, conservar el tono del más puro vernáculo clásico. Agil y fino pintor de cuerpos y de almas, Machado de Assis sabia diseñar encantadores tipos de mujer, no académicos o ficticios, sino reales, contingentes, nítidamente recortados en escenarios animados y concretos.

La vida se reflejaba bajo su mirada en un ángulo especial de pesimismo risueño, pero triste, en que casi nunca habia piedad. Con nuestra manía de los paralelos, muchas veces aludimos aquí, a propósito de Machado de Assis, a Swift, a Juan Pablo Richter, a Stern, a Dickens, a cuya familia espiritual decimos

que se vinculaba. Nada más impreciso y equivocado. Machado de Assis era un humorista, mas, por serlo, no está obligado a parecerse a todos los humoristas que ha habido, principalmente los ingleses.

Raúl Pompeia escribió una novela, «El Ateneo» que aun hoy es leida con interés, habiéndose revelado en ella enérgico prosador, rico de pensamiento e imaginación.

Sobreviviente a aquéllos y que sigue trabajando con una fecundidad espantosa, sin detenerse, el Sr. Coelho Netto escribió ya cerca de cien volúmenes de literatura de ficcion, cuentos, fantasías, novelas. Es, en ciertos respectos, el más popular de nuestros escritores. Género completamente distinto del de Machado de Assis, su obra. escrita «au jour le jour», hecha muchas veces por imposición de la necesidad, presenta altibajos, desigualdades enormes. Puede decirse que toda es improvisada. En ella se afirma, sin embargo, una imaginación extraordinaria, una vibratilidad exuberante y un poder de representación de la realidad material—colores, sonidos, aspectos corpóreos del ambiente, paisajes—como raros escritores lo han poseido en cualquier literatura de que se trate.

Completamente brasileño en su manera, en su formación, en su espíritu y en su sentimiento, el Sr. Coelho Netto dejóse, entretanto, impresionar en las diversas fases de su existencia de escritor por las varias escuelas literarias que aquí han influido: el romanticismo, el simbolismo, el naturalismo.

Sin embargo, por mucho que tratase de imitarlas, sus libros saliéronle siempre característicamente personales, pues sus procedimientos y su imaginación son demasiado característicos para que pudiesen sufrir una completa desfiguración bajo el influjo de las infiuencias extrañas. De su obra se destacan los cuentos brasileños, que figuran en el volúmen «Sertâo e Banzo», fantasías sin número, historietas sentimentales incontables, algunas de gran riqueza de poesía, páginas de impresiones románticas, rapsodias líricas, idilios y pastorales, fábulas, anécdotas, todo ello esparcido en casi un centenar de volúmenes en que, junto a trabajos de mal gusto, o incompletos en su factura, se encuentran trozos de belleza peregrina. De sus novelas propiamente dichas se destacá la titulada «Rey Negro» en la

que se acentúan no sólo las calidades máximas del escritor, sino también sus defectos, sus procedimientos, y que constituye el género de literatura que más cuadra a su manera. Siendo un novelista dotado del poder de representar la vida, especialmente en sus aspectos externos, el señor Coelho Netto es, con todo, más que un poeta, un rapsoda: en suma, un bardo narrador de historias, un encantador, hecho para encantar a las criaturas que somos todos los hombres. Oscar Wilde lo definiría como «el hombre que cuenta historias». Su léxico es más rico que delicado, más abundante que escogido. Ultimamente el señor Coelho Netto se dedicó también, por influncia de un movimiento general que casi dominó a todos nuestros escritores, a amoldar el lenguaje moderno a los modelos antiguos del hablar académico de los clásicos portugueses, rebuscando palabras anticuadas que injertaba en sus escritos, hasta darles muchas veces un tono irritante para el buen gusto. Esta tendencia le enajenó muchas simpatías de escritores modernos y quizás del público.

No pudiendo ser enumerativo, pues así no llegaría al fin, tengo que dejar sin referencia a muchos otros escritores, muertos o vivos, que ilustraron e ilustran nuestra literatura en todos los géneros.

Conviene recordar que no es en la literatura de ficción donde más poderosamente se ha afirmado el valor de la mentalidad brasileña. No es propiamente en ella donde deben buscarse las señales más salientes de nuestras cualidades y defectos. Por obra de un conjunto de circunstancias ineluctables, la literatura propiamente dicha nunca fué entre nosotros una función social. El número de lectores existentes en el Brasil es todavía muy restringido. No favorece las grandes ediciones, ni remunera la actividad del escritor, como acontece en todos los paises que hablan un idioma desconocido en el intercambio mundial.

Es sobre todo en las profesiones liberales y en la prensa donde están nuestros mejores espíritus, dedicados a tareas prácticas, compensadoras por el lado material. En la prensa y en la abogacía y en la tribuna se formó Ruy Barbosa, que, no obstante no ser novelista, ni poeta, ni crítico, ni haber escrito

jamás obra de arte, o cualquier trabajo estéticamente desinteresado, es aún hoy nuestro mayor escritor. En la prensa formáronse, durante el Imperio, Juan Francisco Lisboa, Torres Homem, Francisco Octaviano, Abreu Lima, Joaquín Serra y tantos otros, tal como en la República se destacaron Quintino Bocayuva, José do Patrocinio, Alcindo Guanabara, Medeiros e Albuquerque. Uno de nuestros mayores escritores, un clásico, un satírico, nunca escribió un libro: el señor Carlos de Laet, católico militante, profesor de portugués, crítico y polemista, especie de León Bloy, lego, pero alto de espíritu y más fino en el remoque. Es una de las mayores figuras de nuestras letras.

En la novela, cumple nombrar todavía al señor Graça Aranha, autor del «Chanaan», obra de aliento, pletórica de poesía y de vida, que alcanzó gran boga, y al señor Afranio Peixoto, autor de la «Esfinge» y de «María Bonita», novelas sociales muy interesantes, ricas de observación y de concepto. Lo mejor que poseemos en la literatura es, aún así, obra de acción, obra de periodistas, publicistas y juristas.

Nuestro mayor escritor, Ruy Barbosa, nunca fué escritor de profesión; no escribió una sola página de ficción, de arte pura, propiamente dicha. El más armonioso de los tipos creados por nuestra raza, Joaquín Nabuco, hizo obra de político y de historiador, y de literatura propiamente, sólo al final de su vida y por diletantismo...

Euclydes da Cunha, la imaginación más original del Brasil en su tiempo, nunca escribió un verso o un poema, o un cuento, o una historia; hizo una monografía científica sobre los «Sertôes». De los mayores libros que posee nuestra literatura son las obras de Derecho del consejero Lafayette Rodriguez Pereira, los alegatos de abogado, discursos y artículos de prensa de Ruy Barbosa, ensayos políticos de Alberto Torres, conferencias y debates de Eduardo Prado, Assis Brasil y muchos otros.

Uno de los más populares, vivaces e interesantes hombres de letras de la generación que va pasando fué Paulo Barreto (Joâo do Río), periodista, cronista, que escribía todos los días para la prensa. Sus libros eran artículos de diario. Y así, de ocasión, circunstancial, determinada por las contingencias naturales del medio, es casi toda nuestra literatura, lo que de nin-

gún modo amengua su mérito. Como toda literatura desconocida en el intercambio mundial, la nuestra, que tiene reducido número de lectores, ha de ser por mucho tiempo aún una literatura de aficionados.

Lo que poseemos constituye, por consiguiente, tentativas más o menos brillantes, esbozos más o menos felices, afirmaciones más o menos poderosas de genios nacientes o de temperamentos excepcionales que luego son desviados de las altas y nobles ocupaciones literarias hacia los menesteres inmediatos de orden utilitario reclamado por las necesidades del país. Así, la literatura propiamente dicha no es, salvo excepciones extraordinarias, sino un indicio de la mentalidad brasileña, prueba potencial de su valor, demostración episódica de su fuerza.

En el Brasil, sólo por excepción puede un individuo, en virtud de circunstancias especiales, vivir una vida de escritor y escribir solamente obras de arte. Ejemplo tal, completo, sólo lo tuvimos en Machado de Assis, salvado de la mediocridad, como artista, por falta de temperamento, digámoslo así. Si Machado de Assis hubiese sido menos tímido, más vibrante y dotado de mejor salud y hubiera sentido con mayor vigor, no habría podido aislarse dentro de su ensueño, en su vida aparentemente estrecha y árida de burócrata. Naturalmente hubiera sido arrastrado por las corrientes férvidas de la actividad que pasaban murmurando por delante de la puerta de su casita sosegada, y atraído a la plaza pública, a la sala de la redacción, al Forum, a la cátedra, a las profesiones activas, a todos los lugares en donde se ejercitan de manera inmediata las aptitudes de los hombres.

Lo que admira y lo que prueba la riqueza y la fecundidad del espíritu nacional, su capacidad y su vigor, es que, no obstante este carácter necesariamente fragmentario de nuestras letras, haya sido hecha tanta cosa inmortal, náyanse realizado tantas obras poderosas, se hayan expresado en demostraciones imperecederas tantas pruebas de ingenio.

En este estudio no puedo intentar siquiera una enumeración de autores y de obras. De la generación actual, limítome a los más viejos poetas y prosadores, dejando de citar gran número

de sus coevos y sucesores, que nombrarlos a todos sería imposible.

Dejo también en silencio grandes departamentos de la actividad literaria, como la historia y la lingüística, las ciencias políticas y los estudios sociales, aún cuando también tendría que referirme a altos hombres y a grandes obras. Más no creo que este estudio exija mayores desarrollos. Termino diciendo que la nueva generación, encadenándose a sus predecesores, se muestra pujante y rica; grandes hechos la señalan; notables hombres la representan.

Lo que se observa desde el punto de vista de la Forma, por así decirlo, es mayor cultivo y conocimiento de la lengua portuguesa, celada con cariño, escrita con refinamiento, llegando al estado de equilibrio armónico entre la tradición y las innovaciones. Desde el punto de vista del pensamiento, obsérvase mayor contacto mental y sentimental con el país, reflejado en los diversos aspectos regionales, en la significación nacional de su formación y en las perspectivas infinitas del desdoblamiento ideal de su civilización; simpatía humana; comprensión de la novedad del mundo y del papel mesiánico de la América en la reconstitución moral y mental de la humanidad.

Acentúanse en los escritores objetividad en los asuntos, adherencia cada vez mayor a la realidad, independencia personal de las orientaciones, amor a los estudios científico filosóficos. Nótase ausencia casi total de maestros o influencias nacionales o extranjeras preponderantes. La literatura avanza con el país hacia sus grandes destinos, fiel a sus tradiciones, pero toda envuelta aún en los colores indefinidos del futuro.

GILBERTO AMADO.

IGNACIO ZULOAGA

El placer y la necesidad de las biografías

Mucho se ha escrito acerca de la obra y carácter de Ignacio Zuloaga, así en España como en el extranjero; en el extranjero más que en España. Estos escritos, por la extensión que alcanzan, merecen ya que sobre ellos campee un rótulo o divisa: «Bibliografía zuloaguesca». Toda esta literatura se reparte, naturalmente, en dos grandes grupos: «referencias personales del autor» y «apreciaciones críticas de sus obras»; porque Zuloaga constituye uno de los casos infrecuentes en que el artista es tan interesante como su mismo arte, y más aún, en que la vida y el arte guardan perfecta correlación, como dos espejos enfrentados, o como cielo y mar en la comisura del horizonte. La sección de juicios estéticos sobre la pintura de Zuloaga forma el más voluminoso de los dos grupos antedichos. Y es lógico, pues la obra artística goza de un don de ubicuidad; se halla en diversos y apartados lugares al propio tiempo, y es sentida por gentes sin número, porque su esencia es la publicidad y la universalidad. En tanto, la persona va siguiendo una órbita discreta, callada y escondida. No diré que haya ningún estudio estético consumado en torno a la obra de Ignacio Zuloaga; primero, porque poseyendo la auténtica obra de arte una eterna virtualidad de suscitar emociones nuevas, no cabe valoración definitiva ni aun de la obra consumada y así vemos y apreciamos hoy a Goya con ojos y normas distintas que hace ochenta años; y mucho menos cabe, en segundo lugar, consumación del juicio cuando la obra se halla en el climax o punto central de su génesis, como sucede con nuestro pintor. Zuloaga pisa la cumbre de sus cincuenta años o poco más; considérese la suma de creación potencial que se impacienta acu-

mulada en las nerviosas y prolíficas cerdas de sus pinceles. Por lo pronto, existe buen acopio de sus cuadros que no han trascendido aún el recato del taller donde han nacido a la vida inextinguible; entre otros, una colección de paisajes que causarán cierta perturbación en las nociones acostumbradas, cuando Zuloaga se revele al mundo como paisajista puro. Pero, en definitiva, si no estudios estéticos consumados sobre la obra, sí que los hay suficientes, o, como decían los clásicos, con voz sabrosa, «abastados», y alguno de ellos, perfilado con pluma hispana. En donde anda más deficiente la bibliografía zuloaguesca es en la parte biográfica, lo cual es muy lógico, como hemos advertido más arriba, bien que no por esto menos lamentable. Los españoles—y claro que mucho más las españolas —somos sobremanera pudorosos. No nos place escudriñar vidas ajenas, porque nos repugna o, por mejor decir, nos aterra el gesto, tan forastero y tan moderno, de aventar a los ojos del indiferente las cenizas de nuestro hogar. No espiamos a través de la cerradura del vecino, por evitar que vengan a curiosear en la nuestra. Así se explica la carencia de obras famosas del género biográfico en la historia literaria castellana. No es sólo por falta de curiosidad, es decir, de biógrafos, como de ligero se asegura, sino por sobra de pudor y delicadeza sensitiva en el presunto biografiado. Más misteriosa que la vida de Cervantes hay únicamente la de Shakespeare. Pero lo de Shakespeare es tan desusado, dentro de los usos exóticos, que los sajones, no pudiendo imaginar que un autor célebre no haya dejado minutas y puntuales noticias de sí, han llegado a pensar si Shakespeare será un mito o un disfraz. Pero a ningún español se le ha ocurrido pensar que Cervantes no ha existido, puesto que apenas sabemos de su vida. Lo asombroso sería que un escritor español se excediese en descubrir intimidades. Reciente está la muerte del más grande escritor castellano de los tiempos modernos; vivió largos años, y lo más en Madrid. Sin embargo, resultaría de todo punto imposible reconstruír su biografía cabal y auténtica. Hablo de Galdós. Raro y excepcional es el artista español que incurre, sea por lucro, sea por vanidad, en la práctica habitual del exhibicionismo. En cuanto al lucro, el español no comprende sino el beneficio inmediato y tangible, en tanto la utilidad

que lleva aparejado el reclamo es difusa y falible. Y en cuanto a la vanidad, más que a ella, el español es propenso al orgullo.

Pero aún sin llegar a los sagrados Penates, debe haber en toda casa hospitalaria el estrado para recibir, la mesa aparejada para el yantar y también el aposento donde duerma el huésped. Dicho de otro modo: que la manía inquisitorial de los críticos y biógrafos extranjeros, que no vacilan en revolver sepulturas y sacar a la vergüenza póstuma las más triviales y tristes clandestinidades de un hombre que se distinguió en algo quizá es un vicio extremoso. Pero la poquedad española de no mostrar ni aludir nada atañedero a la vida privada, es, sin duda, un vicio defectuoso. Hay un término prudencial. El hombre que voluntariamente ha dedicado su obra a la sentencia de los demás hombres, está en la obligación de no dejar encerrada en sombra hermética su vida, que es al cabo parte, y parte substantiva de su obra. Deje sellado su secreto, lo más recogido de su alma y hogar, y respetemos los demás este tabernáculo, pero que no se aleje de aquí la clausura inviolable. Siguiendo este criterio, me parece que se debieran escribir narraciones personales y contribuciones a la futura biografía de nuestras celebridades contemporáneas. Si todos quienes han tenido contacto con Zuloaga dejaran algún apunte o recuerdo, pienso que un día se escribiría una de las biografías más amenas, dinámicas, amables y docentes.

Sin otra pretensión que la de humilde colaborador de una obra ajena, como el que acarrea un hecho o una impresión insignificante, con toda simplicidad y desorden en el estilo de los apuntes para uno mismo, voy a contaros algo de Zuloaga.

La Silueta

Físicamente, en este año de gracia de 1921, Zuloaga es un hombre formidable por el tamaño y el aplomo con que el cuerpo gravita perpendicularmente sobre la tierra. En cuanto a la materia con que está construido, según la impresión que produce, hay dicrepancia de pareceres. Unos dicen que está tallado en madera a hachazos; otros, que devastado en granito. Literatura. Lo cierto es que está amasado con carne muscular, recia

y sanguínea de donde se origina un temperamento muy definido, con cualidades que ya Galeno precisó: fortaleza, nobleza, confianza en sí propio, generosidad, sencillez. Habréis visto algunos autoretratos suyos: uno con boina vascongada, otro con chambergo castellano, ámbos con bigote un tanto flamenco y belicoso, a lo tercio de Flandes, rostro más bien enjuto y pecho saledizo. Estos retratos producen la impresión de un hombre cenceño, nervioso y algo jaque. No hagáis caso. El Zuloaga que yo conozco no es así, sino como antes he dicho. La cara está llena, la cabeza es redonda, y debajo del cogote comienza a henchirse el pestorejo. El color, curtido y rojo, sin tocar en lo rubicundo; color de fruto silvestre. Los ojos negros, redondos, portentosamente vivos y alertas; ojos algo de gypaetos y algo de negociante. Sale de ellos una fuerza de atracción que le precipita a uno bajo su órbita. La boca es limpia, de blancos dientes iguales, algunos de oro. En conjunto, una cara que goza con ingenuidad y vehemencia, del espectáculo del mundo. A veces con ocasiones inocentes, rompe en una risa colosal. Yo no he conocido risa más caudalosa y genuina; es una risa absoluta como la que Homero atribuye a Zeus. El bigote empinado de antaño ha perdido sus erectas extremidades. El pecho es abombado en extremo, y los hombros, algo angostos en proporción a la corpulencia. Viste con llaneza y aseo, en un modo de desaliñado aliño, trajes holgados, de tonos neutros oscuros y es muy afecto a la boina. Sus manos son robustas, tanto de artesano y hombre industrioso, como de artista; manos capaces de sostener el peso de un mundo ideal que los demás no ven hasta que ellos lo materializan. Un último pormenor: algo estevado; los piés no forman ángulo en la dirección de los talones, sino de las puntas.

Para las personas de mirada distraída o superficial, el aspecto de Zuloaga es vulgar y corriente, como que no ostenta ninguno de los atributos visibles de los genios profesionales: ni guedeja, ni chaqueta de terciopelo, ni pantalones a cuadros. Para las personas que no saben ver las cosas por sí, sino que necesitan valerse de términos de comparación y patrones prestablecidos, Zuloaga, algo rústico y de noble talante, recuerda un señor campesino, *le gentilhomme compagnard*. Algo hay de esto. Gene-

ralmente, quienes suelen ver mejor las personas y las cosas en sí mismas, en su peculiar carácter, los mejores fisonomistas, son los niños y las mujeres. Una dama norteamericana, que venia de visitar a Zuloaga en su posesión de Zumaya, me decia recientemente: «Es la personalidad más interesante y fascinadora de cuantas he hallado.» Y conste que esta dama pasa de los sesenta y es muy andariega y trotamundos; conque ya habrá recorrido un buen muestrario de personalidades. He observado que Zuloaga ejerce esta misma captación y simpatía sobre la mayor parte de las mujeres ilustradas y de mundo. Fernán Pérez de Guzmán en sus *Semblanzas y generaciones*, vidas de claros varones de Castillas en tiempo de los Trastamaras, jamás omite señalar una o las dos de estas circunstancias; si el interesado gustaba mucho de las damas y si las damas gustaban mucho de él. Es éste uno de los rasgos más expresivos de una personalidad masculina. Los venideros biógrafos de Zuloaga no podrán prescindir de un capítulo a este tenor: «Mujeres vistas por Zuloaga y Zuloaga visto por mujeres».

¿Por qué gustan tanto de Zuloaga las damas cultivadas y distinguidas, bien que en opinión de algunas personas superficiales sea en su aspecto y comercio un hombre vulgar y corriente? Xenofonte, en su *Banquete*, refiere una disputa de sobremesa por cuál de los comensales era el preferido de una bailarina moza y agraciada. Cada uno acredita sus merecimientos. Hay alguno que brilla por su hermosura viril. Y Sócrates, el más viejo y nada hermoso, dice: «Renuncio a hablar, porque si hablase sería yo el favorecido en la elección.» Y en el alma de los otros guarda silencio el convencimiento. También Desdémona se deslumbró en las claras palabras de Otelo, sin mirar su rostro obscuro. Porque el Verbo, cuando se hace carne, como en Sócrates y en Otelo, adquiere un orden de imperativa belleza al cual el amor se somete. La facultad de producir belleza sensible es una gracia que ejerce singular predicamento con las mujeres. Pero la belleza que entra por los ojos, la que crean el pintor y el escultor, es mâs asequible que la otra intelectual y sentimental que el poeta suscita, y que por el canal del oído ora se desvía al entendimieuto, ora hacia el corazón. Y es ya irresistible para las mujeres esa facultad

de producir belleza visual cuando la obra bella ha sido inspirada por ellas mismas. Cada mujer, ante el artista plástico, se siente Galatea y mira encarnado en él su Pigmalión, el que la otorga forma y ánima perpetua, su verdadero historiador. Gibbons, el gran historiador inglés de la decadencia romana, andaba muy enamorado de una señora, lady Isabel Foster, a quien cortejaba también un médico francés, el cual dijo cierta vez a su rival, en presencia de la amada: «Cuando usted con sus asiduidades la haga enfermar de aburrimiento, yo, como médico, sabré curarla.» Y Gibbons respondió: «Y cuando usted, como médico, la mate, yo, como historiador, la inmortalizaré.» Pero, en punto a perpetuidad histórica, una mujer prefiere el pintor o el escultor al escritor. ¿Se cifrará en esto la razón de la estima que a Zuloaga dedican las damas? ¿Aspirarán a la posteridad serena en uno de sus lienzos superactuales? Quizá. Yo lo atribuyo más bien al hombre, a la virtud de su traza y temperamento.

Stendhal asegura que sólo los hombres biliosos inspiran las grandes pasiones. Considero muy problemática esta aseveración. Pero aceptémosla provisionalmente. De todas suertes, la pasión es lo anormal y desacostumbrado en las relaciones afectivas, y para que la pasión desordenada se inflame, es menester una rara y paradójica adecuación entre el sujeto y el objeto. Un hombre bilioso, y por ende versátil, antojadizo, exigente, tiránico, ya entusiasta, ya melancólico, tan pronto ardiente como tibio, no puede ser objeto de pasión sino para una mujer demasiado ignorante e inexperta o bien por el contrario, para una mujer demasiado experimentada. Acaso Don Juan fué un temperamento bilioso, porque, mirándolo bien, sus conquistas, que constan en la leyenda, fueron todas fáciles y abusivas, de doncellas harto niñas o de matronas casi invernizas.

A la mujer le ha sido encomendada providencialmente la misión de seleccionar la especie, inclinándola a preferir el tipo masculino más normal y completo. Y cuanto más normal y más culta sea la mujer, tanto más alabará la normalidad y plenitud en el hombre. Porque la mujer normal no puede amar sino como agente seleccionador de la especie, como madre. Preguntad a una madre cómo desea que sea su hijo. Indefec-

tiblemente os responderá: primero, fuerte; luego, bueno; luego, inteligente. Fortaleza, bondad e inteligencia, por este orden, son las tres categorías ideales del tipo masculino. Merced a ellas, el hombre, por muy hombre que sea, conserva siempre un perfume atractivo de puericia, y las mujeres le contemplarán tiernamente como un niño grande, que es algo muy semejante a un grande hombre.

La fortaleza y la bondad suelen ir anejas con el temperamento muscular y sanguíneo. La inteligencia es ya un don gracioso, y depende, como dice el vulgo, de que Salomón se haya detenido mas o menos, al paso, en la cabeza de cada individuo, pues por todas transita en el acto del nacimiento. Con solo conocer algunas obras de Zuloaga, cualquiera advierte en ellas una inteligencia poderosa tanto como un arte magistral. Cuando se trata a Zuloaga se echa de ver que su inteligencia es tambien penetrante y segura, virtudes sin las cuales la poderosa inteligencia zozobra o se torna nociva tal vez. Los filósofos viejos sabían distinguir muy bien entre talento—inteligencia poderosa—y razón —inteligencia segura—y cuanto más valedera es la razón sin talento que el talento sin razón. Aunadas lo sumo.

Pero lo más patente en la persona de Zuloaga es el temperamento muscular y sanguíneo, su fortaleza y su bondad. Hijo de damasquinadores, tiene un alma compacta y tenaz, incrustada de sutiles y brillantes arabescos; acero y oro.

Lamentaría que por lo escrito anteriormente cayéseis en el error de suponer que yo he insinuado que Zuloaga es *un homme aux femmes*. Las cosas claras. Lo que yo he querido decir, y creo haber dicho, es que, no ya sólo los hombres, sino todas las señoras que conozco y que le conocen, sienten gran admiración y simpatía por la persona de Zuloaga. Con esto doy por concluída la silueta corporal de nuestro pintor.

El paisaje nativo

Os he trazado la silueta de Zuloaga. Pero si al hombre se le desgarra de su ambiente propio, de su paisaje nativo, por muy corpórea que sea la silueta, siempre a la postre, se aplana y se

desvitaliza; es como una flor entre las páginas de un libro o una mariposa en el repertorio de un Museo.

Pero ¿cuál será el ambiente propio de Zuloaga? Zuloaga ha sido un voluptuoso de lo que los antiguos denominaban *libido currendi*, el goce de correr mucho, de bañar los ojos en atmósferas distintas, de moverse de un lado a otro, por experimentar la alegre ausencia de toda atadura.

Mas el ambiente propio de una personalidad enérgica es—ya queda expresado al principio—el paisaje nativo, como quiera que no hay personalidad notoria que no haya sido preparada laboriosamente a traves del pasado remoto y continuo, como no hay árbol eminente sin largas raíces. Allí está vuestro paisaje donde está vuestro solar: *Patriae fumus igne alieno luculentior*; más brilla el humo del paisaje nativo que el fuego de las tierras extrañas. Zuloaga ha extraído para sus lienzos luz y color, exprimiendo los negros y grises de la tradición patria.

Zuloaga es un hombre del viejo continente, un hombre histórico y, en consecuencia, destinado a la historia; no le interesa del presente—y yo le aplaudo—si no lo que tiene de pasado y, a lo sumo, lo que del presente ha de perseverar como pasado en el futuro. Desde muy mozo le vemos dando barquinazos por Europa. Primero, en Roma; luego, en París; más tarde, en Sevilla, donde, al igual de Goya, alterna el arte de Apeles con el arte de *Cúchares*; y hasta medita que debe dedicarse enteramente a lidiar por profesión reses bravas en coso. Esta afición al deporte taurino la ha mantenido siempre y actualmente está algo inválido de una pierna a consecuencia de un contratiempo capeando vaquillas, no hace mucho tiempo, en una fiesta de pueblo. Es, como se supone, gran entendido en tauromaquia. Muchos ponen en duda la veracidad de sus proezas toreriles, considerando que no pasa de aficionado platónico o mero espectador, y que eso de torear, ni siquiera por diversión en los tentaderos, se reduce a una patraña humorística con que mixtifica a los crédulos y a los papanatas. Para satisfacción de los cruditos y biógrafos del porvenir, conste aquí mi testimonio: es cierto, si, que Zuloaga ha toreado hasta dejarlo de sobra. Como también es cierto que tañe la guitarra y se arranca en sus ocios y soledades por *cante jondo* (cante jondo u hondo, y

tan hondo, que parece haber germinado en las heces amargas del sombrío corazón de Buda), al igual que Leonardo pulsaba la cítara, cantando a su son, y se brindaba cortesano de Ludovico, el Moro, con alarde de tan buen citarista y cantor como cualquiera.

De Sevilla vuelve a París, determinado ya y confiado en ser un gran pintor: *anch'io sono pittore.* De París viene con frecuencia a internarse en los entresijos y anfractuosidades de la España poco o nada conocida; y así le cabe en suerte, como por celestial designio, desposar su arte a una virginidad centenaria. (En un período de muchos años, los españoles que más ancha e íntimamente han conocido España son Galdós, Sorolla y Zuloaga). Con sus lienzos, tan clásicos y tan insólitos, recorre las grandes urbes europeas. La gloria bárbara, la que el extranjero discierne (anticipo de la fama póstuma), le es otorgada con prodigalidad. De retorno en España se fija en Segovia y pinta en una vieja iglesia románica convertida en taller, propiedad del magnífico D. Daniel Zuloaga, el ceramista. De allí se alarga a Sepúlveda, Turégano, Cuéllar, Avila, Salamanca. Trabaja sin reposo, no lejos de Madrid, y nadie sospecha su proximidad. Es el *homo incognitus*, el forastero en su Patria. Al fin se sitúa de asiento en París, sede máxima de la nombradía universal.

Ni voy ahora a juzgar estéticamente el arte de Zuloaga ni quiero tampoco describir, con ornamento de anécdotas, sus años de peregrinación y aprendizaje. De la época de bohemia en París, Suiza e Italia, consta puntualizada cuenta en un libro delicioso de Santiago Rusiñol, *Recuerdo de arte.* Del resto de las andanzas, quien se las haya oido de sus labios no las ha de olvidar (porque Zuloaga también con la palabra pinta y anima), y algún día las sacará a luz alguno.

Baste por el momento a mi propósito extender al fondo de la silueta el paisaje nativo. Zuloaga vive al presente gran parte del año en su Estado de Zumaya, pueblecillo costeño del litoral vasco, en la provincia de Guipúzcoa y a corta distancia de la de Vizcaya. El dice que cada vez se dilatará más tiempo allí, y que no tardará en retirarse y recogerse para el resto del

vivir. He llamado a su posesión un Estado, porque no es tanto una finca ni una vivienda cuanto el epítome de un pueblo. Dentro de su perímetro se levantan: una gran casona a la manera solariega regional; un caserío de labradores, una casa para servidumbre, un garage, un frontón, una iglesia, un estudio o taller de pintura, un claustro y un museo.

Todas estas construcciones (a excepción de la iglesia, el museo y el estudio, de fuerte granito, que aprovechó de un viejo hospital u hospedería para romeros que hacían la vía de Compostela, erigido en un islote), las ha levantado Zuloaga de nueva planta. Siendo él mismo el arquitecto, calcúlase la proporción, elegancia, belleza y gracia de la arquitectura. El intersticio de los edificios lo cubren praderas, jardines, bosquetes. Piensa edificar muy pronto una placita de toros—que inaugurarán el *Gallo* o Belmonte,—donde celebrar capeas y becerradas y también fomentar en la vecindad la cría de reses bravas. Todo este Estado, salvo la dilapidada hospedería, era, no ha mucho, estero y arenal, que el mar a veces cubría de una película de agua. Zuloaga, en un empeño de cíclope, acarreó tierra vegetal de los montes cercanos y como por aluvión formó una península, en donde fundó su pequeño pueblo. De un lado, mirando al mar, se extiende un largo paseo con balaustrada, y al pie, una gran playa; de exclusiva pertenencia del pintor. A la pleamar, el agua rodea toda la finca, desparramándose tierra adentro mucho espacio. Decía Bagaría, el caricaturista: «A Zuloaga no le falta nada; hasta tiene un lago de quita y pon».

Zuloaga lleva pintados ya más de quinientos cuadros. Buena parte anda repartida por museos y colecciones privadas. Pero en Zumaya le quedan muchos, y de los más notables. Le duele sobremanera haberse desprendido de los cuadros, su afán sería recobrarlos todos y dejar unificada la obra.

La vivienda es, claro está, un museo; pinturas antiguas y modernísimas, muebles, cerámicas, tallas, bronces, estofas. Pero el verdadero museo no es la vivienda, sino un aposento recatado, de piedra desnuda y vigas rústicas, en donde se guardan varias joyas de la pintura clásica española; un Rincón, varios Grecos de los mejores. Morales, Mazo, Zurbarán, Goya...

Zuloaga es artista consumado en una de las artes más difíciles: el arte de la hospitalidad, que ya se va perdiendo en el mundo desde que existen los grandes hoteles. Le sorprendéis acaso en mangas de camisa, manos y brazos embadurnados de cal, aplicado en un trabajo de albañilería, o quizá con el largo blusón estriado de pinceladas polícromas, y como quiera es señor por natural señoría; trato irreprochable, llaneza y aplomo de continente, igualdad de ánimo, maneras persuasivas; la puerta abierta y el corazón abierto. En su mesa está en todo punto la plaza apercibida para el pasajero, y en ella mantenimientos genuinos, vinos exquisitos y palabras generosas. En torno suyo, su mujer, dama culta y gentil; una hija encantadora y un hijo de raro despejo. Los dioses no han sido mezquinos con este hombre.

La finca de Zuloaga viene a ser algo así como la villa Medicea, de Florencia; una academia de alta cultura. Españoles y extranjeros, los más finos y espirituales, han posado allí. A lo largo de sus jardines, hasta donde cae una penumbra azulina de los próximos montes cántabros, y cara al mar, han danzado serenamente en el aire sonoro más de una vez las ideas y las emociones eternas.

Zuloaga cada día se siente más arraigado en su fundo, entre las cosas inanimadas que le son caras porque han salido de su voluntad genesíaca. Se le ha invitado, con insistencia, para ir a América. Pero Zuloaga, como su colega *Lagartijo*, tiene miedo «al charco». Dominando la playa, sobre un basamento de tres escalones. Zuloaga puso una réplica, en mármol blanco, del Aurga de Delfos. La estatua, de ojos vacíos, mira el vacío horizonte, mar y cielo. Una mañana estábamos sentados Zuloaga y yo en estos escalones. Largo rato mirábamos el mar, en silencio, con ojos vacios, como la estátua; también con alma vacía de toda cosa concreta, y, por tanto, llena de infinito, llena de miedo a lo infinito. Cuando al fin se quebró el hechizo y volvimos rostro a la tierra y a los quehaceres cotidianos, la vida se me ofreció más amable, más sabrosa y más urgente. Y pensé: «Toda obra de arte lograda se origina de miedo al infinito y amor sensual a la vida de las cosas sensibles». Allá quedaba, a la espalda el Auriga délfico, mirando al horizonte, meta adonde no se puede llegar.

Ramón Pérez de Ayala.

LA TRISTEZA

(Traducción directa del ruso, por N. Tasin)

La capital está envuelta en las penumbras vespertinas. La nieve cae lentamente en gruesos copos, gira alrededor de los faroles encendidos, se extiende, en fina, blanda capa, sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombros humanos, sobre los sombreros.

El cochero Yona está todo blanco, como un aparecido. Sentado en el pescante de su trineo, encorvado el cuerpo cuanto puede estarlo un cuerpo humano, permanece inmóvil. Diríase que ni un alud de nieve que le cayese encima le sacaría de su quietud.

Su caballo está también blanco e inmóvil. Por su inmovilidad, por las líneas rígidas de su cuerpo, por la tiesura de palo de sus patas, parece, aun mirado de cerca, un caballo de dulce de los que se les compra a los chiquillos por un copec. Hállase sumido en sus reflexiones: un hombre o un caballo, arrancados del trabajo campestre y lanzados al infierno de una gran ciudad, como Yona y su caballo, están siempre entregados a tristes pensamientos. Es demasiado grande la diferencia entre la apacible vida rústica y la vida agitada, toda ruido y angustia, de las ciudades relumbrantes de luces.

Hace mucho tiempo que Yona y su caballo permanecen inmóviles. Han salido a la calle antes de almorzar; pero Yona no ha ganado nada.

Las sombras se van adensando. La luz de los faroles se va haciendo más intensa, más brillante. El ruido aumenta.

—¡Cochero!—oye de pronto Yona.—¡Llévame a Viborgskaya!

Yona se estremece. Al través de las pestañas cubiertas de nieve ve a un militar con impermeable.

—¿Oyes? ¡A Viborgskaya! ¿Estás dormido?

Yona le da un latigazo al caballo, que se sacude la nieve del lomo. El militar toma asiento en el trineo. El cochero arrea al caballo, estira el cuello como un cisne y agita el látigo. El caballo también estira el cuello, levanta las patas, y, sin apresurarse, se pone en marcha.

—¡Ten cuidado!—grita otro cochero invisible, con cólera—¡Nos vas a atropellar, imbécil! ¡A la derecha!

—¡Vaya un cochero!—dice el militar—¡A la derecha!

Siguen oyéndose los juramentos del cochero invisible. Un transeunte que tropieza con el caballo de Yona gruñe amenazador. Yona, confuso, avergonzado, descarga algunos latigazos sobre el lomo del caballo. Parece aturdido, atontado, y mira alrededor como si acabase de despertarse de un sueño profundo.

—¡Se diría que todo el mundo ha organizado una conspiración contra ti—dice con tono irónico el militar—Todos procuran fastidiarte, meterse entre las patas de tu caballo. ¡Una verdadera conspiración!

Yona vuelve la cabeza y abre la boca. Se ve que quiere decir algo; pero sus labios están como paralizados, y no puede pronunciar una palabra.

El cliente advierte sus esfuerzos y pregunta.

—¿Qué hay?

Yona hace un nuevo esfuerzo y contesta con voz ahogada:

—Ya ve usted, señor... He perdido a mi hijo... Murió la semana pasada...

—¿De veras?... ¿Y de qué murió?

Yona, alentado por esta pregunta, se vuelve aún más hacia el cliente y dice:

—No lo sé...De una de tantas enfermedades... Ha estado tres meses en el hospital y a la postre... Dios que lo ha querido.

—¡A la derecha!—oyóse de nuèvo gritar furiosamente—¡Parece que estás ciego, imbécil!

—¡A ver!—dice el militar—Ve un poco más aprisa. A este paso no llegaremos nunca. ¡Dale algún latigazo al caballo!

Yona estira de nuevo el cuello como un cisne, se levanta un poco, y de un modo torpe, pesado, agita el látigo.

Se vuelve repetidas veces hacia su cliente, deseoso de seguir la conversación; pero el otro ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escucharle.

Por fin, llegan a Viborgskaya. El cochero se detiene ante la casa indicada; el cliente se apea. Yona vuelve a quedarse solo con su caballo. Se estaciona ante una taberna y espera, sentado en el pescante, encorvado, inmóvil. De nuevo la nieve cubre su cuerpo y envuelve en un blanco cendal caballo y trineo.

Una hora, dos... ¡Nadie! ¡Ni un cliente!

Mas he aquí que Yona torna a extremecerse: ve detenerse ante él a tres jóvenes. Dos son altos, delgados; el tercero, bajo y chepudo.

—¡Cochero, llévanos al puesto de policía! ¡Veinte copecs por los tres!

Yona coge las riendas, se endereza. Veinte copecs es demasiado poco; pero, no obstante, acepta; lo que a él le importa es tener clientes.

Los tres jóvenes, tropezando y jurando, se acercan al trineo. Como sólo hay dos asientos, discuten largamente cuál de los tres ha de ir de pie. Por fin se decide que vaya de pie el jorobado.

—¡Bueno; en marcha!—le grita el jorobado a Yona, colocándose a su espalda—¡Qué gorro llevas, muchacho! Me apuesto cualquier cosa a que en toda la capital no se puede encontrar un gorro más feo...

—¡El señor está de buen humor!—dice Yona con risa forzada—Mi gorro...

—¡Bueno, bueno! Arrea un poco a tu caballo. A este paso no llegaremos nunca. Si no andas más aprisa te administraré unos cuantos sopapos.

—Me duele la cabeza—dice uno de los jóvenes—Ayer, yo y Vaska nos bebimos en casa de Dukmasov cuatro botellas de caña.

—¡Eso no es verdad! responde el otro— Eres un embustero, amigo, y sabes que nadie te cree.

—¡Palabra de honor!

—¡Oh, tu honor! No daría por él ni un céntimo.

Yona, deseoso de entablar conversación, vuelve la cabeza, y enseñando los dientes. ríe atipladamente.

—¡Ji, ji, ji!... ¡Qué buen humor!

—¡Vamos, vejestorio!—grita enojado el chepudo—¿Quieres ir más a prisa o nó? Dale de firme al gandul de tu caballo. ¡Qué diablo!

Yona agita su látigo, agita las manos. agita todo el cuerpo. A pesar de todo, está contento; no está solo: Le riñen, le insultan; pero, al menos, oye voces humanas. Los jóvenes gritan, juran, hablan de mujeres. En momento que se le antoja oportuno, Yona se vuelve de nuevo hacia los clientes y dice:

—Y yo, señores, acabo de perder a mi hijo. Murió la semana pasada...

—¡Todos nos hemos de morir!—contesta el chepudo—¿Pero quieres ir más aprisa? ¡Esto es insoportable! Prefiero ir a pie.

—Si quieres que vaya más aprisa dale un sopapo—le aconseja uno de sus camaradas.

—¿Oyes, viejo estafermo?—grita el chepudo— Te vas a ganar si esto continúa.

Y, hablando así, le da un puñetazo en la espalda.

—¡Ji, ji, ji!—ríe sin gana, Yona—¡Dios les conserve el buen humor, señores!

—Cochero, ¿eres casado?—pregunta uno de los clientes.

—¿Yo? ¡Ji, ji, ji! ¡Qué señores más alegres! No, no tengo a nadie... Sólo me espera la sepultura... Mi hijo ha muerto; pero a mí la muerte no me quiere. Se ha equivocado, y en lugar de cargar conmigo ha cargado con mi hijo.

Y vuelve de nuevo la cabeza para contar cómo ha muerto su hijo; pero en este momento el chepudo, lanzando un suspiro de satisfacción, esclama:

—¡Por fin, hemos llegado!

Yona recibe los veinte copecs convenidos y los clientes se apean. Les sigue con los ojos hasta que desaparecen en un portal.

Torna a quedarse solo con su caballo. La tristeza invade de nuevo, más dura, más cruel, su fatigado corazón. Observa a la multitud que pasa por la calle, como buscando entre los miles de transeuntes alguien que quiera escucharle. Pero la gente parece tener prisa y pasa sin fijarse en él.

Su tristeza a cada momento es más intensa. Enorme, infinita, si pudiera salir de su pecho inundaría el mundo entero.

Yona ve a un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de entablar con él conversación.

—¿Qué hora es?—le pregunta, melifluo.

—Van a dar las diez—contesta el otro—Aléjese un poco: no debe usted permanecer delante de la puerta.

Yona avanza un poco, se encorva de nuevo y se sume en sus tristes pensamientos. Se ha convencido de que es inútil dirigirse a la gente.

Pasa otrá hora. Se siente muy mal y decide retirarse. Se yergue, agita el látigo.

—No puedo más—murmura.—Hay que irse a acostar.

El caballo, como si hubiera entendido las palabras de su viejo amo, emprende un presuroso trote.

Una hora después Yona está en su casa, es decir, en una vasta y sucia habitación, donde, acostados en el suelo o en bancos, duermen docenas de cocheros. La atmósfera es pesada, irrespirable. Suenan ronquidos.

Yona se arrepiente de haber vuelto tan pronto. Además, no ha ganado casi nada. Quizá por eso—piensa—se siente tan desgraciado.

En un rincón, un joven cochero se incorpora. Se rasca el seno y la cabeza y busca algo con la mirada.

—¿Quiéres beber?—le pregnnta Yona.

—Sí.

—Aquí tienes agua .. He perdido a mi hijo... ¿Lo sabías?... La semana pasada, en el hospital.. ¡Qué desgracia!

Pero sus palabras no han producido efecto alguno. El cochero no le ha hecho caso, se ha vuelto a acostar, se ha tapado la cabeza con la colcha y momentos después se le oye roncar.

Yona exhala un suspiro. Experimenta una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar de su desgracia. Casi ha transcu-

rrido una semana desde la muerte de su hijo; pero no ha tenido aún ocasión de hablar de ella con una persona de corazón. Quisiera hablar de ella largamente, contarla con todos sus detalles. Necesita referir cómo enfermó su hijo, lo que ha sufrido, las palabras que ha pronunciado al morir. Quisiera también referir cómo ha sido el entierro... Su difunto hijo ha dejado en la aldea una niña, de la que también quisiera hablar. ¡Tiene tantas cosas que contar! ¡Qué no daría él por encontrar alguien que se prestase a escucharle, sacudiendo compasivamente la cabeza, suspirando, compadeciéndole! Lo mejor sería contárselo todo a cualquier mujer de su aldea; a las mujeres, aunque sean tontas, les gusta eso, y basta decirles dos palabras para que viertan torrentes de lágrimas.

Yona decide ir a ver a su caballo.

Se viste y sale a la cuadra.

El caballo, inmóvil, come heno.

—¿Comes?—le dice Yona, dándole palmaditas en el lomo—¿Qué se le va hacer, muchacho? Como no hemos ganado para comprar avena hay que contentarse con heno... Soy ya demasiado viejo para ganar mucho... A decir verdad, yo no debía ya trabajar; mi hijo me hubiera reemplazado. Era un verdadero, un soberbio cochero; conocía su oficio como pocos. Desgraciadamente, ha muerto...

Tras una corta pausa, Yona continúa.

—Sí, amigo..., ha muerto... ¿Comprendes? Es como si tú tuvieras un hijo y se muriera... Naturalmente, sufrirías, ¿verdad?...

El caballo sigue comiendo heno, escucha a su viejo amo y exhala un aliento húmedo y cálido.

Yona, escuchado al cabo por un ser viviente, desahoga su corazón contándoselo todo.

A. Chejov.

SUSPIRO

(Traducción de Sully Prudhome)

Nunca verla, ni oirla
ni en alta voz nombrarla;
pero esperarla, fiel,
y siempre amarla!

Abrirle yo mis brazos,
Cansados de esperarla;
pero... ¡esperarla siempre!
y siempre amarla!

¡Ah! poder siempre esperar
y en llanto recordarla;
pero.. ¡llorar por ella!
y siempre amarla!...

FRANCISCO ZAPATA LILLO.

EL PROGRESO DE LA DEMOCRACIA EN EL CONTINENTE AMERICANO (1)

El período que señala el centenario de la independencia de muchas de las repúblicas del Continente Americano va pasando. La prolongada lucha que comenzó en 1808 y que no alcanzó el pleno goce de sus resultados hasta principios de la tercera década del siglo XIX posee todos los rasgos característicos de un gran poema épico, en el cual se desplegó el mayor grado de devoción a los sagrados ideales de libertad e independencia, que siempre constituirán la magna herencia de los pueblos de este continente.

En estos últimos años hemos tenido también la fortuna de contemplar el sistema republicano de gobierno plenamente reconocido en algunas de las más antiguas monarquías de Europa, así como en los nuevos e independientes Estados creados por virtud del Tratado de Versalles. El período transcurrido es demasiado breve para formar juicio acerca de la estabilidad de los sistemas políticos que se han establecido, o de cómo han de funcionar. En cambio, el desarrollo de la democracia en las Repúblicas de América se ha extendido durante un período suficientemente largo que nos permite formular una opinión de sus fuerzas y su debilidad, y formar un concepto de los requisitos indispensables para realizar su futuro progreso.

Los fines e ideales comunes que los caudillos políticos en las varias repúblicas persiguieron con tan admirable constancia durante la larga lucha por la independencia, establecieron las perdurables bases del panamericanismo que, andando el tiempo, estaba destinado a desempeñar un papel tan importante

---

(1) Discurso pronunciado en la Asociación Americana de Ciencias Políticas celebrada en la ciudad Pittsbugh, Estado de Pensilvania.

en los destinos de este continente. En realidad, uno de los rasgos característicos más importantes de las primeras luchas de las Repúblicas Americanas fué, sin duda, el espíritu de cooperación y mutua ayuda que dió lugar a que numerosos grupos de patriotas procedentes de remotas regiones del continente se dispusieran a sobrellevar penalidades casi increíbles a fin de dar su apoyo a sus hermanos que peleaban. Patriotas de Venezuela y de Colombia emprendieron largos y penosos viajes con el propósito de apoyar al pueblo del Ecuador, y otros grupos de republicanos entusiastas de la Argentina y de Chile desafiaron los peligros que ofrece la Cordillera, con el loable fin de socorrer al Perú en la hora de su necesidad suprema.

Ya ha transcurrido un siglo desde que se libraron aquellos heróicos combates. Creemos, pues, justo y conveniente ver cuáles son los resultados obtenidos. Esto significa lanzar una mirada retrospectiva hacia el desenvolvimiento de la democracia con referencia especial a las condiciones que han determinado su desarrollo en el continente americano, las circunstancias que han favorecido su progreso y los obstáculos que han de vencerse a fin de llegar a la realización de sus más elevados fines.

Aunque la historia de las instituciones republicanas, tanto en la América Central como en la del Sur, ha tropezado con muchos obstáculos, es un hecho notable que, con dos excepciones—que corresponden a un período relativamente breve—todas estas naciones se han adherido tenazmente a la forma republicana de organización, aun cuando el verdadero funcionamiento del sistema se apartaba mucho del que concibieron los fundadores.

La historia de las repúblicas americanas durante el siglo transcurrido desde la declaración de su independencia permite hacer un estudio más exacto de la relación que existe entre la democracia, como forma de organización social, por una parte, y las instituciones republicanas como la expresión política de dicha organización, por otra parte.

Hoy que la democracia es la meta hacia la cual todas las naciones del mundo están procurando llegar, es difícil comprender el temor, casi rayano en horror, que la palabra *democracia* inspiraba hace un siglo. Aún para los propios fundadores del

sistema constitucional de los Estados Unidos el vocablo *democracia* era sinónimo de «régimen del populacho», y el sincero amor a las instituciones republicanas que aquellos profesaban iba acompañado de un antagonismo igualmente pronunciado contra la democracia. Hasta muy avanzada la segunda mitad del siglo XIX no empezó a ser evidente que el funcionamiento efectivo de las instituciones republicanas requería una organización social democrática, y que los males, a causa de los cuales las instituciones republicanas sufren a menudo, se deben a que no existen esas bases democráticas.

En realidad, el problema de abrumadora importancia que actualmente se presenta a las repúblicas americanas es el de poner su organización social en más íntima armonía con sus instituciones políticas. La gran diferencia que existe entre los dos elementos de la vida nacional, es causa de muchos males y fuente de mucha intranquilidad política. Aunque los fines que se persiguen son claros e inequívocos, las medidas que han de adoptarse para realizarlos son a las veces difíciles de formular y a menudo aún más difíciles de adoptar.

La primera lección y la más importante que ha de aprenderse es la de que no podemos aspirar a que las instituciones republicanas funcionen perfectamente mientras parte considerable de los habitantes permanezca en un estado de la más abyecta dependencia económica. En muchas regiones del continente la condición de las clases obreras, sobre todo el de las agrícolas, se aproxima tanto al peonaje que apenas puede distinguirse de él. Mientras exista semejante estado de dependencia económica, los destinos políticos del país serán regidos desgraciadamente por pequeños grupos de hombres absolutamente fuera del dominio de la opinión pública, hasta degenerar lenta pero indefectiblemente, en la más completa oligarquía. En tales circunstancias, las leyes electorales, por más perfectas que sean, no tienen efecto práctico, y sería asimismo pueril aumentar el número de cargos sujetos a votación con la esperanza de lograr así mayor participación en la vida pública de las masas votantes.

Aunque es relativamente fácil para el que estudia las instituciones políticas indicar los defectos o faltas existentes, el for-

mular una solución práctica de éstas ofrece dificultades que a las veces parecen invencibles. Sin embargo, hay ciertos principios cardinales de señalada importancia que deben llegar a ser parte integrante de la política nacional en aquellas repúblicas en que la población obrera o una porción considerable de ella es analfabeta, no está organizada, y lleva una vida, cuyo nivel se acerca peligrosamente al margen de la miseria.

Debemos en primer lugar aprender a conocer la diferencia entre la riqueza nacional y el bienestar nacional. Hay una creencia profundamente arraigada en América, así como en otras partes, de que estas dos expresiones son sinónimas y que, merced á la explotación progresiva de los recursos naturales de un país mediante la inversión de capital extranjero o nacional, la condición de las masas obreras ha de mejorar. No se puede negar que hay algo de verdad en esta creencia, sobre todo tratándose de un país donde las clases trabajadoras están bien organizadas y, por lo tanto, en condiciones de obtener una proporción equitativa del producto nacional. Pero, dadas las circunstancias en que se encuentran algunas de las Repúblicas del continente americano, es decir, teniendo una población obrera que no está bien organizada y que lleva una vida relativamente miserable, la explotación de los recursos naturales trae como consecuencia inevitable la explotación de la clase obrera. Verdad es, y dicho sea esto en honor de las empresas norteamericanas en los paises latinoamericanos, que, penetradas de la importancia que tiene un contingente de brazos que sea estable, así como de la posibilidad de mayor eficiencia industrial, gracias a mejores condiciones de vida, han hecho esfuerzos enérgicos y notables con el loable fin de mejorar el estado de la clase obrera. Es asimismo cierto que los gobiernos de las Repúblicas de Centro y Sud América están haciendo hoy los mayores esfuerzos encaminados al logro de idénticos fines; pero esto no obstante la via que aún queda por recorrer es tan larga, que causa desaliento.

Por ningún concepto puede considerarse como un hecho casual que en aquellos países en donde el trabajo está mejor organizado, como acontece en ciertas regiones de la Argentina y en las provincias salitreras de Chile, el tipo del jornal no es

solamente alto, sino que está fuera de toda proporción con los que perciben los obreros de los paises vecinos. Es también creencia general que este estado de cosas se remediará tan pronto como la educación popular haya avanzado lo suficiente para producir un renacimiento económico por parte de las clases obreras. Sabido es que se están haciendo esfuerzos para mejorar la educación popular y que las naciones están haciendo verdaderas sacrificios con este fin; pero, debido a limitados recursos financieros, el progreso en este sentido es necesariamente lento y, entre tanto, la actual generación está sufriendo a causa de las influencias perniciosas de una alimentación inadecuada, mal alojamiento y un medio ambiente sanitario adverso.

Por lo tanto, parece que la única solución posible de este problema social que tanta importancia reviste para el porvenir político de las Repúblicas latinoamericanas, es la fijación, por parte de los gobiernos, de un tipo de jornal que represente el mínimo que lícitamente podría ofrecerse tanto en la agricultura como en las industrias, y la eliminación de los muchos abusos que hoy existen, a causa de las obligaciones que contraen los braceros de las haciendas por razón de las tiendas que en sus tierras mantienen los dueños de la propiedad. Si hay en realidad una lección que aprender después de un siglo de desarrollo económico, es que tan enérgica medida es el primer paso hacia la emancipación económica, sin el cual la gran masa de labradores agrícolas y aún ciertos obreros industriales no pueden convertirse en factores reales y verdaderos que contribuyan al desarrollo de una robusta democracia.

La importancia de esta medida como parte de un amplio programa de legislación social ha crecido enormemente por razón de la situación que ha sobrevenido como resultado de la Guerra Mundial. El desequilibrio social de Europa, y especialmente de Rusia, ha ejercido gran influencia en las clases obreras en todos los paises de la América Latina. La exigencia de que mejoren las condiciones de la vida se hace más y más insistente cada día, y su influencia en la vida política es también cada vez más evidente. A menos que se establezcan ciertas medidas para satisfacer tal exigencia, el descontento crecerá,

se convertirá en una inquietud política que acabará por minar el orden público. La legislación indicada viene a ser no sólo una medida para conseguir la justicia social, sino un requisito para mantener la estabilidad gubernativa en el porvenir.

Como es natural, cualquier sistema de leyes sobre jornales mínimos que se establezca debe ir acompañado de un plan muy amplio de legislación social que tienda a hacer lo más efectivo posible el aumento del jornal de los obreros para mejorar sus condiciones de vida. Esto significa la construcción de casas de obreros, por parte de las autoridades públicas, nacionales o locales; la mejora de los elementos de diversión o recreo y, sobre todo, la restricción y, finalmente, la eliminación absoluta del uso de las bebidas alcohólicas, que tanto han contribuido a minar el bienestar físico y moral de los obreros en todo el continente.

Una vez tomada esta medida, se presenta otro problema a aquellos países cuyo sistema social, como en México i en casi todas las demás. Repúblicas de Centro y Sud América, se basa en los «latifundia», a saber, en desarrollar una clase de terratenientes en pequeña escala. No se puede negar que el problema de organizar, mediante cualquier medida gubernativa dicha clase de terratenientes ofrece enormes dificultades. Es fútil subdividir las grandes propiedades agrícolas y convertirlas en pequeñas granjas, ya sea mediante la expropiación forzosa o la confiscación, pues a menos que los labradores en general estén provistos de una preparación técnica adecuada para el manejo de aquellas granjas, y animados de un vivo deseo de poseerlas, todos los esfuerzos que el gobierno haga fracasarán y será un fracaso costoso.

Muy propensos somos a olvidar que cuando las tradiciones de un pueblo lo llevan a la posesión común de terrenos más bien que a la de propiedades separada, como sucedía con los indios en la mayor parte de México, no existe aquel deseo vivo e indispensable, a que nos hemos referido, de tener una propiedad independiente, y que por consiguiente es necesario desarrollar gradualmente esa ambición. La experiencia adquirida hasta ahora parece demostrar que, por más necesario que sea el desenvolvimiento de una clase de agricultores en menor escala

para estimular el progreso de la democracia en las Repúblicas latino-americanas, sólo se logrará ese objeto mediante una transformación gradual de arrendatarios en propietarios, de la misma manera y mediante el mismo procedimiento lento y difícil merced al cual se están convirtiendo en propietarios creciente número de arrendatarios de la raza negra en los Estados del Sur de los Estados Unidos.

Hay ciertos principios políticos que corren parejas con estos cambios económicos y que representan un papel secundario en importancia, pero cuyo reconocimiento es indispensable para la mejora normal y progresiva de las instituciones republicanas en el continente americano.

En todas las Repúblicas del continente, es decir, en la América del Norte, del Centro y del Sur, se echa de ver una falta de armonía entre las ideas políticas heredadas de tiempos pasados y las actuales necesidades políticas y económicas.

En realidad, la historia del gobierno federal en el continente americano durante el último siglo, da lugar a que se pregunte si el sistema federal, donde quiera que se ha aprobado, significa más que un estado de transición, una transacción que tiene por objeto satisfacer los instintos, ideas y prevenciones políticas heredadas de una época anterior, y condenadas a desaparecer tan pronto como las ideas políticas, cuyo ajuste es necesariamente lento, se hayan adaptado por sí solas a las actuales necesidades económicas y sociales.

En el estudio del adelanto político de las Repúblicas del Hemisferio Occidental es de grandísima importancia analizar con mayor cuidado que el que hasta ahora se ha desplegado, las causas de la intranquilidad política que se nota en ciertas regiones del Nuevo Mundo, siendo asimismo importante que sepamos distinguir claramente la diferencia que hay entre los cambios violentos de una profunda significación social, y los movimientos revolucionarios que no representan más que las egoistas ambiciones de unos cuantos caudillos desalmados.

Como nuestra propia historia lo ha demostrado, y como efectivamente lo indica la historia de todas las repúblicas del continente americano, a las veces ocurren dilemas políticos que

únicamente pueden resolverse mediante una revolución. Por más que condenemos la violencia, y por más que prediquemos ardorosamente contra el empleo de la fuerza armada en oposición al orden establecido, el hecho de que los cambios sociales, como los que se efectuaron en los Estados Unidos durante la Guerra Civil, en Chile durante la Revolución de 1891, y en México en la revolución de 1910, sobrevienen de profundas conmociones que por lo general son acompañadas de la violencia. Razón tenemos para esperar el advenimiento de la época en que la humanidad pueda efectuar esos cambios por medio de los procedimientos pacíficos de la evolución constitucional; pero también debemos reconocer el hecho de que no podemos obtener este gran resultado hasta que el mecanismo necesario para adoptar la organización política a las presentes necesidades sociales y económicas funcione con mayor suavidad, de manera que corresponda, en mayor grado que en la actualidad, a las necesidades nacionales.

Otro principio político que la experiencia adquirida durante el último siglo ha demostrado, y que posee una significación profunda y trascendental en nuestra actual situación internacional, es que las cualidades que preparan a un pueblo para el gobierno propio, es decir el respeto a la ley, el dominio sobre sí en las cuestiones políticas, el acatamiento al voto de la mayoría, y el deseo de emplear los procedimientos de la discusión antes que la fuerza bruta para efectuar los cambios políticos, no pueden ser impuestos por la fuerza exterior, sino que se adquieren únicamente como resultado de una experiencia más amarga y como consecuencia lógica de un lento y penoso procedimiento educacional.

Ese espíritu misionero, que es base fundamental del pueblo norteamericano, con frecuencia le hace creer que puede llevar el ideal del orden y gobierno autónomo a regiones menos afortunadas del continente americano, aun cuando para ello tenga que emplearse el contingente militar. Aunque esta forma de gobierno se haya distinguido por un gran espíritu de integridad y habilidad en la ejecución de obras públicas y de otras empresas técnicas, es innegable que ha fracasado notablemente en lo que toca a preparar al pueblo para que pueda asumir las

responsabilidades consiguientes al manejo de sus propios asuntos. Esto se debe, en parte, a las limitaciones que impone la carrera militar, y en parte a las condiciones bajo las cuales se establecen los gobiernos militares.

Hay todavía otro principio sobre el cual deseo llamar la atención por la gran importancia que reviste para el progreso de la democracia en el Hemisferio Occidental. Actualmente existe en este continente una serie de irritantes controversias internacionales, que no sólo constituyen una amenaza para la paz del Nuevo Mundo, sino también un verdadero obstáculo para el progreso de los principios democráticos. Casi todas estas cuestiones son disputas fronterizas, heredadas del período colonial. Su existencia ha sido, en verdad, una constante rémora para el desenvolvimiento normal de las instituciones republicanas en las Américas. La existencia de estos peligros internacionales ha producido un doble efecto en las instituciones nacionales. En primer lugar, ha desviado la atención del país de los urgentes problemas sociales de cuya solución depende cualquier verdadero adelanto del organismo democrático y, en segundo lugar, ha restado una proporción indebida de la renta nacional para consagrarla a fines navales y militares, en perjuicio de la instrucción, la sanidad, y obras públicas, así como de empresas productivas.

Por hoy no se presenta a las repúblicas americanas ninguna cuestión internacional, en cuanto atañe a sus relaciones entre sí, que no puedan solucionar fácilmente por los ordenados procedimientos de un tribunal internacional, y hasta tanto que de esta manera se ajusten tales controversias, continuarán ofreciendo un grave obstáculo a la solución de úrgentes problemas nacionales, al desarrollo de una opinión pública normal, ilustrada y dominante, así como al mayor prestigio y adelanto de la democracia.

DR. L. S. ROWE,
Presidente de la Academia Americana
de Ciencias Políticas y Sociales.

BALMACEDA MUERE POR SUS PROPIAS MANOS EN LA CAPITAL DE CHILE (1)

Encontrando perdida toda esperanza de escape y temiendo la venganza de la Junta se dispara un tiro en una sala de la Legación Argentina.—Su cuerpo está aún caliente cuando se le encuentra.—Yacía desvestido en la cama, con una herida entreabierta en la sien y el revólver era aún sostenido por su mano derecha.—Aplausos y gritos saludan la nueva.—Escenas de la más salvaje exitación prevalecieron en Santiago y Valparaíso, una vez que la trágica suerte del fiero Gobernante fué conocida.—Deja una relación para «El Heraldo».—En ella dice que su ambición fué hacer de su país la primera República de América y defenderlo de dominación extranjera.—Como él dejó y regresó a Santiago.

(Por cable mejicano al «Heraldo»)

Valparaíso, Chile, Vía Galveston, Tejas, Septiembre 19 de 1891.—El ex-presidente Balmaceda se disparó un tiro en la sien en su pieza de la Legación Argentina, en Santiago, a las 8,30 A. M. de hoy.

El caso se supo aquí esta tarde y produjo la mayor exitación.

Toda la ciudad está brillantemente iluminada esta tarde, y por todas partes se sienten los sonidos del regocijo.

Informaciones posteriores de la capital confirman la sensacional nueva y dan los detalles del suicidio.

Parece ahora que Balmaceda dejó a Santiago el 29 de Agosto último en la esperanza de escapar de Chile, pero viendo que toda puerta de retirada estaba cerrada, regresó allí el 2 de Septiembre y se fué directamente a la Legación Argentina.

---

(1) Al publicar traducida la relación del *New York Herald*, la Revista de ningún modo participa de los juicios del corresponsal de dicho diario, ni acepta tampoco que se le suponga una intención partidarista. Este documento sirvió de base al estudio que sobre la autenticidad del mensaje de Balmaceda al *New York Herald* se leerá a continuación.

Como escapó.—Supe hoy día el itinerario seguido por Balmaceda después de la desastrosa batalla cerca de Valparaíso y en los alrededores de Santiago el 29 de Agosto. En compañía del ex-alcalde Víctor Echaurren tomó un carruaje y se dirigió a un punto a dos leguas de la ciudad.

Aquí un tren especial de un carro y una locomotora estaba esperando. Balmaceda se disfrazó con una pesada capa española. Fué reconocido, sin embargo por el cochero, un escocés llamado Gilmore.

El tren fué a toda velocidad hasta Linderos, cuarenta y cinco millas al Sur de Santiago. Aquí esperaban más carruajes. Descendiendo rápidamente del tren entraron a los carruajes y otra vez se pusieron en marcha.

Hacia la bahía de San Antonio.—La ruta fué hacia la bahía de San Antonio. Todo rastro de los fugitivos fué, sin embargo, perdido.

La Policía de Santiago supo el camino tomado y buscó los carruajes. No tuvieron éxito, pero supe por un detective que estaba ocupado en la cuestión, que el 2 de Septiembre los carruajes fueron señalados en los alrededores de Santiago. Su estado fuertemente nervioso. Su intención había sido irse a bordo del Condell, que él esperaba estuviese fondeado en la bahía de San Antonio.

En llegando allí, sin embargo, descubrió, para su mal, que el torpedero había zarpado.

Desde su regreso a la Legación Argentina, en Santiago, Balmaceda ha estado en una condición nerviosa extrema. A nadie, con excepción del Ministro de la República Argentina, y otro hombre que era adepto a la causa del infortunado Presidente, les era permitido hablar o aún verlo.

Todos los diferentes planes de fuga fueron estudiados por el acorralado presidente.

El señor Urriburia (1) fué al teatro la noche pasada. Cuando regresó a la Legación, tuvo una larga y acalorada conversación con Balmaceda, relativa a las ideas del último, previamente

(1) Uriburo.

divulgadas, sobre la admisibilidad de entregarse él mismo a la Junta.

Balmaceda y el señor Urriburia se acostaron a media noche.

La señora Urriburia a eso de las 8 A. M. de hoy oyó un pistoletazo en el dormitorio que habia asignado a Balmaceda.

Lo notificó a su marido. Antes de ir al dormitorio de Balmaceda, corrió a la casa de Carlos Walker Martínez y trajo a este caballero a la Legación.

Al irrumpir en la pieza de Balmaceda, encontraron que se habia suicidado. El cuerpo estaba aún caliente.

Había una herida entreabierta en la sien. El cuerpo estaba desvestido y tendido en la cama. Tenía el revólver sostenido aún por la mano derecha.

Domingo Toro, cuñado de Balmaceda, y el Ministro de Uruguay en Chile, Arrieta Melchor Coleta, (1) llegaron luego a la Legación.

Acción de la Junta.—El señor Concha corrió a la Moneda e informó a la Junta de lo que había sucedido. Una comisión fué pronto despachada. Comprendía a Carlos Walker Martínez, al señor Melchor, al señor Concha y al juez Aguerre (2) de la Corte Suprema.

Fueron directamente a la Legación de la oficina de los representantes de la Junta y vieron el cuerpo. Entonces hicieron un proceso verbal certificando los hechos recientemente ocurridos.

El Ministro alemán Gustchmid (3) acompañó la comisión como viejo amigo de Balmaceda.

Gradualmente las noticias se esparcieron por Santiago. La exitación que produjo fué indescriptible.

Grandes masas de gentes terriblemente exitadas se agrupaban alrededor de la Legación Argentina. Aplaudían y gritaban y se volvían frenéticos por la muerte de su jefe enemigo.

Sobre todos los gritos discordantes, se oían gritos de congra-

---

1) Don José Arrieta Cañas y don Melchor Concha y Toro.
(2) Aguirre.
(3) El Barón Gustchmid.

tulación al infortunado Balmaceda, que disponiendo de su vida había escapado de peor suerte.

Relación para El Heraldo.—Balmaceda dejó una carta para su madre. Tambien una relación para «El Heraldo». Como casi todas las últimas declaraciones de un moribundo es de especial importancia. Dice así:

«Actué durante los pasados 8 meses con la firme convicción de que estaba en mi derecho. No tenía a nadie en el ejército en quien pudiera poner alguna confianza.

«Mis generales me eran falsos. Mintieron durante toda la la guerra. Si mis órdenes hubieran sido obedecidas, creo que la batalla de Concón habria resultado una decisiva victoria sobre el enemigo.

Mi corazón en todo este disturbio ha estado con Chile.

«Yo esperaba librar a mi país de la denominación extranjera.

«Me empeñé por hacerlo la primera república de América.

«Mis enemigos dicen que fuí cruel. Las circunstancias me obligaron a sancionar ciertos actos, pero muchos malos hechos que fueron atribuídos a mis órdenes, no fueron conocidos por mí, hasta que fueron cometidos.

«Hasta la batalla final de Placilla, tuve fuertes esperanzas de triunfar sobre mis enemigos. La victoria era asegurada por mis generales Alcérreca, Barbosa y Viel.

«Todos ellos mintieron. Ahora conozco a los que sólo pretendieron mi amistad por el dinero que podían sacar de mí.

«Todo el dinero que tengo en mi poder son $ 2 500. Me los dió mi mujer el 20 de Agosto en la noche.

Consejos de Egan al Dictador.—«Vuestro Ministro, Patricio Eagan, me dió buenos consejos muchas veces. Me urgía a hacer la paz con los que se me oponían y que abandonara a Chile.

«No seguí su sabio consejo, porque pensaba que él estaba bajo las órdenes de la Junta, que entonces se refugiaba en la Legación Americana. Durante todo el disturbio mis más cercanos consejeros se opusieron siempre a cualquier preludio de paz.»

Se encontró otra carta dirigida al señor Urriburia, en la cual Balmaceda dice:

«Cuando vi la persecución en mi contra dirigida por personas que habían apoyado mi administración, llegué a la conclusión de que el único camino para poner fin a esta persecución era tomar mi vida, ya que era yo el único responsable. Adiós, mi buen amigo. Dé mi despedida a mi mujer y a mis hijos.»

Su esposa informada de la muerte.—La Junta tiene la Legación Argentina resguardada por tropas para prevenir un ataque de parte del populacho, pero todo está en calma esta noche, en Santiago.

El cuerpo de Balmaceda ha sido transladado al Cementerio General. Fué acompañado por los miembros de la familia y los amigos.

La viuda del ex-Presidente muerto fué informada del trágico fin por su hermano, Domingo Toro. (1)

Hay un guardián instalado en el cementerio. Un intendente cuida del orden.

Rumores infundados.--Desde la derrota en Valparaíso y los alrededores de Santiago circularon muchos rumores acerca de los movimientos de Balmaceda. Primero se creyó que él había escapado de la capital y se había dirigido hacia las montañas, La mayor parte de la gente pensó que había hecho su camino por uno de los pasos de la cordillera, y que pronto se sabría de él que estaba en la República Argentina. Esto se lo cablegrafié a su época.

Había otro rumor de que el derrotado y depuesto Presidente se había ido por tren especial a Talcahuano, donde se esperaba que se embarcara en el Imperial y escapara a una nación amiga. Esta noticia pareció no tener fundamento y las investigaciones mostraron también que no le era posible escapar por los pasos tapados de nieve de la cordillera a la República Argentina.

El gobierno y todos finalmente se convencieron de que el presidente estaba aún en Chile. Parece haber sido creencia general que buscaría asilo en un convento, y en todos aquellos en que se suponía estuviera escondido, fué buscado.

Mientras tanto yo hacía cuanto esfuerzo me era posible

---

(1) Don Domingo Toro Herrera.

para descubrir algún rastro del ex-Presidente. Mientras lo informaba a usted de los rumores concernientes a este movimiento, todo el tiempo yo hacía esfuerzos por encontrarlo. Junto con muchos otros yo estaba convencido de que él trataría de abordar alguno de los buques extranjeros, varios de los cuales estaban por zarpar.

Historia de una fuga alegada.—Justamente antes de que el San Francisco zarpara el Lúnes último, fuí informado por un caballero en quien tengo confianza y quien, én otras ocasiones, me había dado informaciones importantes que posteriormente fueron confirmadas oficialmente, de que Balmaceda se había embarcado a bordo de un buque de guerra y pronto estaría seguro en alta mar. Era muy tarde para ir a bordo del San Francisco y hacer pesquisas personales. El buque estaba justamente preparándose para levar anclas. Pero el cuento que me contaron del alegado disfraz de marinero borracho de Balmaceda, con un uniforme que se dijo haber sido facilitado por el Almirante Brown era tan a propósito y parecía tan plausible que yo lo creí completamente, y lo envié tal como había hecho con los otros rumores.

Mi informante estaba o engañado, o me engaño deliberadamente.

Desgraciadamente para el ahora muerto ex-Presidente, no huyó a bordo del San Francisco, pero desesperando de su habilidad para huír, y temiendo la venganza de sus enemigos, cortó hoy su propia vida.

La carrera de Balmaceda.—El que fué una vez el más popular llegó a ser el hombre más detestado en Chile. La borrascosa vida así finalizada empezó en Santiago hace cincuenta y un años. José Manuel Balmaceda era el nombre completo del usurpador muerto. Era de una familia rica, bien conocida y muy bien puesta en los negocios chilenos. La intención de su padre era que hubiera sido sacerdote, y con este fin fué cuidadosamente educado en el Seminario Consiliar de Santiago. Pero el joven tenía otras ideas sobre sí mismo. Su juventud se describe como turbulenta y llena de acción, y tan pronto como sus estudios académicos fueron completados se entregó a la política.

Había en ese tiempo, en Santiago, una sociedad política denominada el Club de la Reforma, compuesta por acalorados jóvenes que aspiraban a cambiar o destruir la Constitución por la cual Chile había sido gobernado desde 1830. Balmaceda se les unió. En el colegio él había desarrollado un talento natural de orador, y siendo el más elocuente de los miembros del Club, pronto fué su principal cabecilla.

Por ese tiempo el joven Balmaceda tenía 28 años y era conocido en todo Chile como un hombre de porvenir. Fué elegido diputado ante el Congreso chileno y tomó una parte prominente en todos los debates. No se le puede negar su natural fuerza de carácter y excelente habilidad. Fué el mejor discutidor del Congreso y un natural dirigente de hombres. Sirvió cinco períodos como diputado con crédito para él y la ciudad. Su ambición se reconoció, la gente en general admitió que un día podría ser presidente; pero nadie imaginaba el extremo a que su ambición lo conduciría.

El leader liberal.—En el Congreso fué Balmaceda el campeón y el ídolo del gran partido liberal de Chile. En ese tiempo había otros dos partidos en lucha con los liberales por la dirección del gobierno: los nacionales y los conservadores. Los liberales, que eran los que dominaban, comprendían a los jóvenes, a los graduados en liceos y universidades a y los elementos progresivos de la vida pública. La extensión de la educación popular era su principal aspiración. En las filas conservadoras militaban los ricos, los dignatarios del país y el clero, muchos de los abogados y otros profesionales. Los nacionales eran dirigidos por un ideal opuesto al clero y los liberales en sus ideas, pero no se afiliaban al partido de Balmaceda.

Los liberales habían dirigido a la mayoría de los votantes por muchos años. Por el tiempo en que Balmaceda llegó a la jefatura, tenían más diputados en el Congreso que los otros dos partidos juntos.

Cuando el presidente Santa María ocupó a Balmaceda en 1885 y lo hizo Ministro Nacional de Relaciones Exteriores engrandeció su administración y satisfizo a la nación, pues Balmaceda era muy popular. Al año siguiente el popular Minis-

tro se convirtió en el candidato a Presidente de su partido y fué elegido por una mayoría abrumadora.

Paz y prosperidad..—Los primeros tres años los jefes que habían aplaudido la candidatura de Balmaceda y lo habían ayudado a su éxito estuvieron en completa armonía con sus ideas y métodos. En estos tres años el progreso de Chile fué más grande que en ningún otro tiempo semejante en la historia. Se desarrolló en propiedad material y social. Líneas de ferrocarril se construyeron y proyectaron en todas direcciones. Puertos, sólidos diques i muelles fueron explotados. Casas para escuelas fueron levantadas donde no habían sido antes conocidas. Un sistema admirable de escuelas normales fué establecido. Las leyes fueron enmendadas en la dirección de un mayor liberalismo y libertad. La Iglesia y el Estado alcanzaron una separación más completa que antes. Todo sectarismo fué abolido en las escuelas y liceos. Chile prosperó y creció y la principal figura en su prosperidad, el hombre que activaba las buenas obras y preveía lo que era necesario ejecutar, era el Presidente Balmaceda.

Un cambio visible..—Los chilenos casi lo adorabau entonces. En su imaginación el era él más grande Presidente que habían tenido. Las oposiciones a él en los otros partidos se extinguió. Sus antiguos opositores se unieron a sus alabanzas. Era el hombre más distinguido de Sud-América. Se le asignaba un lugar en la historia semejante al de Washington en los asuntos norte americanos. Su carácter no merecía reproche. Su patriotismo y devoción a los intereses públicos eran celebrados en todas partes.

Es un comentario sobre la mutabilidad de los asuntos humanos sobre el cual los escritores antiguos gustarían meditar. Toda esta placentera situación se cambió en un año. Del hombre más popular en Chile, Balmaceda se convirtió en 12 meses en el más cordialmente odiado entre un número muy grande de sus conciudadanos.

El único instrumento de este cambio fué el mismo Balmaceda.

En Chile, los presidentes son ineligibles en una reelección. Cuando el último año del período de Balmaceda empezó, un

cambio gradual se notó en su conducta. Sus antiguos amigos y consejeros fueron tratados con una frialdad creciente. Nuevos hombres desconocidos en los negocios públicos recibieron sus favores. Por su jefe favorito tomó a un oscuro corredor llamado Sanfuentes (1) un hombre que había sido su agente privado de negocios, pero quien era desconocido de casi todos. Sus antiguos amigos le objetaron su elección y le demostraron que su administración sería inevitablemente finalizada con una pérdida de la confianza pública. Balmaceda los hizo retirarse con furiosas denunciaciones y elevó a Sanfuentes a una importancia aun mayor. Se retiró de la participación en los asuntos públicos, excepto por intermedio de Sanfuentes. Los que necesitaban ver al presidente. debían hacerlo por medio del favorito.

Lo que él intentaba.—Esta política que tanto se parece a la locura, tenía en realidad un objeto claramente definido. Se acercaba el día en que, de acuerdo con la Constitución, él tendría que entregar su autoridad en el Gobierno. Acontecimientos subsiguientes hacen pensar que él estaba determinado a no retirarse a la vida privada como sus predecesores lo habían hecho cuando sus plazos expiraban, sino que por un golpe cesáreo hacerse dueño de Chile. Para hacer esto él debía tener algunas armas, y Sanfuentes estaba listo con ellas. Los viejos amigos eran obedientes a la Constitución. Ninguno de ellos había pensado ni por un momento en un dictador de Chile.

El Gabinete del Presidente le objetó sus métodos arbitrarios. El Presidente inmediatamente destituyó a sus Ministros y nombró a otros nuevos de la misma raya que Sanfuentes, quien fué uno de ellos. El país entero estaba descontento, pues el antiguo Gabinete era capaz y popular. Los diarios empezaron a hacer campaña. El Congreso llamó a los nuevos Ministros ante sí y los interrogó sobre el modo de su nombramiento. Ellos o no contestaron del todo o contestaron en for-

---

(1) El juicio del corresponsal sobre el señor don Enrique Salvador Sanfuentes—demás está decirlo—nos parece lisa y llanamente un desatino. No puede concedérsele ninguna importancia. Si aparece publicado en la REVISTA es únicamente para no destruir el documento. La Dirección de esta REVISTA no participa en absoluto con las impresiones que sobre algunos hombres de la época de 1891, pudo formarse el corresponsal.

ma que aumentó la animosidad de los diputados, quienes, de acuerdo, pasaron un voto de censura, y el nuevo Gabinete, como era de uso bajo un voto de censura, renunció.

El favorito otra vez.—Otro Ministerio fué formado, y Balmaceda deliberadamente insultó al país haciendo su jefe al impopular Sanfuentes. En seguida empezó a remover sistemáticamente a todos los jefes de Departamento de todo el país y a poner en sus puestos a sus propias hechuras, los que eran esclavos de sus designios. En unos pocos meses había llegado esto a tal extremo que no sólo el Gabinete sino las influencias gubernativas en todas las provincias, los jefes de la milicia, la policía y en algun grado los jefes del ejérciso y armada, eran sus propios hombres.

Tan pronto como esto estuvo hecho, Balmaceda anunció a Sanfuentes como el siguiente candidato a la presidencia. Una tempestad de indignación estalló de una vez. Las líneas de los partidos desaparecieron en el furor común Era bastante evidente al fin lo que Balmaceda ideaba; Chile iba a ser realmente gobernado por una Dictadura, y él iba a ser el Dictador. Comicios públicos se efectuaron en cada ciudad y provincia. La prensa hervía. Todos los dirigentes se anunciaron como rotundamente opuestos al proyecto. Comités de ciudadanos influyentes suplicaron al Presidente que abandonara a Sanfuentes y salvara su reputación y al país. El los recibió con aparente cordialidad, y escuchó sus protestas. Al fin pareció estar afectado con ellas. Prometió hacer lo que el país solicitaba y la calma quedó restaurada. Los chilenos creyeron que Balmaceda había vuelto a su juicio y que el peligro estaba terminado.

Su nuevo propósito.—Esto era en Abril de 1890. La elección presidencial distaba pocos meses. Balmaceda no dijo nada más de Sanfuentes. Tenía otras ideas en su mente. De acuerdo con los cargos hechos por sus opositores y en terreno propicio, había determinado incitar a una revolución, la cual le daría el pretexto para declarar una ley marcial, emplazar al Congreso y avanzar de una vez al supremo e ilimitado gobierno de la Nación.

En Junio la pretendida revolución empezó entre las clases más bajas de Valparaíso, Arica y otros puertos, donde los mi-

neros y obreros hicieron motines sin objeto aparente. Desgraciadamente para Balmaceda su participación en instingar estos disturbios fue revelada. El país le abrumó con el ridículo y las autoridades locales apaciguaron el levantamiento sin la la intervención del Presidente. Un comité encabezado por el Arzobispo de Chile visitó a Balmaceda y exigió la dimisión del impopular Gabinete, que no debía ejercer su influencia en nombrar candidatos para la presidencia y a que las leyes y costumbres del país debían ser cuidadosamente observadas. Balmaceda admitio todas estas peticiones. Destituyó a sus Ministros incluso al odiado favorito, nombró un nuevo Gabinete, en el cual el público tenía confianza y ostensiblemente se retiró de toda participación en la próxima elección. Prometió destituir a los hombres que había nombrado en los puestos de provincias y en la policía. El no perseguiría a los hombres que se opusieran a sus ideas, y observaría los deseos de la gente hasta el fin de su administración.

Regocijo general.—Estas promesas al ser anunciadas en el Congreso por la nueva cabeza del Ministerio, fueron recibidas con regocijo en todas partes. Parecía que, al fin, el término de todo peligro se había alcanzado.

Al contrario, acababa de empezar. Por unas pocas semanas el gobierno se deslizó suavemente. El Congreso se entregó a pasar la legislación, la que había sido tenida en suspenso durante el tiempo de exitación. Balmaceda sostenía conferencias diariamente con el Gabinete sobre las medidas que debían ser adoptadas y los hombres que serían nombrados en provincias para suceder a sus favoritos. La gente comenzó a creer en Balmaceda otra vez.

De repente todo el edificio de la confianza nuevamente restaurada, se vino abajo con estruendo. Se descubrió que los favoritos cuya deposición había sido prometidas estaban en correspondencia secreta con el Presidente. El Gabinete interrogó qué significaba esto. Balmaceda dijo que había determinado no hacer las deposiciones. El Gabinete renunció. El Presidente nombró otro nuevo compuesto con el antiguo material reprochado. El Congreso convocó a los nuevos Ministros ante él. Rehusaron ir. Cuando el Congreso apeló al Presidente, éste or-

denó el cierre de la Casa del Congreso y la guerra civil prácticamente estuvo empezada.

Preparado para la guerra.—Se vió entonces cuán cuidadosamente Balmaceda se había estado preparando para todo esto. Las armas de la Guardia Nacional habían sido reunidas en los arsenales. Los Jefes estaban bajo su influencia. Los puestos militares estaban en sus manos. Se había ordenado entregar todas las armas privadas a las autoridades. La gente estaba sin armas y los soldados marchaban hacia la capital.

La única esperanza que los defensores de la paz podrían ver estaba en el hecho de que los fondos del gobierno estuvieran casi agotados por ser el final del año, y sería necesario convocar al Congreso para hacer ulteriores apropiaciones. Pensaban que las dificultades podrían ser aún arregladas. Balmaceda cortó en breve esta esperanza publicando un decreto en el cual asumía el poder de recoger y usar el haber público por si mismo.

Reunión a bordo.—Prominentes miembros del Congreso se humillaron delante del Presidente hasta el punto de rogar que se llamara a sesión. El rehusó perentoriamente. Entonces los miembros determinaron que el Congreso se reuniera sin el permiso del Presidente. Estando imposibilitados de reunirse en tierra con seguridad, se dirigieron a un buque de la armada en el puerto de Valparaíso, donde tomaron medidas de oposición en contra del Presidente.

El Presidente mientras tanto estaba organizando su ejército y preparándose para la guerra. Alistó 25 000 obreros para los trabajos públicos. Usó del tesoro nacional y cuando el tesorero renunció honrar su libranza, él puso a un hombre más sumiso en el puesto. Cambió a los Jueces de la Corte Suprema y los suplantó por sus adeptos, quienes decidieron que él podría usar los fondos nacionales como de seara. Levantó empréstitos y ordenó confiscaciones. Arrestó a los Jefes de la oposición, los metió en prisión y ordenó fusilamientos.

Medidas de los Congresales.—Los Miembros del Congreso huyeron. Todas las personas que rehusaban dar sumisión al Presidente los siguieron. Con gran dificultad organizaron una fuerza militar y la guerra empezó formalmente.

Durante los seis meses siguientes hubo guerra con éxito variable. La Armada estada del lado de los congresales, el Ejército nacional estaba en las manos de Balmaceda. Al principio, los esfuerzos de un lado fueron para adquirir armas y soldados para un ejército, del otro para adquirir una Armada. El país se encontraba en estado de anarquía. Los negocios estaban suspendidos y crímenes, asesinatos y motines eran ocurrencias diarias. Los representantes de las naciones extranjeras ofrecieron su mediación para restaurar la paz. Por una jugada de Balmaceda, las negociaciones fueron deshechas, como tenía que aparecer, por la determinada venganza de la parte del Congreso. Batallas y escaramuzas en tierra y mar siguieron. Gradualmente los miembros superiores del partido del Congreso vencieron las extratagemas del Presidente. Tres meses de lucha y agitados acontecimientos, los que han sido ampliamente descritos en incomparables despachos cablegráficos al *Heraldo*, Valparaíso fué capturado, el poder de Balmaceda fué destrozado en un día y Balmaceda mismo se convirtió en un fugitivo.

Ha sido a menudo entrevistado desde que se esconde en este lugar o aquel, aparentemente, moviéndose con terror por su vida, hasta que al fin dió término a su arruinada carrera con su propia mano.

¿Escribió Balmaceda una justificación de sus actos después de la Revolución de 1891 para el «New York Herald».

Un grave problema histórico

El día 20 de Septiembre de 1891, precisamente un día después de ocurrido en la Legación Argentina a las 8 A. M., el suicidio del Presidente don José Manuel Balmaceda, apareció publicado, en forma de un largo cablegrama, en el «New York Herald», una relación de los sucesos que habían originado la Revolución y el desenlace de ella. En esa comunicación cablegráfica se insertaba también un mensaje que, al decir del corresponsal, habría dejado Balmaceda para ese diario. El docu-

mento a que nos referimos, cuya transcendencia histórica puede modificar sustancialmente el juicio sobre la Revolución de 1891, dice, como va a leerse, traducido a la letra:

«Actué durante los pasados 8 meses con la firme convicción de que estaba en mi derecho. No tenía a nadie en el Ejército en quien pudiera poner ninguna confianza.

«Mis generales me eran falsos. Mintieron durante toda la guerra. Si mis órdenes hubieran sido obedecidas, creo que la batalla de Concón habría resultado una decisiva victoria sobre el enemigo.

«Mi corazón en todo este disturbio ha estado con Chile.

«Yo esperaba librar a mi país de la dominación extranjera.

«Me empeñé por hacerlo la primera República de América.

«Mis enemigos dicen que fuí cruel. Las circunstancias me obligaron a sancionar ciertos actos, pero muchos malos hechos, que se habían atribuido a mis órdenes, no fueron conocidos por mí, hasta que no fueron cometidos.

«Hasta la batalla final de Placilla, tuve fuertes esperanzas de triunfar sobre mis enemigos. La victoria era asegurada por mis generales Alcérreca, Barbosa y Viel.

«Todos ellos mintieron. Ahora conozco a los que sólo pretendieron mi amistad por el dinero que podían sacar de mí.

«Todo el dinero que tengo en mi poder son $ 2 500. Me los dió mi mujer el 28 de Agosto, en la noche.

«Vuestro Ministro, Patricio Egan, me dió buenos consejos muchas veces. Me urgía a hacer la paz con los que se me cponían y a que abandonara a Chile.

«No seguí su sabio consejo, porque pensaba que él estaba bajo las órdenes de la Junta, que entonces se refugiaba en la Legación Americana. Durante todo el disturbio, mis más cercanos consejeros se opusieron siempre a cualquier preludio de paz» (1).

---

(1) Don Enrique Matta Vial, obtuvo, hace cosa de cuatro años, por intermedio de uno de sus amigos en Nueva York, una reproducción fotográfica, de la cual se conserva el positivo y el negativo, del «New York Herald» del 20 de Septiembre de 1891. Dos años después, el señor Matta Vial puso en nuestras manos esos papeles para que hiciéramos un estudio crítico del mensaje que en ese diario figuraba como de Balmaceda, y aún cuando entonces logramos reunir los materiales para formar una opinión sobre su autenticidad, diversas circunstancias, nos lo impidieron es-

¿Qué valor puede concedérsele a ese documento? ¿Es realmente obra de Balmaceda o es una falsificación audaz del corresponsal del «New York Herald»? Esto último nada tendría de extraño. Debemos suponer, desde luego, en el cronista de ese diario a un individuo de rápida imaginación, inteligente y perspicaz; a un hombre, en fin, rápido para recoger sus impresiones y asociarlas convenientemente. Más aun: pudo muy bien comprender el estado de alma de Balmaceda, su abatimiento y depresión moral después de la catástrofe y llegar a interpretar con clarísima precisión el fondo de amargura y desengaño, que en esos instantes de cruda adversidad azotaban el corazón impresionable de Balmaceda. Por contraste debió suponerlo tanto más abatido cuanto aquel hombre caía víctima de un convencimiento político que creía era la grandeza de Chile, cuando su amor a su patria, sus caras esperanzas de progreso, su deseo de sustraerlo a la influencia extranjera, quedaban cruelmente rotas. El mismo cotidiano comentario de esos días pudieron haberle dado la fisonomía moral de Balmaceda en esas horas, para él, de incertidumbre. Hasta el corresponsal debieron llegar los ecos clamorosos de las penosas impresiones del drama que acababa de terminar. La imaginación popular, como siempre acontece después de una grande agitación, debió propalar las relaciones abultadas y fantásticas de las traiciones en el ejército de la Dictadura, de las deserciones de los amigos del Presidente, de las claudicaciones de los hombres de aquella administración que, sin responsabilizarse con sus actos, como ocurre en las horas de la derrota, eludían el sacrificio de una severa solidaridad. Naturalmente, el corresponsal acaso relacionó todos esos datos con el efecto que ellos debían producir en el temperamento de Balmaceda; y así, debió serle fácil escribir el documento que comentamos.

---

cribirlo. Sólo cuando aquel benemérito benefactor de nuestras letras falleció, un deber de nuestra parte nos obligó a devolver a la familia del señor Matta Vial esos documentos que él había conseguido en los Estados Unidos al alto precio de 500 pesos. Como encontramos totalmente reunidos los documentos que eran del caso para escribir sobre el tema que nos ocupa, aprovechamos ahora la ocasión para hacerlo, y advertimos, al mismo tiempo, que ponemos a disposición de las personas que deseen comprobar la fidelidad de la traducción que insertamos del «New York Herald», en la propia casa del señor Matta Vial, Huérfanos 2023.

Pero esta primera impresión se desvanece con un estudio atento. Hay allí, en ese mensaje, hechos y circunstancias que por su misma naturaleza íntima no pudo el corresponsal llegar siquiera a vislumbrar; y hay todavía concordancias tales con otros documentos dejados por Balmaceda después de su muerte, que la autenticidad parece manifiesta. Es esto, precisamente lo que vamos a estudiar. ¿Cómo pudo el corresponsal, en efecto, tener noticias de que en la noche del 28 de Agosto recibió Balmaceda de manos de su esposa la suma de $ 2 500? El dato es efectivamente verídico y es también demasiado íntimo para que en esos días se le pregonase. Es un dato familiar sin ninguna importancia, que a nadie interesaba averiguar. La probidad de Balmaceda, por muy apasionados y vehementes que supongamos a los hombres de esos días, nadie, ni nunca, ni antes, ni después se atrevió siquiera a poner en duda; y su honradez no la empañó jamás ni la sombra de las sombras. Si llegó a imputársele entonces espíritu de lucro, esa creencia debió germinar en los corazones maldicientes y en las almas corrompidas, sin que ese juicio pesara en la conciencia de la mayoría. Más bien, interpretando la intención de la frase contenida en el mensaje, ese dato nos parece como una legítima explicación de Balmaceda al mundo extranjero. En América, donde se han levantado tiranuelos obscuros y vulgares, común ha sido el caso de que en los instantes de la huida arrebaten a las arcas del Estado la hacienda pública para propio beneficio; y Balmaceda, que se hallaba poseído del sentimiento del orgullo en grado máximo, debió comprender acaso que podía juzgársele en Europa como uno de esos tantos truhanes de la América que lucran con el poder y hacen de la fortuna pública, en nombre de la libertad, sus fortunas particulares. No obstante, aun cuando esta nos parezca la explicación del dato de los $ 2 500 que se encuentra en el mensaje atribuido a Balmaceda, debemos, sin embargo, colocarnos en otro caso por el cual el corresponsal pudo llegar a noticiarse. El camino habría sido una conversación con el Ministro americano Patricio Egan. Pero de aquí mismo surge una contradicción. El corresponsal aparece informado en detalle de hechos de carácter íntimo, como lo es lo de los $ 2 500; sabe que ese dinero le fué

entregado en la noche del 28 de Agosto; y en el conocimiento de hechos más notorios, más públicos, si así se desea llamarlos, ya que suponemos que su informante es un caracterizado miembro del cuerpo diplomático, aparece totalmente desconcertado. Ignora que desde el 28 de Agosto Balmaceda buscó asilo en la Legación Argentina. ¿Cómo conciliar razonablemente una circunstancia con otra? ¿Iba Egan a ignorar que Balmaceda se encontraba asilado en la Legación Argentina, en la casa de un colega suyo? Egan no pudo ser el informante; lo prueba el hecho de que el corresponsal acepta, con todos los caracteres de verosimilitud, un viaje imaginario de Balmaceda a Linderos y de aquí a San Antonio, con el fin de preparar la huida. Al mismo tiempo fija la fecha de 2 de Septiembre como aquella en que el Presidente se asiló en la Legación Argentina. ¿Habría el propósito en Egan de desorientar, de mentirle en una palabra, al corresponsal? No; ello es incompatible con la dignidad de un caballero que, sin duda, antes de desacreditarse, se habría obstinado en una negativa formal para proporcionarle datos al corresponsal.

La explicación de los errores del corresponsal es muy razonable. Es una equivocación en el tiempo y la distancia. Es una confusión de fechas. Balmaceda, después de la derrota de Concón, hizo un viaje a Valparaíso el 22 de Agosto. Llegó a Llay-Llay y siguió a Montenegro y allí vió los restos dispersos de su ejército. El 25 regresó a Santiago. Eso es todo.

Huelgan todavía otros comentarios y otras concordancias en el mensaje del «New York Herald». En un pasaje habría dicho Balmaceda: «Mis generales me eran falsos. Mintieron durante toda la guerra. Si mis órdenes hubieran sido obedecidas, creo que la batalla de Concón, habría resultado una decisiva victoria sobre el enemigo».

¿Pensó Balmaceda semejante juicio de sus generales? Después de la derrota debió meditar sobre la capacidad de sus generales; debió recordar que el hombre que él había escogido para la dirección de las acciones de armas, el general Velasquez, pudo haberlo llevado a la victoria si un accidente especial no se lo impide y debe haber pasado por su imaginación la idea de su plan de campaña no cumplido, que realizaba, en

verdad, una vasta combinación estratégica de risueñas expectativas. Pero esta argumentación no vale nada, si concordamos este párrafo con otro de los documentos dejados por Balmaceda. Y esa es la carta a don Julio Bañados Espinosa. Allí se lee esta frase: «Nos faltaron los generales». ¿Qué quiere decirse con eso? ¿Se refiere Balmaceda a la insuficiencia numérica de los generales o a la falta de capacidad militar de éstos? La intercalación del artículo definido «*los*» indica claramente que esa frase encierra una alusión a personas determinadas; y si ese no fuese el pensamiento, si Balmaceda hubiese querido referirse a la insuficiencia numérica de los generales habría dicho: «Nos faltaron generales». ¿Ahora qué se entiende por faltar? Un general puede faltar por incompetencia, por falta de capacidad y por traición. Es muy posible, pues, que lo dicho por Balmaceda en el «New York Herald», sea una ampliación del concepto que expresó en la carta a Bañados Espinosa. Y ello nos parece ineludible. En la carta a Bañados Espinosa insinuó su pensamiento y en el mensaje al «Herald» lo explayó integramente. Dice, en efecto: «no tuve ninguno en quien depositar mi confianza»; «mis generales me eran falsos»; «me engañaron durante toda la guerra»; «me respondieron siempre de la victoria»; «ahora sólo conozco a los que sólo pretendieron mi amistad por el dinero que podían sacarme». Por muy inteligente que supongamos al corresponsal, por demasiado rápida que fuera su imaginación ¿cómo iba éste a adivinar casi textualmente el pensamiento íntimo de Balmaceda sobre sus generales?

En el mismo mensaje Balmaceda habría tratado de justificar también sus actos durante la Revolución; y se sabe que en lo que se ha llamado su Testamento Político y en su carta a don Julio Bañados Espinosa, se esfuerza, igualmente, en vindicar su conducta. En el mismo documento que nos ocupa el Presidente se empeña en recordar sus servicios para llegar a hacer de Chile la primera República de América y dice que luchó por todos los medios posibles para sustraerlo de la influencia extranjera. Bien. Todo esto lo dejó insinuado también en otros documentos, en su Testamento Político, en las cartas a don Julio Bañados y en la que dirigió a sus hermanos. En la primera de estas piezas se encuentra una frase que dice: «mi patria a la cual

he amado sobre todas las cosas», frase que equivale, salvo formas de redacción y traducción, a esta otra: «mi corazón en todo este disturbio ha estado con Chile». Nada tiene de extraño que Balmaceda que luchó con ánimo entero y resuelto por el progreso material del país, que estaba obsesionado por la realización de un vasto plan de obras públicas, que difundió la instrucción pública y que se opuso, con rara valentía, a que el capital extranjero dominara en las actividades nacionales; nada tiene de extraño, decimos, que recordase con justo orgullo su obra de mandatario como un testimonio de su patriotismo y amor a Chile.

No olvidemos otra circunstancia. En el mensaje el Presidente se defiende de las acusaciones de crueldad que le imputaron los revolucionarios, diciendo que el momento lo obligo a sancionar ciertos actos de severidad. Respecto de otros cargos añade que fueron cometidos contra sus órdenes y sin su consentimiento. Para mayor claridad vamos a concordar esta declaración del mensaje con otra suya del Testamento Político.

Dice en el mensaje: «Mis enemigos dicen que fuí cruel. Las circunstancias me obligaron a sancionar ciertos actos, pero muchos malos hechos que se habían atribuido a mis órdenes, no fueron conocidos por mí, hasta que no fueron cometidos». Y en su Testamento Político esta justificación de su conducta es mucho más explícita aun; es un alegato, una defensa de sus actos que concuerda, racionalmente, con lo dicho en el mensaje al «Herald». «Las personas que formaron el elemento civil de la Revolución, dice, que la dirigieron y ampararon con sus recursos y esfuerzos, fueron inhabilitadas por el arresto, el extrañamiento provisorio o el envío de ellas a las filas del Ejército Revolucionario. Se procuró evitar, en lo posible, procedimientos que hiciesen más profundas las escisiones que dividian a la sociedad chilena. La acción del gobierno alcanzó, en realidad, a un número reducido de personas comprometidas en la Revolución.

«Los delitos de conspiración, cohecho o insubordinación militar, se han juzgado por la Ordenanza únicamente en casos comprobados y gravísimos, pues en la generalidad de los hechos no se ha formado proceso, o se los ha disimulado, o no

se han adelantado los procesos iniciados. Pensando el Gobierno en su propia conservación, no creyó prudente comprometer, sin antecedentes comprobados, públicos e inexcusables, la confianza que le merecía el Ejército que guardaba su existencia.

«En cuanto a las montoneras que el Derecho de Gentes pone fuera de la ley y que por la naturaleza de las depredaciones que están llamadas a cometer, habrían sido causas de desgracias sociales, políticas y económicas, se creyó siempre que debían ser batidas y juzgadas con arreglo estricto a las disposiciones de la Ordenanza Militar.» (2).

Después dice: «Si las fuerzas destacadas en persecución de las montoneras y el cuidado de los telégrafos y de la línea férrea de la cual dependía la existencia del Gobierno y la vida del Ejército, no han observado estrictamente la Ordenanza Militar y han cometido abusos o actos contrarios a ella, yo los condeno y los execro. Estoy cierto que conmigo los condenan igualmente todos los que contribuyeron a la dirección del Gobierno en las horas peligrosas de la Revolución.» (3).

Todavía hay más: notamos en este párrafo de su Testamento Político una congruencia evidente con lo asegurado en el *New York Herald* cuando Balmaceda dice: «Aunque nosotros no aceptamos jamás la aplicación de la pena de azotes, *se insiste en imputarnos los errores o las irregularidades de los subalternos*, como si en el territorio que dominó la Revolución no se hubieran producido, desgraciadamente, los mismos hechos.» (4).

La misma pregunta que tantas veces hemos hecho debemos hacer en presencia de una congruencia tan insólita. ¿Cómo pudo el corresponsal adivinar tan exactamente el pensamiento íntimo de Balmaceda? ¿No está probando esta similitud de conceptos la autenticidad del mensaje?

Continuemos el exámen, no obstante. Al final del mensaje Balmaceda siente la pesadumbre, el arrepentimiento, por decirlo así, por no haber seguido los consejos pacifistas del

---

(2) Bañados Espinosa, «Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891». Tomo II, págs. 649 y 650.

(3) Bañados Espinosa, «Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891», pág. 650, t. II.

(4) Bañados Espinosa, «Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891», pág. 650, t. II.

Ministro Americano Egan, Egan efectivamente se empeñó con Balmaceda en darle una solución tranquila al conflicto para evitar las dolorosas consecuencias de una guerra civil. Nada consiguió. El Presidente permaneció firme en sus propósitos de llegar resueltamente hasta el fin como en el meeting del 13 de Julio de 1890 lo habia dicho. Estaba convencido de sus derechos; «pensé, habría dicho él mismo, que Egan obraba inspirado por la Junta Revolucionaria; «mis más íntimos siempre me aconsejaron la resistencia y mis generales Viel, Barbosa y Alcérreca me aseguraron siempre la victoria». Su conducta era consecuencia lógica de estos antecedentes, y en realidad, en su carta a Julio Bañados Espinosa, le dice: «Procedo con la misma entereza de alma y tranquilidad de conciencia con que afrontaba en el Gobierno las horas de contradicción y de batalla (5). Sin embargo, cuando en su cerebro pudieron nacer las dudas del engaño y de la traición, acaso pensó en que los consejos de Egan, al haberlos seguido, habrían evitado a su patria las duras consecuencias de una guerra civil. En su temperamento impresionable y nervioso, fuertemente deprimido en esas horas, cuando miraba frente a frente la muerte como único medio de evitar la prolongación de un doloroso conflicto, es muy posible que hubiese cruzado por su mente, con un dejo de inmensa amargura, el recuerdo de las proposiciones de Egan. Así debió haber sido. Porque la idea del suicidio germinó en Balmaceda mucho antes de su caída. En efecto, una tradición repetida por respetabilísimas personas, ha conservado el recuerdo de que mucho antes de su caída, cuando la revolución recién comenzaba, Balmaceda en una ocasión estudiando las probabilidades de triunfo con que contaba, mostró su revólver como para indicar que respondía con su vida en el caso de que la demanda en que estaba empeñado, le fuera adversa. «La idea del suicidio,—escribe Joaquín Nabuco—desde que le vino a la mente, se abre paso cada día más; parece que él la acaricia, la idealiza. la perfecciona como su último acto público, como su postrer mensaje al país; trabaja en esa idea política y literariamente; trata de

(5) Bañados Espinosa, Balmaceda, su Gobierno y la Revolución de 1891, tomo II, pág. 643.

poner en ella todo lo que puede dar su cerébro de estadista y su energía de chileno. Es una resolución madurada a la cual concurren todas sus impresiones, como en las horas de inspiración todo converge para producir la obra maestra. Una vez aceptada la solución de la muerte, es precisc justificarla, después utilizarla políticamente y por último escoger el momento. El corazón del padre, del esposo, del hijo es estoicamente reprimido; el político tiene que representar su papel hasta el fin.» (6)

¿Hasta qué punto el recuerdo de los consejos de Egan influyeron en la determinación de su suicidio? Su responsabilidad era inmensa; y solitario como estaba, encerrado en un cuarto del segundo piso de la Legación Argentina, su espíritu debió debilitarse al pensar en la cuantiosa deuda que había contraído para con su patria. Desde que acarició la idea del suicidio en su ánimo todo aparece oscuro, sin un rayo de luz que le guie para alejarse de la resolución irreparable.

Un último punto queda para terminar con el mensaje publicado en el *Herald*. Es una conjetura fundada en los propios documentos dejados por Balmaceda y que puede servir para determinar la autenticidad de la pieza que estudiamos. Se sabe que Balmaceda hallábase dotado de un raro orgullo y de un exagerado amor propio; ese amor propio le hizo escribir los documentos que conocemos y ese orgullo le hizo concebir la esperanza de una reparación histórica. Después de Concón y la Placilla no olvidó un instante que en la distancia de los tiempos quedaba el juicio de la Historia; y frente a la muerte tampoco puede desprenderse de la opinión que sobre su vida y su obra habrían de formular en el futuro las generaciones. Escribe él mismo la historia de sus actos; califica de «documento histórico que debe reproducirse íntegro en América y en Europa, para que se comprenda su situación y su conducta», la carta que escribió a don Claudio Vicuña y a don Julio Bañados Espinosa. La posteridad y el juicio de sus contemporáneos le preocupa; le absorve muchas veces el pensamiento. Quiere comparecer ante éstos y aquéllos en una actitud defini-

(6) Joaquín Nabuco, Balmaceda, pág. 170.

da y para ello el mismo se encarga en indicar los materiales que servirán para juzgarle. Dice a Bañados Espinosa: «Escriba, de la administración que juntos hemos hecho, la historia verdadera. Dejo dicho a Emilia (su esposa) que le suministre todos los recursos necesarios para una publicación abundante y completa». «Con los mensajes, las memorias ministeriales, *El Diario Oficial* y *El Ferrocarril* puede hacer la obra». «No la demore ni la precipite». A sus hermanos les había dicho refiriéndose a la carta que se ha llamado su Testamento Político: «Háganle reproducir». «Que no deje de publicarse». Y en otra parte: «Encargo a Julio Bañados que haga la historia de mi administración. No descansen ustedes en esta tarea. Es necesaria. Digo a Emilia que dé todos los recursos que para esto se necesite». En otra parte había escrito: «Carta que el señor don Eusebio Lillo guardará reservada y que confío a su honor y lealtad para que la publique en los diarios de Santiago en el acto que yo no esté en el asilo que él sabe. Es necesario que la publique como un testimonio explicativo de mis últimos actos.»

Resulta, pues, evidente que Balmaceda deseaba que sus actos fueran conocidos en América y en Europa; que la historia de su administración se escribiese sin tardanza y que circulase con profusión, en todo el país, su Testamento Político. Es muy aceptable entonces que persiguiendo esos sus propósitos hubiese querido valerse del *New York Herald*, diario de circulación mundial, para realizar rápidamente y de un modo eficaz, su justificación. Ese diario, por otra parte; en el curso de la Revolución le había sido afecto, lo había defendido y había apoyado su conducta en el curso de la contienda civil. Esta coincidencia nos inclina a pensar que el mensaje publicado en el *Herald* es obra de Balmaceda; y a reforzar este juicio, como muy bien se habrá visto, concurren las consideraciones anteriores que se ajustan perfectamente con los otros documentos de Balmaceda y el mensaje aparecido en el diario norteamericano. De otro modo ¿cómo explicar tan extrañas similitudes? Habría sido una insolencia, un atrevimiento demasiado ocasionado a peligros, el que el corresponsal hubiese supuesto esa pieza. Exponíase a una rectificación ya que, naturalmente, el corresponsal debió pensar que el *Herald* se difundiera en Chile.

No ocurrió así, sin embargo; y las personas que leyeron ese diario no le concedieron a ese documento su verdadera importancia. Pero un celebrado escritor francés, M. Charles de Varigny, reconocido en el mundo intelectual por su preparación e inteligencia, publicó en la *Revue des deux Mondes*, del 15 de Noviembre de 1991, un estudio serio y concienzudo sobre la Revolución de Chile; y en ese trabajo Varigny recogió los documentos publicados en el *New York Herald* de 20 de Septiembre, diciendo que eran tomados de ese diario. M. Varigny, al incluir en su escrito el mensaje de Balmaceda, lo dió como auténtico.

El mismo corresponsal publicó también en su cablegrama un párrafo de la carta de Balmaceda a Uriburu, que dice traducida a la letra así: «Cuando ví la persecución en mi contra dirigida por personas que habían apoyado mi administración, llegué a la conclusión de que el único camino para poner fin a esta persecución era tomar mi vida, ya que era yo el único responsable. Adios, mi buen amigo. Dé mi despedida a mi mujer y a mis hijos». El original está redactado en esta forma: «Visto el espíritu y tendencia de la Revolución hecha al Gobierno no queda más camino que prolongar el asilo, lo cual no debo ni puedo hacer, o el sacrificio».

El corresponsal debió conocer esa carta en la tarde del 19 de Setiembre de 1891. Porque Balmaceda no la puso en manos de Uriburu en la noche del 18 cuando el Ministro argentino regresó a la Legación después de una función de gala en el Teatro Municipal, instantes que aprovechó Balmaceda para hacerle entrega de las otras comunicaciones que destinaba a su familia y a sus amigos; sino que la dejó sobre su escritorio, en su cuarto, como una explicación para Uriburu, de la causa de su suicidio. Es muy posible, con todo, que ese día, el 19, Uriburu apremiado por el corresponsal le mostrase la carta que había dejado Balmaceda y que el cronista en el acto tomase conocimiento de ella. ¿Se le entregaría entonces el mensaje para el *Herald?* Quizás. Porque no es posible congeturar que el corresponsal en ese mismo día ni después se hubiese impuesto de las cartas que Balmaceda destinaba para su familia y sus amigos. No. El guardador de ellas era Uriburu y por

muy descuidado que lo supongamos, esos eran documentos reservados como el sobrescrito de las cartas lo indicaba, y debían estar cerradas. No pudo, pues, razonablemente, el corresponsal imponerse del contenido de esa correspondencia. ¿Cómo llegó a sus manos el mensaje? Se sabe que Balmaceda permaneció encerrado en un cuarto del segundo piso de la Legación desde la noche del 28 de Agosto, sin tener comunicaciones absolutamente con nadie. Sólo una criada le atendía en aquellas ocupaciones domésticas más indispensables. Pero ello no resulta un obstáculo para que Balmaceda en la misma noche en que puso en manos de Uriburu la correspondencia para su familia y para sus amigos, entregase a éste el mensaje; o bien que lo hubiese Balmaceda destinado esa misma noche, en la víspera del suicidio, al Ministro Egan, quien al día siguiente después de las 4 de la tarde, cuando comenzó a circular la noticia de la muerte de Balmaceda, lo habría puesto en manos del corresponsal.

Acaso esto sea lo más probable. Pensamos, sí, que el documento puede ser obra de Balmaceda.

GUILLERMO FELIÚ CRUZ.

Talca, Noviembre de 1922.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Ernesto Lavisse, Jefe de la Escuela Histórica Francesa. —Desde que Lavisse se estrenó con su libro «La Marcha de los Brandeburgos bajo la dinastía ascaniana», afirmó en primer lugar su maestría y demostró que es necesario al historiador que pretende elevarse por encima del vulgo, el don del encantador y del poeta.

¿Sería útil repasar toda su obra desde esa lejana época? Sabemos con qué admirable trabajo Ernesto Lavisse ha dirigido sus estudios, al principio sobre todas las cuestiones vitales de la enseñanza haciéndose él mismo profesor de historia en las pequeñas escuelas como en las grandes, después sobre todas las materias de la historia y de la política alemana. De esta «Marcha de los Brandeburgo», pasó a los «Estudios sobre la Historia de Prusia», a «La Fundación de la Universidad de Berlín, a los Ensayos sobre la Alemania imperial, sobre tres Emperadores de Alemania, a sus dos libros sobre El Gran Federico, para terminar por la Historia de Francia, para la cual se rodeó de los colaboradores más despiertos. Se necesitaría haberlo visto corrigiendo las pruebas para saber la parte que él tomó.

Nada puede dar mejor idea del poder de su cerebro y de la magnificencia de su verba, de la admirable facultad de trabajo que poseía y que lo hacía interesarse y apasionarse en casi todo lo que hacía y proyectaba cada uno de los jóvenes estudiantes que venia a consultarlo. Dirigía sobre ellos sus ojos azules, que los habrían intimidado si no hubieran sentido, bajo lo agudo de la mirada, la infinita ternura del corazón; y los interrogaba con esa memoria que le hacia tener presente desde los primeros pasos de sus carreras, con esa precisión que le daba la extrema costumbre de los exámenes, con esa bondad que explica las preguntas, facilita las respuestas y asegura a los tímidos; entraba en sus pensamientos, se movía en ellos con tal facilidad que se admiraban que los adivinase y se preguntaban de adonde y de quien tenía esos datos. Fué lo que Sócrates: *un grand acconcher d'esprits.*

Ciertamente se le puede alabar. Los mismos que no comparten todas sus ideas, que no se inclinan delante de ciertas disciplinas que creen poco en la formación de los historiadores por un trabajo metódico, que están convencidos de la virtud eficaz del trabajo individual, rendirán homenaje a este gran francés cuya labor admirable persistió como un apostolado, con una tenacidad que es el más noble de los ejemplos; cuando se piensa en Lavisse, uno se enorgullece de ser hombre.

Víctor Hugo y Pedro II.—Con ocasión del centenario de la independencia del Brasil me habeis pedido un artículo sobre las relaciones de amistad entre Víctor Hugo y el emperador Pedro II de Alcántara.

En efecto, conocí a Víctor Hugo durante muchos años, durante diez y siete años, y tuve la buena suerte de ver al gran emperador don Pedro II en una de sus estadas en París, porque él era uno de los que querían a París y a la Francia. Soy uno de los raros testigos de esa época.

El salón de Víctor Hugo estaba abierto para todos, tanto para los que tenían un nombre, como para los humildes. Víctor Hugo decía con buen humor: aquí recibo a los ministros, a los políticos, a los hombres de letras, a los autores dramáticos, a los artistas y aun a los soberanos y como se admiraran de que un tan gran republicano recibiera a los soberanos, respondía sonriéndose: sí, hasta los emperadores, y hablaba gustoso de la visita del emperador del Brasil, Pedro II. Y era que para él, Pedro II era el representante de ideas que le eran queridas, un gran amigo de la libertad, que se había inspirado en esta máxima: el rey reina, pero no gobierna y sobre todo que había unido su nombre a la abolición de la trata de negros y enseguida a la ley sobre la emancipación de los esclavos: uno de sus amigos muy queridos, Schalcher, había sido el ardiente defensor de esa noble causa y era una razón más para que Víctor Hugo simpatizara con el que había sido el promotor de las ideas populares en nuestro mundo republicano.

Así, él había acogido con solicitud y aún diré con cordialidad, al hombre que había ilustrado su reinado con su amor por la libertad y su fidelidad con las instituciones democráticas. Contaba con agrado su primera entrevista con el soberano, quien lo había seducido con su sencillez y agrado. No se le aparecía solamente como el emperador de una gran nación a la cual estábamos unidos los franceses por tantos lazos comunes, sino como un colega. Porque Pedro II, emocionado al encontrarse con un hombre que era una de nuestras glorias, había sabido conciliarse los favores de su huésped por su erudición, por su curiosidad por todas las cuestiones relacionadas con el espí-

ritu humano: las letras, las ciencias, el progreso y la industria. No le había dicho: vengo a vuestro país para instruirme, para visitar todos vuestros hermosos establecimientos y para asistir a vuestras sesiones de la academia?

Víctor Hugo había quedado conquistado con la conversación de este visitante y hablaba de él con agrado a sus amigos. En una de estas entrevistas llegó repentinamente una niñita, de fisonomía despierta, que hacía sus grandes y pequeñas entradas en la casa y que no temía molestar las entrevistas del maestro. Era Juana, la nieta de Víctor Hugo. Pedro II que tenía una mirada a la vez viva y suave, acogió a la niñita con la más encantadora benevolencia y tuvo la buena suerte de ver como Víctor Hugo practicaba el *arte de ser abuelo* en el modo de acariciar a la niñita.

Pedro II podía decir que tenia derecho de ciudad entre nosotros porque se le abrían todas las puertas de los hombres más célebres. Iba a menudo al taller de uno de nuestros más famosos grabadores, Chaplain y tuvo ocasión de ver a mi padre Jules Simon y de ponerse en relación con los hombres políticos de la época. Ahí fué donde lo ví en mi juventud; su fisonomía y su modo de andar se han quedado grabados en mi mente: grande, el cuerpo bien derecho, los ojos brillantes donde se reflejaba la inteligencia, la curiosidad de las cosas y el deseo de conocer, se había compenetrado rápidamente con lo más selecto de la intelectualidad de París.

Me excuso por enviaros estas notas tan imperfectas e incompletas, sólo tengo el mérito de haber sido testigo de una época de la que ¡ay! ya solo puedo enumerar a los desaparectdos.

GUSTAVE SIMON.

El hierro en los tiempos coloniales.—Los grandes escoriales que se encuentran aún hoy día, principalmente en España y Bélgica, demuestran que los romanos explotaron las vetas metalíferas en gran escala. Sin embargo, los métodos rudimentarios de la metalurgia de aquellos tiempos sólo permitieron trabajar con ventaja los minerales de alta ley.

La extracción del hierro en el siglo XVI se hacía por el llamado *método directo*, tratando las partes ricas del mineral en pequeños hornillos y con el empleo del carbón de leña, procedimiento empleado en España y que proporcionaba una masa de hierro de muy buena calidad, la cual adquiriría consistencia en el yunque a los golpes repetidos del martillo.

Consta de la documentación antigua que toda la artillería de las naves del ilustre Magallanes se fabricó en Bilbao, y con ella se armaron, en 1519, las naos *Concepción*, *Victoria*, *Santo Antonio*, *Trinidad y Santiago*, las cuales, en total, sumaban

cuatrocientos y ochenta *toneles* de porte. En efecto, en un valioso documento fechado en Sevilla y en aquel año, que lleva por título «*Sumario de todo el coste de la armada*», se dice: *cincuenta y ocho versos, siete falcones, tres bombardas gruesas, tres pasamuros, que todo esto vino de Bilbao*», constando, además, que la artillería fué ensayada en dicho puerto, con un gasto de ciento y sesenta y cinco libras de pólvora. Aunque el explosivo se fabricaba en aquellos años en *Fuenterrabía*, los proyectiles de artillería eran también de Bilbao, existiendo en el *coste* citado, documento tan original como prolijo, la siguiente partida: «*Once mil seis cientos treinta y tres maravedís que han costado los dados y pelotas de hierro y de piedra que van para la artillería de la armada*», etc.

En la citada región no sólo se fabricaron las *bocas de fuego* de gran calibre que trajo el ilustre Magallanes, pues aquel documento deja también constancia de «*cincuenta escopetas que vinieron de Viscaya*» y de «*cuarenta y nueve quintales, ciento y veinte libras de hierro en barras pequeñas*» fuera de «*veinte libras de acero para calzar los picos y otras herramientas necesarias a la armada*»!

En aquella época empleábase como moneda el peso, o castellano de oro, y el maravedí, equivaliendo el primero a cuatrocientos cincuenta de los segundos. Por la citada partida de hierro se pagó 24 938 maravedís y por la de acero 240.

Aunque hay constancia histórica que en 1541 tenían ya los españoles en el Perú artillería de bronce y de fierro, los cañones que usó Francisco de Villagrán en Chile eran de la primera clase, pero de muy pequeño calibre.

A la época de la conquista de Chile, todo el hierro empleado en la América española venía de las famosas *ferrerías* de Viscaya, en donde se explotaban los minerales de la *vena de Somorrostro*, exportando el metal, ya fuese en trozos o elaborado, por el puerto de Bilbao. Los trozos de *hierro en bruto* eran generalmente pequeños y, para formar barras, se exigía soldarlos unos con otros a la fragua. El precio del hierro era en el Perú bastante subido, y baste decir, que don Diego de Almagro pagó *diez mil pesos de buen oro* por los seiscientos juegos de herraduras que le trajo por mar el capitán Ruy Díaz.

Conocidas son las grandes penurias que tuvieron que soportar don Diego de Almagro y sus valerosos acompañantes. Uno de ellos, llamado Alonso Moreno, exponía en 1562 a Su Majestad, haciendo *información* de los servicios que prestó en aquella memorable expedición, que «*las cosas que eran menester para los gastos de la guerra, valían a excesivos precios; un caballo e mil quinientos o mil castellanos; e los clavos cada uno un castellano, y las herraduras a cinco y a seis castellanos; e unas calzas*

de paño, cincuenta, e una camisa e borceguies, lo mismo; unos zapatos, unas alpargatas, cuatro o cinco pesos».

En la época en que don Pedro de Valdivia estuvo sin comunicación con el Perú, llegaron a valer aquí los clavos para herraduras, hasta medio peso de oro. Fácil será, entonces, imaginar qué enorme precio tendrían los *almocafres*, *barretas* y *barretones* de hierro, calzados con puntas de acero, herramientas del todo necesarias a aquellos mineros que no se conformaban con la modesta *lampa* indígena, fabricada simplemente de madera dura y apropiada quizás para la agricultura de aquella época, sin grandes pretensiones, pero no, ciertamente, para la minería, por muy primitiva que se la suponga.

La explotación de la famosa *vena de Somorrostro*, en Vizcaya, tuvo sus vicisitudes. Sólo en 1487 se declaró que metales de aquellas minas como de explotación libre y general, pues en 1439 había sido permitida la exportación del reino por medio de un privilegio a determinada persona. En 1499 el monarca prohibió la salida del hierro, reiterándose más tarde dicha prohibición en diversas ocasiones, pues se temía que de tan excelente materia prima se aprovechasen los enemigos de España.

No sólo los monarcas españoles tomaron precauciones para impedir que los extranjeros sacasen ventaja del prestigiado hierro de Vizcaya, sino también que se protegió debidamente a éste contra la competencia extranjera, prohibiéndose en 1725, por medio de una real órden expedida por Carlos III, la importación del metal.

La metalurgia del hierro en pequeños hornillos, cuya altura no pasaba de unos sesenta centímetros, y conocidas las *ferrerías* por los antiguos vascos bajo el nombre de *ola*, se continuó así durante muchos años, no teniendo, propiamente, el procedimiento diferencias de importancia con el método empleado para los metales por los cafres de Africa y los quichuas de América, eso sí que aquellos empleaban,—y emplean aún,—curiosos fuelles, y estos últimos se aprovechaban, para sus *guairas*, de las ventajas del viento, recibiéndolo en grandes embudos de cuero, que hábilmente manejaban los indios yanaconas.

Los datos estadísticos son escasos, como sucede generalmente con relación a las antiguas industrias, pero se sabe que en 1550 había trescientas *ferrerías* en Vizcaya, aunque no sabemos la cantidad de hierro que se traía a América en aquella época, el cual alcanzó más tarde, en 1792, a 416.775 arrobas, según el prestigioso Ministro de Hacienda del reino, don José Canga Argüelles.

Los cronistas hacen mención en nuestro país del hierro de *Pelvín*, cuyos yacimientos se encuentran en la hacienda de este

nombre, sita sobre el camino de Peñaflor a Mallarauco. Sin embargo, parece que se explotó el metal sólo en pequeña escala, reduciendo el mineral, quizás en hornitos, para convertirlo así en trozos de hierro maleable, y ser trabajado más tarde a la fragua, con el objeto de darle la consistencia necesaria.

No se tiene noticia alguna de que los indios araucanos hayan trabajado el hierro, mencionando los antiguos cronistas sólo el detalle que las armas eran de cobre, piedra o madera. Nada hemos encontrado tampoco con referencia a la explotación del hierro por los indios quichuas, aunque se sabe que algunos de los indígenas del interior del Perú se ocupan aún de ello.

Relata un ilustre viajero, don Antonio Raimondi, que en 1870 se descubrió en el interior del Perú una explotación de hierro llevada a cabo por los indios, agregando su opinión de que, a este respecto, aquellos indígenas se encontraban muy adelantados, pues, dice, que «en ningún punto del Perú se funde hierro directamente del mineral, ni se reduce el hierro fundido a hierro dulce o maleable, verificando esta última operación los indios Campas de Chanchamayo, por medio de hornos, que difieren muy poco de los llamados *Catalanes*».

¿No le afecta en nada al lector el hecho que los cafres y los indios campas hayan explotado sus minerales de hierro, para satisfacer a sus propias necesidades, y que nosotros, en cambio, —si se exceptúa las labores de los hermanos Triviño, en Peñaflor, que legaron un buen nombre a la historia industrial de Chile, con sus famosos frenos, y los altos Hornos de Corral, ahora paralizados,—sigamos siendo importadores de hierro, aunque debiéramos, al contrario, ser grandes exportadores de este metal? ¡Pero, a qué entristecerse ahora que la alegría se hace cada día más escasa!

Durante los tiempos coloniales casi, puede decirse, no abordaba nave a nuestras playas que no incluyese en su registro alguna pequeña partida del famoso hierro de Vizcaya. Digno es de mención, sin embargo, el hecho de que en el mes de Marzo de 1788 se recibía el Administrador General de la Renta de Correos del Reino de Chile, don Fernando de Urízar, de quince mil seiscientos catorce pesos y cinco reales, en moneda de plata, más dos barras, con ciento doce marcos del mismo metal, para ser remitido todo,—y vía Mendoza,—por cuenta de la Real Casa de Moneda, a Buenos Aires.

La citada partida, que no era de escaso monto para la época, salió de Buenos Aires repartida entre la fragata-correo *Cantabria* y su congénere llamada *Aguila*. Era España el destino de la remesa, y su objeto un anticipo a cuenta de la ferretería que ostenta, aún hoy día, la antigua *Real Casa de Moneda*, todo de

acuerdo con las instrucciones que entonces fueron impartidas por el Superintendente de ella, don Bernardino Altolaguirre.

Si el tesoro remitido a la península no era pequeño por su monto, tampoco lo era el encargo por su surtido, pues en el pedido figuran ocho chapas grandes, con sus escudos de dibujo y sus llaves con media cubierta, arcayatas grandes y de macho y hembra, chapas copadas, cerrojos fuertes, orejas para puertas, sinchos y llaves para las vigas, clavos de media vara de largo, y a razón de una y media libra de peso por cada uno, etc., etc., 42 balcones de hierro, 104 rejas del mismo material, pesando diez y siete arrobas cada una de éstas, y cuyos planos fueron confeccionados por el Director de la Nueva Real Fábrica de Casa de Moneda, don Joaquín Toesca.

El presupuesto total de la ferretería de la Casa de Moneda, con cuya cita terminaremos el presente artículo, ascendió a treinta y seis mil setecientos treinta y seis pesos, uno y medio real. En cuanto a proligidad, nada dejaba que desear.

ERNESTO GREVE.

BIBLIOGRAFÍA

César Barja.—*Libros y autores clásicos.*—The Standard Spanish Series, 1922, Vermont Printing Co.

El autor de esta obra dice en la Introducción que ha tratado de evitar dos inconvenientes generales en todos los textos de historia de la literatura: el excesivo carácter didáctico y el excesivo carácter histórico. «Excesivamente didáctico nos parece el modo de tratar los libros y los autores clásicos, no como cosa viviente, sino como materia fósil, si interesante didácticamente, de valor humano nulo. Nosotros, en cambio, hemos procurado poner un aliento de vida en la materia tratada, haciéndola servir a las necesidades de la hora actual. Es decir, en cuanto es posible, hemos tratado de revivir y animar emocionalmente lo que sólo emocionalmente puede vivir: libros y autores que no existen. Excesivamente histórico nos parece el modo de tratar la literatura, incluyendo en ella todo cuanto se ha escrito, bueno y malo, útil e inútil».

Tal es la promesa que nos hace el autor en el prólogo de la obra. Quien la lea tendrá que convenir en que el doctor Barja ha cumplido su promesa.

No son páginas de crítica muerta, ni farragosas discusiones eruditas las que constituyen la materia del presente libro. El doctor Barja ha sabido seleccionar en el vastísimo campo de la literatura española los movimientos literarios de fuerte vitalidad y las figuras centrales que los han encarnado. Es la suya una crítica de cumbres.

En ninguna literatura más que en en la española se imponía una selección semejante. Defecto de la raza ha sido siempre la abundancia aquello que Paul Grousac llama con verdadera ironía, la facilidad satisfecha. De aquí que un curso simplemente erudito o informativo de la literatura española tenga que ser obra excesivamente pesada e inadaptable para los usos de la enseñanza. Así lo ha comprendido el doctor Barja, y por eso, sin dejar de poner en su libro los datos y las referencias esenciales para la comprensión de la obra y del autor, ha eliminado deliberadamente todos los detalles inútiles y las abundantes y facilísimas citas bibliográficas que ocurren en una tan revuelta materia. El libro tiene caracteres de simplicidad y llaneza verdaderamente atrayentes.

El secreto del método del señor Barja estriba no solamente en la vida que ha dado al tema y en la acertada selección de sus tópicos. Sin quererlo ni sospecharlo, por obra de una feliz intuición, el doctor Barja ha aplicado a la historia literaria española el método que Bouttroux recomendaba para la historia de la filisofía; el método que alguna vez nos permitimos llamar interiorista o de compenetración.

Si no se puede aceptar para la filosofía, como verdadero método, la crítica distanciada y erudita, la explicación más o menos mecanizada de los factores sociales, ni el análisis, aunque sutil, incomprensivo, a veces, por lo frío, del método psicológico; menos cabría usar semejantes procedimientos respecto a las obras literarias que son esencialmente artísticas y que revisten, más aún que las filosóficas, un carácter personal inconfundible.

Los sistemas y las meditaciones de los filósofos son unidades artísticas indivisibles, y el único medio de apreciarlas es penetrar en ellas, vivir en ellas, colocarse en el mis-

mo punto de vista del autor. En las obras literarias de más sabor humano, de mayor palpitación de vida, hay que emplear, acentuándoles, el mismo procedimiento y el mismo método. Desgraciadamente nos hemos dado cuenta muy tarde de la verdad contenida en las ideas anteriores, y generación tras generación, hemos impuesto a la juventud por obra de los malos textos, el abominable fárrago de biografías de autores, argumentos de obras y lugares comunes de dogmatismo crítico, que han acabado por causar horror a los cursos de historia literaria en lugar del fervoroso entusiasmo y la afición verdadera que ellos deben inspirar.

No cabe seguir el método de Boutroux si no por obra del amor y de la simpatía; de aquí que la primera cualidad que deba tener el autor que quiera aplicar este método a la historia literaria sea la devoción por las figuras de que se va a tratar, estado sentimental semejante a la unción religiosa y que nos permite recibir, digamos así, la gracia del autor, hasta el punto de que logramos vivir su vida, pensar como el pensó, y adoptarnos inconscientemente las mismas palabras y expresiones que él usó. Quiere decir todo esto que no se puede escribir una buena obra de historia literaria o de crítica literaria si no se es literato o, por lo menos, artista en el hondo y noble sentido del vocablo, y que el simple buen juicio, la excelente memoria y la abundante información no son bastante título para emprender esta clase de trabajos. Barja ha podido seguir el verdadero método por tener, no solamente exquisito gusto artístico sino por ser al mismo tiempo delicado poeta místico. Sólo un poeta puede entender bien lo que significan en la literatura española las Coplas de Jorge Manrique, por ejemplo. Y sólo un poeta podría trazarnos las bellas páginas de simpatía que el autor nos ha escrito sobre figuras como las de Garcilaso, Herrera, Fray Luis de León y Góngora. Para hacernos sentir a Jorje Manrique, tiene Barja, además del sentido poético, la misma concepción doliente y melancólica de la vida. Hay algo, de la serena tristeza, con que Jorje Manrique ve discurrir la vida, en los versos que Barja ha reunido bajo el título de Otoñal.

En los capítulos sobre Garcilaso y Herrera, y en el mismo de Fray Luis de León, ha empleado Barja el procedimiento en que se encarna el método de compenetración, que consiste en unir estrechamente la vida y la obra del autor, y pintar los diversos estados de su espíritu y evoluciones de su existencia con expresiones y citas literales tomadas acertadamente.

No solamente los poetas están magistralmente tratados en este libro; lo están también los novelistas místicos y picarescos. Que un poeta místico entienda y sienta profundamente a Santa Teresa de Jesús, a Fray Luis de León y a San Juan de la Cruz no sorprende a nadie. Tiene el alma de Barja una acentuada tendencia mística sobre la que pone una nota de color contemporáneo sus asiduas lecturas de Schopenhauer y de Leopardi. No es raro el caso, sobre todo en los espíritus modernos, en que las concepciones actuales pesimistas sobre la vida, no hagan otra cosa que avivar y enriquecer el venero místico en hombres que tienen en la sangre la religiosa tradición de España. Pero si no es de extrañar que Barja comprenda a los místicos, si parece raro que pudiera compenetrarse también con la novela picaresca, ¿acaso no es la novela picaresca lo contrario de la novela mística? ¿No se cita precisamente como prueba de la riqueza de contrastes en el alma española que sus dos trasuntos literarios, tal vez no superados en otras literaturas, la novela picaresca y la novela mística, representan dos polos opuestos, elementos contradictorios?

Tal vez la clave de este fenómeno nos la da el mismo autor cuando dice, quizá un poco paradógicamente, «para nosotros no es dudosa la

afinidad psicológica del pícaro y del místico. No queremos decir que el pícaro sea un místico, sino sólo que en su manera de ver el mundo hay algo de místico. Como el místico, el pícaro no ve en la vida más que algo pasajero, algo infinito... Se dirá que es vagancia la suya. Sí, pero una vagancia altamente filosófica... La inquietud del pícaro nos parece responder a un vacío sentido dentro del alma, aunque el pícaro no se dé cuenta de ella... Hay quizá, por eso mismo, algo de trágico en toda la novela picaresca que el ingenio y la gracia del pícaro no pueden borrar... Por otra parte, al mismo tiempo que esa inquietud, el pícaro posee en alto grado la virtud mística de la conformidad, de esa conformidad tan española, expresada en más de cien refranes bien conocidos de Sancho Panza, especie de senequismo que consiste en aceptar las cosas como vienen, distraerse y consolarse».

Los mejores capítulos de este libro son sin duda los dedicados a Cervantes. Libro de cumbres, la obra del señor Barja tenía que dedicar su mayor atención a la cumbre suprema de la literatura española. Estudia primero el señor Barja la obra de Cervantes como poeta, dramaturgo y novelista. Dedica especial atención a las Novelas Ejemplares, haciendo destacar en ellas aquella encantadora mezcla de realismo y de idealismo que es una de las características del genio de Cervantes.

En capítulo aparte estudia el libro inmortal de nuestra literatura. Claro está que el señor Barja ha tenido que utilizar más que a los exégetas eruditos del Quijote, aquellos escritores que como Navarro Ledesma o Unamuno han penetrado en la esencia íntima del quijotismo. Aparece en el señor Barja expuesta, en una forma brillante, la hipótesis verdadera acerca del origen del libro y la forma inconsciente, genialmente inconsciente, en que fué surgiendo, a medida que se escribia, la figura del hidalgo manchego. La mezcla de cordura y de locura, no sólo en don Quijote, sino en Sancho Panza, se encuentra muy bien descrita por el señor Barja, que sigue al maestro Unamuno, el primero en hacer notar el quijotismo de Sancho Panza. Mas en nuestro concepto el mérito principal del estudio que al Quijote dedica el señor Barja se encuentra en el señalamiento de la profunda y esencial afinidad entre Cervantes y su héroe. La mejor manera de entender el Quijote, la única de explicárselo totalmente, es la de seguir paso a paso la vida de Cervantes y descubrir en ella su amor ideal, su sed de justicia, su hondo sentido humano. El Quijote es el yo profundo de Cervantes, hablando en términos bergsonianos.

Los últimos capítulos del libro del señor Barja están dedicados al drama español. El señor Barja, que ama intensamente el Quijote, la literatura mística y la poesía de Jorge Manrique, de Garcilaso y de Fray Luis de León, etc., no tiene, en cambio, por el drama español entusiasmo muy grande. Su criterio de cumbres, su lectura de figuras únicas como Shakespeare y Goethe, lo lleva a ver desde este punto de vista altísimo a los numerosos y fecundos dramaturgos españoles que no han producido evidentemente obras que puedan colocarlos a la misma altura de las del teatro griego, inglés o alemán. Y naturalmente, dada esta actitud de su espíritu, la crítica tiene que ser un tanto desdeñosa y, digámoslo francamente, injusta. Desde luego, este nuevo criterio del señor Barja sobre el drama español, tan distinto del, más que apologético, ditirámbico, de los otros críticos españoles y de algunos extranjeros, principalmente alemanes, lejos de quitarle interés a la obra, aumenta el que ya tiene con los atractivos de la polémica y los arreos de la novedad. Es de polémica en realidad el capítulo que dedica el señor Barja al Fénix de los Ingenios, Lope de Vega. Y si carece este capítulo de la serenidad y unción de la crítica interiorista, tiene por lo menos acometivi-

dad, ironía, y cierta morbosa delectación en el señalamiento de defectos y lagunas en una obra que ha sido consagrada por la admiración de todos. Que el punto de vista del señor Barja en lo esencial es cierto, nadie podrá dudarlo, y basta como prueba tener en cuenta que la posteridad no ha recogido ninguna obra, o ningún carácter, de Lope de Vega, comparable a las obras o caracteres de otras figuras, no ya de las literaturas extranjeras, sino de la misma literatura española. Pero ha habido evidentemente exageración o extremosidad polemista al exponer este criterio.

Ese defecto subsiste, aunque atenuado, en el estudio de los continuadores de Lope, principalmente en Tirso de Molina. Refiriéndose a este autor, trata Barja el tipo de don Juan, aceptando la genial interpretacion del personaje hecha por el filósofo danés Kierkegaard.

Consecuencia lógica de las críticas a las figuras consagradas en la historia literaria, tenía que ser la exaltación de personalidades que sin las pretensiones de geniales, reunen en perfecta armonía las cualidades de un alto ideal moral: sobriedad en la técnica, y perfección en la forma, como la de Juan Ruiz de Alarcón. En realidad, para el señor Barja, el mejor dramaturgo español es este hijo de Méjico. Como en los estudios de Garcilaso y de Herrera, Barja ha aplicado su método de simpatía y de compenetración al tratar del dramaturgo moralista. Creemos que no puede hacerse ninguna reserva ni al discurso ni a las conclusiones de su estudio, palpitante de verdad y de vida. Cabría preguntar que si el mismo criterio de simpatía, de compenetración o interiorismo hubiese aplicado el señor Barja a Lope de Vega, a Tirso o a Calderón, su tabla de valores habría sido la misma. Creemos evidentemente que no. Sobre todo, por lo que se refiere a Calderón. Aunque el señor Barja le trata, no aproximándose y penetrando en él, sino a cierta distancia, no puede menos de reconocer que nadie como Calderón ha expresado el alma católica de España, que nadie ha producido mejores dramas religiosos, que nadie le supera en la facultad de definir, y que pocos tienen su sentido místico y sensual a la vez de la naturaleza. Y si a esto se agrega que Calderón creó un carácter, o mejor diré, dos caracteres inmortales, en el Alcalde de Zalamea, y planteó, en La Vida es Sueño, en una forma enteramente nueva y original el problema de la vanidad de la existencia, resultaría entonces que a pesar de las reservas, reparos i reticencias del espíritu de reacción y de polémica contra el concepto tradicional del drama español que inspiran el estudio del señor Barja, destácase, de todos modos, la figura de Calderón de la Barca, si no a la altura de Shakespeare y de los trágicos griegos, por lo menos inmediatamente después de ellos.

Otras cualidades querríamos señalar en el libro del señor Barja. Por no hacer más larga esta nota nos limitamos a las siguientes. Conocedor el autor de las literaturas alemana, inglesa, italiana y rusa, y dotado al mismo tiempo de preparación filosófica, sus observaciones y críticas tienen naturalmente una ventaja incomparable pór su amplitud y riqueza, de que carecen los escritores exclusivamente nacionalistas, principalmente los autores de libros de texto. Y es la otra cualidad la de estar escrito el libro en un estilo animado, sencillo, a veces irónico, siempre suelto, que permite que el libro se lea con infinito agrado. Un libro de texto que puede leerse de corrido realiza evidentemente un ideal en la materia.

Falta en ese libro un estudio de la literatura producida por la conquista de América. El señor Barja ha podido escribir un bello capítulo sobre la epopeya y la crónica, sobre Ercilla y el Inca Garcilaso.

No le excusamos tampoco la omisión de Juan Inés de la Cruz, el mejor poeta de su tiempo, según Menéndez Pelayo.

V. A. B.

La política de los Estados Unidos en el Continente Americano.—*Por el Dr. Raúl de Cárdenas.*—La Habana.—Sociedad Editorial Cuba Contemporánea.—1921.

Prometimos en nuestra edición anterior ocuparnos de este voluminoso libro del Dr. Raúl de Cárdenas, y vamos a cumplirlo, guiados no solamente por el deseo de patentizar la gran importancia instructiva y el excepcional interés político que para los cubanos tiene esta obra, como por el propósito de contribuir a que sea conocida lo mejor posible lo mismo en Cuba que por los Gobiernos, Congresos, Universidades, Academias y publicaciones extranjeras (en especial de Latino-América) a las cuales es enviada nuestra Revista.

El libro del Dr. Raúl de Cárdenas consta de tres partes. En la primera se explica la formación de los Estados Unidos y la ocupación sucesiva de territorios contiguos, desde 1783 en que se posesionaron del área comprendida entre los montes Alleghanes y el río Mississipí, hasta el valle de Mesilla en 1854. Se hallan resumidos en este capítulo la compra de la Luisiana al Gobierno de Francia, (1803), la cesión de la Florida por España (1819), la anexión de Tejas (1845), la conquista de la Alta California y nuevo Méjico (1848), la ocupación del Oregón (1846).

Segunda parte de este capítulo, se describe la adquisición de territorios distantes; Alaska (1867), por compra a Rusia; Hawai, por resolución del propio Gobierno de la Isla (1898); Puerto Rico, las Filipinas y Guam por el Tratado de París (1898); Tutnila (1899); Las Antillas Danesas (1916), por compra a Dinamarca.

Las anteriores adquisiciones corresponden a las tres fases del movimiento expansionante de los Estados Unidos: Primera la ocupación de territorios inmediatos a las trece colonias primitivas, ocurrida antes de la Independencia; después, las sucesivas anexiones de territorios contiguos que se fueron convirtiendo en Estados de la Unión; y en último lugar, la adquisición de posesiones más o menos distantes. En ese proceso expansivo obró la comunidad joven por necesidades agrícolas; pero el instinto de engrandecimiento lo dirigió después la política; y últimamente el ideal imperialista de la Cancillería Americana.

La segunda parte del libro de Raúl de Cárdenas está dedicada a la doctrina de Monroe, de la cual se hace un minucioso estudio analítico y crítico, tanto en sus antecedentes y orígenes, como en relacion de los casos en que ha sido aplicada, así como las ocasiones en que ha sido infringida; y la significación razonable de la misma ante el Derecho Internacional y en los actuales momentos históricos.

La última parte se refiere a la preponderancia de los Estados Unidos o de su política en el Caribe, con capítulos dedicados a los respectivos países donde la política intervensionista norte-americana se ha hecho sentir: Cuba, Panamá, Santo Domingo, Haití, Nicaragua, Costa Rica, Guatemala y Méjico.

La génesis de la Enmienda Platt, su discusión, desarrollo y carácter son objeto de estudio y juiciosa crítica, que por sí sola daría valor al libro y recomendaría su adquisición, si por tantos otros conceptos no lo recomendaran las interesantísimas materias que en la voluminosa obra del estudioso y cívico congresista cubano se contienen, y que representan un esfuerzo de los más importantes y de mayor trascendencia educativa realizados en Cuba.

Enrique Piñeyro—su vida y sus obras.—*Por el Dr. Antonio Iraizoz y de Villar.*—La Habana.—Imprenta *El Siglo XX.*—1922.

Gran servicio acaba de prestar a Cuba el Dr. Antonio Iraizoz y del Villar, dignísimo sub-secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, con la publicación de su último libro en que se estudia la personalidad de Enrique Piñeyro, cubano ilustre y memorable como literato

insigne, historiador de buena ley, crítico y sereno e imparcial y patriota sin mácula.

Las actuales generaciones de Cuba son bastante olvidadizas de los hombres que pusieron más esfuerzos para la creación de la patria espiritual cubana. Si se exceptúan media docena de nombres recordados a través de las sucesivas conmemoraciones patrióticas, apenas si se hace referencia, de tarde en tarde, a algunos de los merítisimos caballeros del pensamiento, como les denomina Iraizoz, los cuales con sus enseñanzas, ejemplos y sacrificios, educaron y encendieron el corazón de la sociedad cubana en amor a los grandes ideales que otros patriotas defendieron con las armas en el campo de la revolución libertadora.

Son muchos aun, por desidia oficial y privada, los grandes hombres, revolucionarios activos y libertadores intelectuales de Cuba, de quienes no se han hecho ni intentado siquiera la evocación biográfica que sirviese no sólo de gratitud a su memoria, sino de estímulo y contrición para las generaciones presentes y de más legítimo orgullo para las generaciones venideras de la patria. Si los poderes directores y administradores de la República quisieran darse cuenta del deber moral que ésta tiene contraído con aquellos grandes hombres no sólo se levantarían en las distintas localidades de la Isla nuevos monumentos, sino que cundirían los esfuerzos oficiales y privados para que las vidas y obras ejemplares de los hijos insignes de Cuba fuesen debidamente estudiadas e incorporadas biográficamente a la historia nacional.

El Dr. Antonio Iraizoz ha querido cumplir ese deber con el recuerdo de Enrique Piñeyro; y lo hizo de manera completa, definitiva; no limitándose de reseñar los hechos sobresalientes de una vida, sino estudiando la personalidad y el carácter del insigne cubano en relación con cada una de sus producciones, y evocando el ambiente respectivo en que el autor y éstas iban moviéndose, así como las relaciones mantenidas por el biografiado con otros cubanos insignes de su época.

Ved, pues, si ha de ser interesante el libro del Dr. Iraizoz, por estas circunstancias unidas a la sugestión de sus amplias y generosas ideas y al vigor literario de su magnífica prosa. Por tales conceptos resulta ejemplar e insuperable.

Eduardo Barrios.—*El Hermano Asno.*

A Eduardo Barrios, novelista, hay que considerarlo en los dos aspectos que ha impreso en su obra anterior, que si no peca por vasta, es, en cambio, muy sólida: realista, cruelmente realista, en «Un perdido»; y romántico, quintaesenciado romántico, en «El niño que enloqueció de amor». Su última producción—«El hermano asno»—que es la que vamos a examinar, coincide, por su carácter poemático, y hasta en la técnica, con la segunda de las novelas apuntadas.

«El niño que enloqueció de amor» es el diario de una criatura sentimental, sensible hasta lo hiperestésico. Supongamos que el niño aquel curó de su locura y se ha hecho hombre. Ha vivido y ha sufrido. Un nuevo y más trágico desengaño amoroso lo recluye en un convento de franciscanos que hay en Santiago de Chile. Fray Lázaro—ahora se llama así—continúa haciendo anotaciones diarias. Vamos a familiarizarnos con su espíritu adulto y, lo que es, si cabe, más interesante: a través de su alma, mirando por su psiquis como por un cristal, vamos a conocer, de un modo sentimental e íntimo, la vida del convento: su huerto apacible, sus rincones sombríos, sus habitantes, sanos e ingenuos, como Fray Luis, o atormentados a la manera de Fray Rufino.

Vamos a leer, desde el principio al colofón la obra de Eduardo Barrios y ¡oh, poder del arte! no vamos a encontrar una sola palabra áspera, deslumbradora o excesiva-

mente ruidosa. El lenguaje es suave, gris y aterciopelado, como conviene al ambiente conventual que se fotografía. Son los vocablos esos vasos purísimos de que nos habla San Agustín. Tienen un contenido espiritual envidiable. Las frases nos recuerdan esos pobres seres, macerados por el ayuno y la penitencia, todo alma, que poco a poco han ido perdiendo la materia.

Fray Lázaro, en la paz conventual, se duele no ser inocente ni ingenuo. Ha ido allí para olvidar su descalabro íntimo, sabiendo que es suave el reino del Señor y «áspero el suelo de los hombres». Los actos de Fray Lázaro, que aún no llegó a profesar, no se acordaron todavía con el de los restantes frailes y ama la dulce placidez del huerto:

«Vengo diariamente—escribe—mientras duermen la siesta mis pacíficos hermanos, y me tiendo en la tierra áspera, bajo el cielo suave». Y luego deplora: «He de irme a mis oficios y dejar esta paz, esta espontánea actividad silvestre que envidio».

Y Fray Lázaro, lleno de unción panteísta, tiene envidia entonces del arroyo transparente, de «la ancha flor blanca que se abre en la tarde», del pajarillo que «hierve» de música, de todo aquello que da su «perfume lento», su «humilde canto de agua clara», su «alegría sin dirección», de todo aquello que no se inquieta por el provecho de sus dones. Envidia al Hermano Juan, que pasa «con los hábitos arremangados y las piernas velludas», despeinando el lozano herbazal. Fray Lázaro apunta:

«Lleva una cacerola blanca como su alma». Y en seguida, suplica sufriente: «Hermano Juan, tú que tienes un alma de cacerola blanca, ruega también por mí».

¿De donde proviene el sufrimiénto de Fray Lázaro, este desengañado del mundo? Del análisis. Porque analiza, no puede amar a sus compañeros. Los conoce demasiado. Y es como él dice: «El conocimiento eleva, Señor, pero las cumbres se hallan siempre solitarias». Nos familiarizamos con Fray Luis, con Fray Bernardo, con Fray Rufino...

«¡Fray Rufino! En este sí, por momentos, al mirar sus ojos perdidos en una nebulosidad sin fondo, creo distinguir cierta visión anticipada de los hechos significativos, alguna primitiva sensibilidad para las cosas externas».

¡Fray Rufino sí! Fray Rufino sigue las huellas del bendito de Asís. El Hermano Lázaro penetra pronto el alma de los otros monjes. A Fray Luis le pondera las manos y Fray Luis, humilde como buen hijo de San Francisco, «le clava el correctivo de su mirada», pero en lo sucesivo, siempre que se enfrenta con el Hermano Lázaro, aquellas manos de obispo, hechas como «para poner una interrupción de marfil en el oro del báculo», le preceden visibles.

Oh, los días del convento, con su paz, que es felicidad: «una limpieza de fuera y dentro», sintiendo el alma «fresca y transparente, hecha un cristal muy fino, al cual llegan suavemente sensaciones suaves, semejantes a seres simpáticos que se nos aparecen sin que los esperemos y con el rostro sonriente y claro». Todas las anotaciones tienen en este libro, como puede advertirse, el ingenuo perfume paterno de las «Florecillas» del beato de Asís.

¿Trama?... No hay trama en esta novela poemática, bella y leve como el trino de un pájaro enjaulado. La leemos y el alma se nos llena de gracia, y, al pretender expresar nuestras impresiones, notamos que nuestros medios de expresión se identifican con el tono fino y cordial de la obra. Si falta trama, en cambio abundan «los tipos», que dijera un Aristarco. Ya, con un sólo detalle, hemos conocido a Fray Luis; en seguida nos enfrentamos con Fray Bernardo, este dulce viejecito que ama a los hombres porque los ve niños, retrotraídos los rostros a la infancia. «¡Caritas infantiles, dulces caritas de diez años, cuán inofensivas debéis aparecer

al otro lado de las gafas azules con que el dulce viejecito os mira!» Pero ni Fray Luis, con su muy suave fortaleza, ni Fray Bernardo, con su amor «maternal» a los hombres, ni el irónico Fray Elías, logran irse al primer plano de la novela.

Olegario Lazo Vega.—*Cuentos Militares.*—Santiago de Chile.—Imprenta Zig-Zag.—1922.—4 °—245 págs.—Retrato del autor.

No es el peregrino principio de generalizar ni tampoco el muy absurdo de encasillarse sistemáticamente en ciertas prevenciones literarias, lo que nos ha hecho mirar siempre con cierta desconfianza toda obra militar. No. Es simplemente el resultado de una experiencia que para nosotros ha sido dolorosa. En materia de literatura militar ¿con cuántos desengaños no hemos tropezado? Son muy pocos, mejor dicho contadísimos, aquellos libros que nos han dejado una suave y grata impresión, una de esas impresiones artísticas de dulce y amable simpatía que queda vibrando en el espíritu como una nota nueva capaz de exitar la sensibilidad. No hemos encontrado nada de eso. Y no hablamos sino únicamente de lo que por obra literaria debe entenderse cuando usamos el término literatura. Restringimos, naturalmente, el vocablo a su acepción exacta: a la obra literaria que en sí encierra una manifestación artística, al deseo, si se quiere, de hacer Arte, de producir, en fin, una sensación que sólo el que es artista, el que nació con ese nimbo de luz, es capaz de producir en las imaginaciones ávidas de ló grande, de lo fuerte y sobre todo de lo humano. Pero a nosotros esa obra literaria con aspiraciones de llegar a constituir un trozo de arte, se nos antoja deplorable, mediocre, en manos de un militar. ¿Estamos equivocados? Veamos. Falta, desde luego, cultura, refinamiento, temperamento artístico. No hay observación honda, penetración psicológica ni sentido en las proporciones para saber aprovechar lo accesorio sin desnaturalizar lo real. Esa falta de comprensión de las pasiones humanas, de los móviles que las engendran, para sustituirlas por accidentes sin ninguna importancia, más bien convencionales, fatalmente debe producir un desequilibrio en la obra, en toda obra, ya no importa si es de un militar o de un artista cualquiera.

Así, cuentos militares no falta en el gremio quien los haga; poesías y consejas, tampoco falta quien de buena voluntad y con muchas ilusiones las pergeñe. Pero ¿cómo se escriben éstos y cómo se hacen aquéllas? Esto es, precisamente, lo que interesa averiguar; ahí está el problema. ¿Cómo se hacen? Toda esa literatura tiene un fin de propaganda, una finalidad moral, una idea siempre igual que la domina: es la idea de la sumisión, del respeto, de la disciplina. Ya no vamos a encontrar un hombre que mueve su alma a impulsos de las bajas o nobles pasiones; es una máquina que dirige la disciplina y que cuando delinque—esto es lo extraño—delinque con la disciplina. Ocurre con estos cuentos como con los de la mayoría de los cuentistas americanos,—(¡cuákeros, al fin!)—que de un asunto cualquiera debe desprenderse una lección moral, y esa lección moral es casi siempre la exaltación del deber. ¿Debemos siempre condenar tales conclusiones? No. Averigüemos primero para quien se escribe. Si para muchachos de escuela, el punto de vista nos parece aceptable; si para un público más culto, ello nos parece pueril. Por tal modo, un libro de cuentos escrito con el criterio que vamos exponiendo, pierde su interés; leyendo uno sabemos la conclusión de los otros y estamos en condiciones de adivinar, sin equivocarnos, el desenlace de todos ellos. Hemos perdido la primera condición en la lectura: el interés. Porque esas soluciones trágicas, que se verifican sin lógica, ese aspecto humano, rápido, vehemente; ese torbellino de accidentes imprevistos, como es, con frecuencia, la

corriente de la vida, casi nunca aparece en esas narraciones. Ni logran sobrecogernos, ni mucho menos, como en el caso de los autores rusos, suecos, noruegos o franceses, si se quiere: al más inesperado desenlace, sucede con frecuencia el más inverosímil y fantástico. Así es, sin embargo, la realidad brutal de la vida.

Pero queremos insistir ahora sobre una afirmación que hicimos al principio. Dijimos que esta literatura militar era de propaganda. Exacto. ¿Qué objeto persigue? Acabamos de ver que su finalidad moral es la exaltación del deber; hay más aún: en su propaganda es patriótica, patriotera. Es, en suma, chabacana. Se agita entre tambores, banderas, escenas de guerra; pregona el valor de la fuerza, de la audacia y a ratos se vuelve sentimental y llorona, cuando suena en una orgía, en una bacanal, el nombre de Chile. El soldado se siente súbitamente arrebatado al recuerdo de su bandera, de sus tradiciones o al de las notas de su canción. Vibra en él el patriotismo, ese patriotismo fácil que no pide ni da ningún deber, ningún sacrificio y que sólo se resuelve en el charlatanismo. Así el asunto literario que se propone explotar un escritor militar, se hace cosmopolita. Porque convengamos que en todas partes del mundo el soldado es patriota, ama a su patria, su bandera y sus tradiciones, y en todas partes también el sentimiento militar es el mismo; sabemos que el uniforme, la vida militar, cautiva a las multitudes y engendra en el soldado los mismos sentimientos que domina a la muchedumbre. Es otra cosa lo esencial. Necesitamos que así como el novelista nos dibuja caracteres perfectamente definidos, absolutamente delineados, se nos dé aquí el del soldado tal cual es: el factor humano de cada individualidad es lo que queremos. En otros términos, es el retrato psicológico lo único a que debe aspirarse a representar; y si en el tal retrato los detalles son comunes, el talento de un autor sabe dar relieve a ciertos matices del alma de los hombres, a esos sentimientos mudos que deben auscultarse con delicadeza para llegar a reconocer la fisonomía moral de un individuo.

Apliquemos ahora estas conclusiones, como las anteriores también, al libro de Lazo Vega. Tendremos una excepción. Pero este desertor de la literatura militar tal como la hemos expuesto, no salva todos los reparos que quedan más arriba. Tampoco era posible que así fuera. Cuando un orden de cosas se generaliza, es muy difícil libertarse de él; y si se consigue, siempre queda algo, un resíduo, de ese modo de ver e interpretar. Digamos, sin embargo, que en sus cuentos Lazo Vega sabe explotar el lado humano de sus hombres; que sabe retratarlos y sabe también unir los nexos dispersos de su psicología. Cada individualidad en su obra está delineada perfecta y cabalmente: ya eso es un gran triunfo. En cambio, no puede evadir la finalidad moral de que hemos hablado; sus cuentos siempre estriban en un fin moral, que es el mismo: la exaltación del deber. Sin embargo, si insinuamos este reproche, abonamos otra cosa en su favor: se ha libertado del patrioterismo. Aquí no hay banderas, clarinadas, trompeterías; hay realidades del servicio militar, realidades rudas, trágidas, vividas en la aspereza de la lucha. Ha salvado así un gran escollo.

GUILLERMO FELIÚ CRUZ.

INDICE

Pág.

Emilio Vaïsse.—Gustavo Flaubert.—Su vida y sus obras.—Enseñanzas que de ambas se desprenden..... 5

Rafael Sotomayor.—El combate de Iquique el 21 de Mayo de 1879 y la excursión de la escuadra al Callao..... 30

Albert Samain.—La rana..... 39

Raúl Simón.—Nuestra situación financiera..... 40

Aníbal Pinto.—La renuncia del Ministerio Santa María y la formación del Ministerio Recabarren en 1880..... 62

Ricardo Sánchez Ramírez.—El General Melgarejo juzgado por un historiador chileno..... 69

NOTAS Y DOCUMENTOS.—Alpha, Enrique Bataille.—X. X., ¿Por qué se cumple tan mal entre nosotros la ley de instrucción primaria obligatoria?—Beltrán Mathieu, Discurso pronunciado ante la Sociedad de Importadores de Estados Unidos de Norte América.—Rabindranath Tagore, Discurso pronunciado en la recepción del premio Nobel.... 82

BIBLIOGRAFIA.—Antonio José Restrepo, El moderno imperialismo. Protección y libre cambio.—Miguel Rasch Isla, Para leer en la tarde.—Raúl Simón, La situación económico-política de los Ferrocarriles del Estado.—L. Roy, Cours de Mécanique.—L. Rougier, La matière et l'energie.—Maurice Rostand, La gloire.—L'Annuaire des Longitudes pour 1922.—Alcides Arguedas, Historia General de Bolivia.—Roland Dorgèles, Saint Magloire.—Luis Barros Borgoño, La cuestión del Pacífico y las nuevas orientaciones de Bolivia.... 97

Anibal Pinto.—Apuntes: Dificultades de la guerra.—Causa del mal estado en que se encuentran las operaciones militares.—Ataque del Huáscar a Antofagasta.—La captura del Huáscar.—El desembarco en Pisagua.—Una conferencia con el General Escala.—Carta a Baquedano.—El nombramiento de don Alvaro Covarrubias como Ministro Plenipotenciario para tratar de la paz con el Perú.—Por qué el Presidente Pinto no quería la expedición a Lima..... 113

Ricardo Sánchez Ramírez.—El General Melgarejo juzgado por un historiador chileno.—(Conclusión)..... 127

Pag.

Jacques Riviere.—Fragmentos inéditos del «Diario Intimo» de Amiel ... 145
Samuel Ossa Borne.—La obra de don Ignacio Santa María sobre la Guerra del Pacífico ... 154
C. Pérez.—La teoría celular.—(Continuación) ... 159
Roxane.—Henry Bataille ... 176
L. Dugas.—Las ideas pedagógicas de Guyau ... 196
NOTAS Y DOCUMENTOS.—J. T. Ibarra, Anatole France.—D. Restrepo, ¿Quién es el autor del soneto, «A vos corriendo voy, brazos sagrados»? ... 208
BIBLIOGRAFIA.—Paul Géraldy, Aimer, pièce en trois actes.—Henry Vignaud, Le vrai Christophe Colom et la légende.—Miguel Corday, Les Hautes Fournaux.—Alfonso Espino, Mármoles y Bronces.—R. Cúneo Vidal, Historias de las insurrecciones de Tacna por la independencia del Perú.—Th. de Douder, «La Gravifique Einisteinienne».—F. Contreras, Letras Hispano-Americanas.—J. B. Pompey, «Analogies Mécaniques de l'Electricité» ... 219
Armando Donoso.—Don Enrique Matta Vial ... 225
Enrique Matta Vial.—Don Domingo Santa María ... 234
Enrique Matta Vial.—La nacionalidad y la ciudadanía ... 251
Aníbal Pinto.—Apuntes en el año de 1880 y 1882.—SUMARIO.—La mediación de los Estados Unidos.—Discresión de los hombres de Gobierno.—Posibles plenipotenciarios chilenos.—Don Manuel José Irarrázaval y sus ideas sobre el Perú y Bolivia.—La interpelación Balmaceda sobre las negociaciones de paz.—Llegada de los plenipotenciarios peruanos a Arica.—El señor Ficher.—Retrato de don José Victorino Lastarria.—El General Baquedano y don Aníbal Pinto.—Una polémica histórica después de la guerra.—Plan de campaña del General Baquedano sobre La Paz.—Refutación de las apreciaciones de don Máximo R. Lira.—Baquedano y el Gobierno de la guerra.—Una visita de Taforó y las dificultades en Roma para preconizarlo.—Balmaceda, Aldunate y las negociaciones de paz con García Calderón ... 259
Raul Simón —Oscilación de los cambios y depreciación de la moneda ... 281
Roberto Liévano.—José Asunción Silva ... 294
Giovanni Papini.—Ensayos ... 312
César Barja.—Ocaso ... 319
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Sobre el origen de la vida.—Shaw Desmond, La fuerza atómica y lo que dicen a este respecto algunos hombres de ciencia.—Trabajos de investigación eléctrica en la Gran Bretaña ... 320

Pág.

BIBLIOGRAFIA.—Ernesto Constet, Où en est la Photographie.—Paul Painlevé, Les axiomes de la mécanique.—Emilio Picard, Discours et Mélanges.—Abel Hermant, Le Petit Price; La Clef.—J. H. Rosny Ainé, Nell Horn.—Jules Mery, Terre Païene.—Giovanni Papini, Histoire du Christ.—Alfonso Maseras, En la América Meridional.—Claudio Arteaga Infante, La mujer chilena esclava de la ley.—Simón Bolívar, Discurso en el Congreso de Angostura.—José Ignacio Escobar, Escritos.—Nonce Casanova, La Racaille.—Alfredo Colmo, La cultura jurídica y la Facultad de de Derecho 330

C. Silva Vildósola.—Alfredo de Vigny 337

X. X. X.—La Alemania de hoy 357

B. Combes de Patois.—Las Memorias del Cardenal Ferrata 370

Corpus Barga.—El tercer centenario de Moliére 375

J. L. Faure.—¿Qué es el cáncer? ¿Cuál es su naturaleza? ¿Cuál su origen? 382

Julio Zegers.—Don Enrique Mac Iver. 395

Juana de Ibarbourou.—Noche de lluvia 406

Ignacio Santa María.—Apuntes sobre la Guerra del Pacífico: I. La situación política; Los Ministros del Gabinete de Agosto de 1879.—II. La Legación de Chile en Francia.—Alberto Blest Gana, Capitán de Navío Luis A. Lynch, Cárlos Morla Vicuña.—III. Intendencia General del Ejército y Armada.—Francisco Echaurren Huidobro.—Vicente Dávila Larraín 407

Monna Lissa.—Goyito 428

NOTAS Y DOCUMENTOS.—Liberales y socialistas.—Comunismo e individualismo.—Gorgas, Laveran y Manson.—El centenario de Schelley.—El doctor Brum pide la supresión de la Presidencia de la República en el Uruguay.—Lo legítimo del socialismo 439

BIBLIOGRAFIA.—Enrique Gay Calbó, La intromisión norteamericana en Centro América.—Paul Geraldy, Tú y yo.—Julio Supervielle, Débarcadères.—Ernesto Nelson, Nuestros males universitarios.—Juan Agustín García, La Ciudad Indiana 446

B. Vicuña Mackenna.—La Zamacueca y la Zanguarraña 449

Gilberto Amado.—La literatura brasileña y el desenvolvimiento mental del Brasil 464

Ramón Pérez de Ayala.—Ignacio Zuloaga: El placer y la necesidad de las biografías 489

A. Ghejov.—La Tristeza 500

Francisco Zapata Lillo.—Suspiro (Traducción de Sully Prudhome) 506

Dr. L. S. Rowe.—El progreso de la democracia en el Continente Americano 507

Pág.

Un documento histórico: Balmaceda muere por sus propias manos en la capital de Chile..... 516
Guillermo Feliuú Cruz.—¿Escribió Balmaceda una justificación de sus actos después de la Revolución de 1891, para el «New York Herald»?.. 516
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Gustave Simon, Ernesto Lavise, Jefe de la Escuela Histórica Francesa.—Víctor Hugo y Pedro II.—Ernesto Greve, El hierro en los tiempos coloniales..... 541
BIBLIOGRAFIA.—César Barja, Libros i autores clásicos.—Dr. Raul de Cárdenas, La politica de los Estados Unidos en el Continente Americano.—Dr. Antonio Irairoz y de Villar, Enrique Piñeyro; su vida y sus obras.—Eduardo Barrios, El Hermano Asno.—Olegario Lazo Vega, Cuentos Militares..... 556
Indice del Tomo XIV..... 557